





**Muertos que nunca mueren**



Miguel Calderón Fernández

# Muertos que nunca mueren





©EUNA  
Editorial Universidad Nacional  
Heredia, Campus Omar Dengo  
Costa Rica  
Teléfono: (506) 2562-6754  
Correo electrónico: euna@una.ac.cr  
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

La Editorial Universidad Nacional (EUNA), es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA).

© Miguel Calderón Fernández  
Muertos que nunca mueren  
Primera edición 2018  
Primera reimpresión 2021

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr  
Diseño de portada: Diseño Mundo Creativo, en base a un dibujo de Francisco Javier Quesada Quesada

CR863.44

C146m

Calderón Fernández, Miguel

Muertos que nunca mueren / Miguel Calderón Fernández.

-- Primera edición. -- Heredia, Costa Rica: EUNA, 2018.

136 páginas. : 21 cm.

ISBN 978-9977-65-506-2

1. NOVELA COSTARRICENSE 2. LITERATURA  
COSTARRICENSE I. Título.

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción no autorizada con fines educativos).

**En el 70 aniversario de la guerra civil  
costarricense de 1948.**

A la memoria de los hombres y las mujeres que  
han luchado por un mundo mejor  
para esta Centroamérica de guerras y olvidos,  
de esperanzas y odios,  
de agresiones imperiales,  
de futuros deseados.

M.C.





## Contenido

<b>Prólogo</b> .....	11
<b>Vamos a la guerra</b> .....	15
La última bendición .....	15
Rey de las lapas.....	17
La muerte del guerrero.....	18
Las rutas bribris .....	19
La tumba .....	20
Pensar en la muerte .....	21
Romero.....	22
Llegaron del norte.....	24
La escucha.....	26
El presidente regresa .....	27
La revolución .....	28
Visitas.....	28
Iremos a la guerra .....	30
Trato de guerra.....	33
<b>Luces del pasado</b> .....	35
Guerrero del honor.....	38
El viejo pescador.....	39
Pacaya .....	40
El regreso del viejo .....	41
Esta revolución hay que continuarla .....	44
La reflexión.....	45
Encuentro con el maestro.....	47
Hermanos de la vida .....	49
Tijerino y el presidente .....	53
Mujeres de la guerra .....	54
Mujeres, una revolución .....	55
Humanos .....	62
<b>Puerto Cortés</b> .....	65
Conchadores de banano .....	66
Rastafaris .....	68
Busquen el sur.....	71

Fallas arenga a los bananeros.....	71
Hasta la victoria siempre.....	74
Siempre serás mi General.....	74
Primer manifiesto.....	76
<b>Bananeros a la guerra.....</b>	<b>79</b>
El destierro.....	79
Un caballo para el General.....	80
Escoger un caballo.....	82
Una noche bajo la luna.....	84
El domador.....	85
Calazán.....	85
<b>Ruta de guerra.....</b>	<b>89</b>
Las Adelaidas.....	91
Muerto en vida.....	94
En busca del enemigo.....	96
Un demonio.....	97
<b>Las trincheras.....</b>	<b>99</b>
Contador de historias.....	101
La batalla.....	103
Entre amigas.....	105
Mujer de vida.....	106
Tijerino libera prisioneros.....	109
<b>La retirada.....</b>	<b>115</b>
La Trocha.....	115
Yo maté a Tijerino.....	115
Un trovador.....	116
La gloria del General.....	117
La ruta del padre León.....	118
<b>Muertos que nunca mueren.....</b>	<b>121</b>
Los mártires del Jute.....	124
<b>Los hombres de la pensión.....</b>	<b>127</b>
Fallas, entre la pluma y la guerra.....	130
La familia.....	131

# Prólogo

---

*“felicidad no es hacer lo que uno quiere sino querer lo que uno hace”*, Jean Paul Sartre, en carta al comandante Fonseca preso en Costa Rica.

Nos encontramos con una novela que revive en el marco de la historia de Centroamérica el imaginario de las luchas contra las opresiones sociales, las intervenciones norteamericanas y los gobiernos dictatoriales. El hilo aparente del relato comienza con una crónica del general Tijerino, héroe de las luchas emancipadoras de Costa Rica y continuador de Augusto César Sandino de Nicaragua. Sin embargo, desde el inicio comenzamos a descubrir que la vida del personaje nos lleva a diversas historias que transcurren entre Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Honduras y El Salvador. Poco a poco nos vamos sumergiendo en el halo del realismo mágico unido a la consciencia histórica.

*Muertos que nunca mueren* de Miguel Calderón evoca muchos aspectos de la cultura centroamericana. Las vidas campesinas, los mitos, las leyendas populares, los ideales emancipadores de los pueblos, la consciencia religiosa, las luchas políticas, los episodios épicos de la memoria colectiva. Caminamos entre Juan Rulfo, García Márquez, Rafael Scorza, Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos y otros escritores latinoamericanos que encontraron en el imaginario y la experiencia popular una fuente de inspiración para sus relatos magistrales.

Las historias se cruzan, se entrelazan, el texto toma una forma arborescente al desplegarse hacia distintos personajes de una épica social al mismo tiempo diversa y convergente. El pueblo común lucha como siempre para sobrevivir y para disfrutar de la vida. Las invasiones norteamericanas, las dominaciones de los latifundistas o

corporaciones, los dictadores, lo ponen en la necesidad de afirmar su identidad, sus derechos, su dignidad. Así aparecen líderes como Augusto César Sandino, Farabundo Martí, el general Tijerino o Carlos Fonseca que con sus vidas inspiran las luchas emancipadoras. Esta es una historia polifacética: existencial, social y política al mismo tiempo. Como todas las historias humanas, pues somos individuos, ciudadanos, pueblos, naciones, culturas, clases sociales, géneros.

Como en las aventuras de Ulises en la Odissea el fin del viaje parece prefijado: llegar al lugar que uno quiere en el mundo y vivir en libertad. Pero el viaje está lleno de acontecimientos inesperados, de peligros constantes, de episodios pasionales, de incertidumbres. Los episodios se encuentran encadenados a la búsqueda de una liberación que los pueblos centroamericanos han soñado, han conquistado o han perdido. El libro de Miguel Calderón patentiza la permanencia de la esperanza en medio de situaciones confusas o adversas. La expectativa de un desenlace emancipador que se encuentra en la odisea de los pueblos latinoamericanos.

En un contexto en el que los imaginarios parecen dictados por las series y los espectáculos de la televisión o los mensajes en Internet, la novela *Muertos que nunca mueren* pone ante un dato profundo de nuestra verdadera cultura: somos parte de una historia que han vivido y escrito muchos otros antes que nosotros. Esto es lo que quiere decir “patrimonio cultural de la humanidad”. Y aunque parezca que la memoria histórica se desvanece ante el aluvión de las informaciones y los mensajes de los internautas, podemos decir que aún en las construcciones fantásticas de la ficción virtual aflora siempre el imaginario profundo. Como lo muestran las series de Harry Potter, El Señor de los Anillos y otras. Porque inclusive en las obras de ciencia ficción podemos notar como se trata de vincular lo primitivo con lo supermoderno.

Para conservar o recuperar nuestra identidad cultural seguramente necesitamos obras como las de Miguel Calderón que nos transmitan los elementos de la experiencia y de la consciencia histórica colectiva. En este libro podemos encontrar también una reivindicación de los saberes populares y de la experiencia religiosa, pues ambas dimensiones forman parte del mundo simbólico en el que se forjaron las culturas latinoamericanas.

No seremos los primeros en afirmar que la cultura es obra tanto de vivos como de muertos. La sociedad también. El pasado y el presente se entrelazan misteriosamente como en la novela que presentamos. Ahora bien, hay otra dimensión: es la de la esperanza, la del

futuro deseable. Miguel Calderón muestra en su novela que el pueblo conserva siempre la esperanza de un mundo mejor. Algo que sin duda ha sido siempre la fuente de todos los movimientos mesiánicos y revolucionarios. Los personajes de esta novela desde su simplicidad permanecen adheridos a la expectativa de una nueva sociedad y en este sentido encierran una clave para la consciencia colectiva actual. La historia fantástica de las luchas y leyendas de Centroamérica que nos transmite Miguel Calderón quedará para siempre en nuestro acervo cultural.

*Augusto Pérez Lindo*



# Vamos a la guerra

---

Había peleado como un guerrero mitológico, las balas cruzaban a centímetros del lomo de su caballo Calazán, y él se escondía por el costado del animal burlando a sus enemigos. Todos entendían que era un guerrero diferente a los que peleaban en aquella guerra de orígenes confusos, pero esa mañana no era su día glorioso, alguien lo vio tranquilo y sereno cabalgando rumbo al sur.

Cuando uno pregunta por el general Tijerino, las personas viejas le dicen lo mismo, cuentan de un guerrero que cabalgaba en su caballo por en medio de la batalla, y cuando los enemigos le disparaban solo podían ver una nube de polvo rojizo que seguía el ruido de los cascos del animal. Algunos van más lejos con su comentario y aseguran que el General tenía espíritus que lo protegían, de lo contrario, ¿cómo explicar que nunca lo alcanzaran las balas en aquella batalla infernal? A las personas que cuentan las hazañas del General se les siente un aire de admiración y de alegría, todas parecen estar orgullosas de recordar sus anécdotas. Recuerdan muy bien el día que lo enterraron, estuvieron tristes, enemigos y amigos, todos lamentaron su partida.

## La última bendición

La noche se acercó con el olor a muerte de toda guerra, y el padre León dio la última bendición mientras unos hombres instalaban la cruz de hierro sobre la tumba del General. El padre en tono desafiante dijo sus últimas palabras en público, la guerra y la muerte me persiguen desde las trincheras, guerras que solo sirven para producir muertos que no saben por qué mueren.

Haciendo honor a su legión paulista, congregación a la que pertenecía, recordó el día en que el señor Jesús, en un acto de conversión

estrelló una luz incandescente en la frente de Pablo, su apóstol guía. Fue en un camino de Damasco, pueblo mítico y disputado por múltiples imperios hasta el presente. Desde aquel día, Pablo se convirtió en el apóstol viajero y nada lo detuvo. Todo esto debió explicarlo el padre León a sus feligreses ya que algunos quisieron frenar su decisión de viajar por las montañas. Se le colgaron de la sotana negra gritándole que en la cordillera solo existían indios salvajes que sacrificaban a los humanos para hacer brujerías, que tendían su carne al sol y luego la ingerían como alimento diario.

Fue por eso que el padre León debió aclarar que la guerra lo tenía cansado, y que si algo salvaje había en el mundo debía ser creado por el mismo Dios.

Escuchado aquello, los feligreses cayeron al suelo con los brazos estirados hacia los lados formando cada uno de ellos una cruz en señal de protección. Como si las afirmaciones del padre pudieran hacer caer fuego sobre la tierra, como en los tiempos de Sodoma y Gomorra. Cuando algo terrible sucedía, la cruz humana era una alternativa inmediata para contrarrestar el mal avecinado, así que, había que actuar con celeridad para que el fuego y la lluvia de sal incandescente que sufrió el pueblo de Lot no alcanzara al pequeño pueblo de San Isidro.

El sacerdote terminó sus palabras recordando algunas enseñanzas del apóstol Pablo. Se tomó unos sorbos de licor y recuperó de su memoria un pasaje del apóstol viajero: "el Dios que a todos da el aliento, la vida y todas las cosas, creó de un solo principio todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra, fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar". Por eso, dijo el padre, dondequiera que viaje como el apóstol Pablo, allí han de haber humanos hijos del señor.

Guardó algún licor clandestino en su mochila y salió rumbo a los cerros. Era el aguardiente que compraba en la cantina de Avelino Fallas. Producido en la clandestinidad, el líquido bajaba por la garganta dando la sensación de ser fuente de vida, principio y fin de la felicidad. Se había habituado al sabor herrumbroso y nostálgico de ese tipo de licor producido en las acequias a espaldas del resguardo o autoridad oficial. Se aseguró algunas botellas del preciado líquido, no fuera que le pasara lo de la tarde anterior cuando solicitó al cantinero unas copas, y este le sirvió del que no era clandestino. Aquella experiencia lo había dejado traumatado. No era para menos, esa tarde el padre llegó y solicitó la bebida habitual, la que tomaba todos los días antes de officiar la misa, pero en la esquina de la cantina estaba



el resguardo tomándose un refresco llamado zarzaparrilla. Cuando el padre León tomó el primer sorbo se le descuajó el rostro y dijo con claridad, sírvame del otro guaro, este no me gusta. El cantinero con tranquilidad le aseguró que era el mismo licor, el padre no quedó convencido y por esa razón, el siguiente día compró suficiente del aguardiente que si le gustaba. Se aseguró de llevar una buena reserva mientras encontraba la forma de producirlo en las altas montañas.

Inició un largo viaje que lo llevaría a las comunidades bribris en la cordillera de Talamanca, comparte con ellos los ritos tradicionales y algunas otras cosas, momentos íntimos donde encuentra la paz.

El prelado conocía historias de Talamanca, años antes otros sacerdotes de origen alemán habían incursionado en las montañas sagradas de los bribris. Llegaban a San Isidro a evangelizar en nombre de su santo preferido, Pablo de Tarso, y luego dejaban su misión para integrarse a los ritos que vivían los pueblos en la cordillera. En las montañas las personas vivían más libres de pensamiento, y eso les gustaba a los sacerdotes paulistas.

Los bribris no vivían en la alta cordillera originalmente, sus poblaciones estaban en las tierras bajas del Caribe y del Pacífico. La agresión de los españoles los confinó a vivir en los cerros, especialmente cuando uno de los caciques se opuso a los invasores y, después de ganar una importante batalla y matar algunos frailes y militares, el enemigo solicitó refuerzos militares a la Corona. Los reyes muy atentos enviaron grandes barcos cargados con armas modernas para combatir al cacique Pabru Presberi. En la versión cristiana su nombre pasó a ser Pablo Presbere, nombre similar al del apóstol de los sacerdotes alemanes, no sabemos si tal coincidencia fue un elemento que reunía a tan distintas culturas.

## **Rey de las lapas**

Los militares españoles llegaron con refuerzos a buscar al Rey de las lapas. Lo encontraron con su pueblo, ésta vez no hubo posibilidad para que el héroe indígena defendiera sus comunidades. Algunos pobladores fueron asesinados en el lugar y otros sufrieron la humillación de ser capturados y llevados hasta Cartago, donde fueron enjuiciados y esclavizados.

Al cacique Pabru Presberi lo llevaron también a la metrópoli de Cartago donde lo enjuiciaron, mas nunca quiso declarar en contra de sus compañeros ni dar la información requerida por sus captores.

Lo declararon culpable de traición a la Corona y lo condenaron a muerte. Primero lo ataron con una cuerda y lo amarraron a un caballo de proporciones gigantes, era un semental traído de Andalucía. Con aspecto mítico, sus ancas redondeadas, su pecho resaltado y sus patas gruesas, el animal infundía temor a cualquier humano que se le acercara. Retozaba como un dragón enfurecido y su crin colgaba del cuello llegando hasta el suelo volcánico de la metrópoli cartaginesa.

Era el caballo que usaba el fraile Rebullina para ingresar a Talamanca a evangelizar a los nativos. Le gustaba montar a tan insigne semental en virtud de sentirse seguro al cruzar un sin número de ríos caudalosos que bajan de las montañas arrastrando el lodo que se despega de las laderas en tiempos de lluvia. Rebullina consideraba que a los indígenas había que traerlos a la metrópoli, ya que internarse en las montañas a evangelizarlos era una labor difícil. Por eso insistía en viajar personalmente a los poblados para conocer bien una futura incursión con militares y traer a los nativos hasta Cartago, donde podían ser evangelizados con facilidad mientras trabajaban como esclavos para su servicio y el de otros colonos.

En tan peligrosa tarea siempre pedía montar al caballo Fáragos, el andaluz gigante que cruzaba ríos tormentosos sin ser movido. La última vez que lo montó fue en 1709, cuando en una de esas incursiones colonizadoras Pabru Presberi organizó a los diferentes pueblos indígenas y arremetió matando a Rebullina, a otros frailes y a los militares que siempre acompañaban estas misiones.

Presberi tuvo la virtud de unir diferentes pueblos bribbris, cabécares y teribes para defender sus territorios, por eso aquella primera batalla fue exitosa. Cuando inició la lucha armada Fáragos retrocedió cayendo por una pendiente que lo llevó a un río llamado Chirripó Grande. Tan empinado era el terreno que el caballo cayó al agua sin ser golpeado por las enormes rocas que sobresalían del acantilado. Se deslizó por el aire y lo recibió un remanso de agua que le permitió salir con facilidad y regresar a Cartago. Arriba quedaba su jinete atravesado por las lanzas del Rey de las lapas.

## **La muerte del guerrero**

Después de ser amarrado a la cola del caballo, al cacique Presberi lo arrastraron por las calles de la ciudad. A su lado iba un pregonero que a garganta abierta declaraba su delito, traición a la Corona. Luego lo amarraron a un árbol con los ojos vendados y los arcabuceros

lo sacrificaron. Se completó aquel asesinato cortándole la cabeza y colgándola en lo alto de un árbol para que el pueblo aprendiera la lección de no oponerse a las autoridades españolas.

El pueblo lo sentía como su libertador, era un guerrero joven, valiente e inteligente, sigue viviendo entre el silencio de los bosques de Talamanca. Cada vez que un grupo de lapas se posa en la arboleda, con su canto ensordecedor, los pueblos de esas montañas saben que Presberi se multiplica buscando la libertad que les robaron. Ante la constante agresión, los sobrevivientes, que siempre los hay en todo holocausto, buscaron formas de protegerse subiendo cada vez más hacia las altas montañas de la cordillera, a buscar nuevos modos de existencia y espacios para vivir en paz.

## **Las rutas bribbris**

Estacionados en los cerros, los bribbris establecieron relación amistosa con otros pueblos del Sur que formaban parte de sus orígenes remotos. Eran los pueblos Chibchas que subían desde el sur de Colombia atravesando el pantano del Darién, y formando nuevas poblaciones en lugares alejados de los invasores españoles. Los de Talamanca bajaban por el Cerro Chirripó y acampaban en la plaza de San Isidro, espacio donde se llevaría a cabo la guerra que consagró a Tijerino como un guerrero mítico. Allí pernoctaban y luego seguían la ruta del sur hasta llegar a visitar a sus amigos y familiares del Darién.

En una de esas acampadas en la plaza del pueblo fue donde los conoció el primer sacerdote paulista que había llegado a San Isidro a evangelizar en nombre de su apóstol Pablo de Tarso. Aquel alemán dejó su Biblia y siguió a los indígenas hasta el Darién, luego regresó, recogió algunas pertenencias y los acompañó hasta Talamanca, donde vivió por siempre al lado de su amada Francisca, mujer de bellas proporciones y familia numerosa.

Francisca se encontró con el sacerdote alemán en una esquina de la plaza, con acento confuso el prelado le preguntó la razón de estar acampando en la plaza. La mujer con claridad le indicó que ellos no tenían que dar razones para acampar en su territorio. Ante la respuesta recibida, el sacerdote paulista se interesó en conocer a los jefes de aquel pueblo viajero y solicitar acompañarlos en la travesía. Los jefes aceptaron su compañía con la salvedad que no llevara biblias ni objetos religiosos. Aquella objeción no fue problema para el

prelado, tomó su Biblia y la fue a dejar a la sacristía de la iglesia. Lo acompañó Francisca. La dama tenía su piel canela, lo más disímil a la piel del alemán, su pelo negro que se deslizaba por su espalda hacia hondos con el viento que corría hacia el sur.

El paulista iba notando aquella naturaleza que lo confundía con las prácticas de pulcritud y abstinencia de su apóstol Pablo, al que no se le conoció pareja sentimental. La poca ropa de Francisca seguía insinuando que la naturaleza no tiene que esconderse ante la razón humana, su mirada mantenía la dirección de su ruta, hacia el sur, de frente como era su actuar encomendado por el cacique Presberi.

El sacerdote se sintió motivado y la invitó a tomar una copa de vino, es para consagrar, le indicó, Francisca no dijo nada, la tomó con la serenidad que respondió la primera pregunta. Había más vino en un tonel de roble negro, y ya que era la última consagración utilizando el líquido milagroso de las Bodas de Caná, el sacerdote no dudó en compartir un poco más y tomar suficiente, todo lo que el instinto le iba indicando.

En adelante, todos los sacerdotes alemanes que llegaban a San Isidro, por razones que ya hemos descrito, terminaban viviendo en Talamanca con los bribbris. El caso del padre León, de origen alemán también, no fue casualidad.

## **La tumba**

La tumba del General se ubicaba en la esquina noroeste del cementerio municipal. Cuando uno llega al portón debe caminar unos cincuenta metros hacia la capilla donde se realiza la última despedida a los que deben enterrar. No se puede llegar directamente desde el portón a la tumba, a los lados existen unos pequeños muros de retención para evitar que algunas tumbas y algunos cadáveres se desbor-den hacia el pasillo principal. No hay estatuas ni ángeles de mármol, ni esculturas de santos hechas por artistas famosos. Este cementerio no es como otros de la capital donde entierran a gente importante y después contratan artistas para decorar sus tumbas. Este lugar es un poco lúgubre, como son los cementerios para enterrar muertos pobres, lo único bueno que tiene es que del portón a la capilla hay un pasillo techado para que los muertos y los vivos no se mojen cuando alguno de ellos debe comparecer ante una santa sepultura.

Si vas a donde estaba la tumba del General, debes llegar a la capilla, luego caminar cincuenta metros al norte y por los lados de las

tumbas o por encima del zacate, camine otros cincuenta metros hacia el este. Allí, a la orilla del muro que protege a los muertos de los muertos en vida que llegan a consumir droga o a profanar tumbas en nombre de Satanás, allí estaba la tumba del General, con su cruz de hierro herrumbrado. La presidencia del municipio mandó a quitar de ese lugar los restos del legendario guerrero, decidió vender el espacio mortífero a otro doliente que pudiera pagar los impuestos requeridos.

Cuando no existía el muro, la tumba se podía ver desde la calle, era un montículo de tierra de un metro ochenta de largo por ochenta centímetros de ancho, encima tenía una cruz construida con una barra de hierro común cubierta de corrosión color marrón, y su leyenda decía, Gral. Tijerino. Así de modesta, no indicaba fecha de nacimiento ni de su muerte. Era la tumba más simple de todo el cementerio municipal, y nunca tenía flores el día de los difuntos.

## **Pensar en la muerte**

El General nunca pensó en la muerte antes de ir a la guerra, a decir verdad, nadie piensa en la muerte cuando toma esas decisiones. Hay optimismo en vencer al enemigo y verlo rendirse frente a sus ojos. La muerte que sea para otros. Las balas deben desviarse a otro lado, hay que entrar a la batalla como poseídos por la fe, ese efecto adoptado por los cristianos desde que Jesús lo introdujo en uno de sus discursos, “si tuvieras fe como un grano de mostaza”. Hay que pensar que una voz del cielo ordena protegerte cuando ingresas a ese mar de proyectiles y confusiones mentales que es una batalla de guerra. Sin que parezca posible, saldrás al final ileso y limpio. Al menos eso es lo que hay que pensar mientras se está vivo.

Dora Gamboa nunca pensó que su esposo Lolo Calderón moriría en la guerra del 48, nadie lo piensa, estaba molesta con un vecino y dijo en voz alta y sincera, ojalá Gabriel vaya a la guerra para que lo maten y lo quiten de estorbar de mi vista. Era un vecino de mal vivir, de esos que sacan odio de un alma pura. Dora nunca se imaginó que quien moriría iba a ser su esposo Lolo. Siempre se culpó por su mal pensamiento hacia Gabriel, decía que el mismo señor de las alturas la había castigado por ese mal pensar. Se dedicó a exculparse frente a sus vecinos durante el resto de su vida.

Por las mañanas iniciaba la trayectoria que le tomaba unas cinco horas. Primero su visita consistía en llegar a la iglesia y dar su penitencia de rezar nueve rosarios completos hincada en granos de

maíz seco. Luego se dirigía a la casa de Avelina y le explicaba: yo tengo la culpa de que a Lolo lo mataran, nunca debí desear la muerte de Gabriel Arancibia, es cierto que era un desgraciado insoportable y sinvergüenza, maldito como el crujir de dientes, pero nunca debí desear su muerte. Mira que la maldición cayó sobre mi querido Lolo que murió en la guerra, allí en la plaza que todos los domingos visitábamos después de misa. Allí mismo cayó acribillado por las balas del ejército de Tijerino.

Al principio las visitas de Dora eran novedad, pero después de algunos años, todos sabían de memoria su historia, y ya nadie la escuchaba, respondían con un sí, ajá, claro, qué terrible. Eran muletillas que ni se pensaban, salían automáticamente de la boca de las vecinas que sabían de su visita todas las mañanas, a la misma hora sin fallar. Lo más grave es que muchas muertes no suceden en las batallas triviales, esas donde la vida queda a centímetros de las balas y la muerte respira en sus entrañas, esa era su última frase. Después salía comiendo una porción de pan casero que cargaba en una mochila hecha de hilos de algodón, y se dirigía a su casa, prendía una velita a su santo Moreno Cañas, y le rezaba algunos trisagios para ayudar a su marido a salir del purgatorio. Pobre mujer, nunca aceptó estar traumada por el martirio de la guerra, decía que se sentía bien, que solo quería compartir una historia con sus vecinas.

## Romero

Dora no vivió lo suficiente para darse cuenta que uno de los papas quitaría el purgatorio, el limbo y el infierno, y que sus oraciones serían en vano porque no tendrían lugar a donde llegar.

Ya esos antros de terror no tienen sentido. El infierno se vive en esta tierra plagada de guerras e injusticias provocadas por los comunistas y los sacerdotes de la liberación que se apartaron del camino del Señor, dijo el Pontífice en su misa inaugural de la Semana Santa. La rabia y una enfermedad congénita hicieron que el sucesor de San Pedro moviera con fuerza su copa de vino cuando recordó con furia a uno de esos pastores de pueblo en tierras centroamericanas, el que decía: “Yo soy la voz de los sin voz”, el gran Romero, pastor que puso su corazón para que las balas dejaran de matar a su pueblo.

El líquido vinoso que derramó el Sumo Pontífice bajó por las paredes del Vaticano, parecía la sangre que Romero derramó el día que lo asesinaron. De su mano izquierda cayó una hostia consagrada,

rebotó en varias columnas del edificio y, por ser liviana, como una pluma de colibrí, voló hacia la Plaza de San Pedro. Miles de feligreses se abalanzaron para adquirir el bien preciado, y se produjo lo que nadie esperaba, una aglomeración de humanos, unos caminando sobre los otros y asfixiándose en cadena. Ochenta personas sacaron arrastradas sin vida mientras el Papa terminaba el oficio religioso.

Al final, nadie pudo encontrar la hostia. Antes de llegar al suelo, una golondrina voló desde el último pilar del Vaticano, el que está a la derecha donde se encuentra sentada la estatua de San Pedro. El ave tomó el bien codiciado y regresó a su nido donde debía alimentar a un grupo de polluelos.

Algunos que lograron observar lo sucedido se deslizaron en silencio hacia la estatua del fundador de la iglesia, esperaban una oportunidad para robarle a la avecilla el pan sagrado. Pero el animal estaba fiero y hacía incursiones sobre sus cabezas picoteando con fuerza. Entendida la situación, los fieles se conformaron con besar abundantemente el pie izquierdo de la estatua de San Pedro mientras repetían aquellas palabras dichas por Jesús en la región de Cesarea de Filipo: “tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia”.

El pie izquierdo de la estatua se fue decolorando por la cantidad de besos abundantes en saliva acida. Los fieles creyeron estar ante un milagro y siguieron orando hasta que los recogieron desmayados al final de la jornada.

La guardia de honor del prelado acordonó el lugar mientras retiraban los cuerpos inertes de ochenta feligreses. Dieron la orden de no contarle al Papa lo sucedido, ese tipo de bochornos lo ponen de mal humor, aseveró un militar. Los bomberos llegaron y lavaron los escombros humanos que ensuciaron la plaza, pues apenas iniciaba la Semana Santa y faltaba lo más importante, el viacrucis del viernes.

Los fieles al Vaticano aseguran que la golondrina no era un ser viviente, orgánico y real que hacía honor al determinismo biológico, creen que fue un milagro venido de lo alto para ilustrar las maravillas divinas que servirían para la santificación del Pontífice unos años después.

Romero siguió su trabajo, prefirió ser el pastor de su pueblo antes que ser bendecido por el Papa. Las madres de hijos desaparecidos llegaban todos los días suplicando, Monseñor, ayúdenos a encontrar a nuestros hijos, están desaparecidos y los soldados dicen que no fueron ellos. Si nos alimentamos en la esperanza cristiana nunca fracasaremos, les decía Monseñor como saludo reconfortante. Luego tomaba su tiempo y recorría oficinas suplicando a los asesinos que

revelaran el lugar donde habían sepultado a los jóvenes. Tanta insistencia fue cansando a los oligarcas y militares que, en un acto de exigencia le pidieron al Papa que calmara al pastor excomulgándolo y retirándolo de su función como arzobispo de San Salvador. Aquella petición era difícil de asumir por el jefe de la iglesia, primero porque la comunión de Romero no estaba fabricada con galletas de trigo seco y, segundo, porque el oficio que desempeñaba el pastor con su pueblo no dependía de la función administrativa que le habían asignado desde el Vaticano. Siguió recorriendo barrios, ayudando a las madres desesperadas que perdían a sus hijos y a sus esposos.

Nunca escuchó la voz del Papa que levantando el dedo índice le ordenó que se orientara a lo que la iglesia buscaba: *ser representada ante los poderes de la nación*. En eso tenían concepciones diferentes, para Monseñor el poder de la nación no eran los militares y los políticos. Los poderes de la nación para el pastor eran todos los habitantes, especialmente las familias que lloraban la muerte de sus hijos y sus padres.

Un día escuchó una bala que se dirigía a su pecho mientras oficiaba una misa, estaba en una capilla del hospital de la Divina Providencia dando consuelo a los enfermos. El proyectil, disparado con certeza, penetró en su corazón trasladándolo a su segunda vida. Mientras caía pudo decir su última frase en vida: *“la gloria de Dios es que el pobre viva”*.

## Llegaron del norte

El general Tijerino nos hace recordar historias de guerras que se habían olvidado. Había librado innumerables batallas en otras latitudes y una más no sería el fin del mundo, al menos eso pensó. Le llamaron revolución, pero fue solamente una guerra entre los mismos, todos del mismo pueblo. La llamaron revolución del 48 porque fue en 1948 cuando sucedió. Parece lógico decirlo, pero es que las cosas muy lógicas para algunos no lo son tanto para otros. Con el pasar del tiempo y el aporte de innumerables historiadores, a esa revolución se le llamó guerra civil de 1948. Fue la única guerra en todo el siglo XX, la última había sido un siglo antes, cuando el legendario Juanito Mora y otros héroes expulsaron a los filibusteros que pretendían apoderarse de Centroamérica. Querían anexas las tierras de este continente al territorio usagrino, construir un canal interoceánico por la vía del río San Juan, convertir a su población en esclavos, y



apoderarse de la economía regional. Así lo entienden los pueblos suramericanos que le tienen grandes honores a Juanito Mora por haber frenado a los invasores. Los del sur sabían que si los filibusteros se apoderaban de Centroamérica podrían haber llegado hasta la Patagonia, la Tierra del Fuego, el estrecho de Magallanes, las Amazonas. Por eso reconocieron a Juanito Mora como uno de los libertadores.

Tijerino conocía las hazañas de Juanito Mora, el presidente costarricense que luchó contra la invasión de los filibusteros comandados por William Walker, pues fue en Nicaragua donde se guarecieron esos invasores. El pueblo de Tijerina había sido sitio de múltiples disputas en diferentes siglos. Fueron los tiempos en que los usagringos venían expandiéndose hacia el sur, engullendo territorio mexicano y pretendiendo apoderarse de Centroamérica.

Juanito y otros centroamericanos, antes que Zeledón, Sandino y Farabundo Martí, habían peleado contra los estadounidenses sacándolos de Centroamérica. Corría la década de 1850, y las historias míticas de la batalla de El Álamo aún circulaban presagiando fracaso a quien se opusiera a los invasores del norte. Aquella batalla no era fácil de olvidar, dos sobrevivientes de ese épico episodio habían logrado rearmar un ejército y vencer a la nación mexicana que no tuvo más opción que aceptar la pérdida de una gran parte de su territorio.

Para Juanito Mora era difícil enfrentarse a un sureño invasor que cargaba consigo aquella cultura triunfadora sobre territorios ajenos. Sin embargo, el libertador se enfrentó a él y lo venció, dejaba así una historia bondadosa para que los héroes como Benjamín Zeledón, Sandino, Farabundo Martí, Tijerino, Carlos Fonseca, Lorenzo Zelaya, los estudiantes panameños, Viviana Gallardo, Omar Torrijos, se enfrentaran al enemigo con orgullo centroamericano.

Al regreso de la guerra Juanito dio un informe a los congresistas de la nación costarricense. Aquella mañana se dirigía a ellos, lo miraban con recelo debido a la popularidad que se había ganado al enfrentar a un ejército poderoso y haberle ganado la guerra con el apoyo de los más humildes, el pueblo. Aquel acontecimiento cambiaba la historia de Centroamérica y se convertía en una especie de guerra de independencia con sabor a triunfo.

Los del norte llegaron en 1855, era un grupo de soldados auto-nombrados “Los Inmortales”, comandados por un gringo sureño llamado William Walker. Primero se apoderaron de Nicaragua y luego intentaron tomar Costa Rica. Juanito Mora hizo la hazaña, reunió al pueblo y lo motivó para enfrentarlos. Aquella victoria del pueblo al lado de su presidente tenía el sabor de una segunda independencia,

esta vez con espíritu de triunfo, firmada con sangre, con identidad de región y de nación. El presidente y su pueblo entendieron que si algo grande habría que hacer por la nación debía hacerse juntos. Igual entendió Juanito que el pueblo requería ser dueño de sus tierras para que sus hijos crecieran con dignidad. El presidente regresó de la guerra renovado en sus ideales, por eso los antiguos amigos políticos lo miraron con recelo.

## La escucha

“Muchas preciosas víctimas nos han costado la victoria - inició diciendo el presidente ante el Congreso - pero esas víctimas han dado vida al continente Centroamericano y quizá a toda la América española. La sangre de nuestros valientes en los campos de batalla será siempre el germen fecundo de inmensos bienes para la patria“. Juanito resaltaba ante el Congreso la importancia de haber ganado la guerra a los filibusteros, debía preparar a los organismos de poder para resistir cualquier otra arremetida de ese ejército que se proponía adueñarse el istmo. El presidente daba a conocer su estrategia principal en aquel triunfo histórico sobre “Los Inmortales”. Con voz fuerte y segura insistía, “si no se le hubiera despojado de las fortalezas y vapores con que dominaban el río San Juan y lago de Nicaragua, y por donde cada quince días le entraban hombres, armas y pertrechos en una escala mucho mayor que la nuestra, dispuse acometer la riesgosa empresa de sorprender al enemigo en aquellos puntos. Sin embargo - continuó el presidente - el esfuerzo de la República para arrojar del suelo de Centroamérica al bandido y sus infames satélites no ha terminado del todo la lucha“. Era modesto con sus palabras, la Campaña Nacional en contra de los filibusteros merecía contar más hazañas.

A su lado siempre estuvo José María Cañas, un general salvadoreño que había tenido experiencias militares importantes al lado del unionista centroamericano Francisco Morazán. Le correspondía acompañar al presidente en luchas venideras y hasta el día de su muerte, bajo las palmeras del puerto de Puntarenas. La discreción del presidente no le permitía contar detalles asombrosos de la guerra, tampoco era elocuente contando las hazañas de sus seguidores. Siempre hablaba en sentido general.

Sin duda, el presidente y el general Cañas fueron un equipo de guerra invencible en la expulsión de los filibusteros. Cañas, igual

que Juanito, era muy querido por los soldados, su carácter generoso, su cordialidad y gentileza lo distinguían de cualquier otro general de guerra, el mismo filibustero Walker decía que José María Cañas era el mejor general de Centroamérica.

Los del Congreso Nacional escuchaban y repensaban la situación que debían enfrentar en adelante. Un presidente querido y respetado por el pueblo sería un peligro para los hacendados cafetaleros. La repartición de tierras y el compromiso con el pueblo eran la nueva visión de Juanito Mora. Era inevitable, el hombre que un día fue parte de la oligarquía cafetalera, ahora se sentía identificado con un pueblo que lo ayudó a expulsar a los invasores. Lo aplaudieron con diplomacia, como es debido, pero después de escuchar su discurso se reunieron a comentar lo que sería el futuro de sus negocios.

El presidente Mora seguía en comunicación con sus iguales en Centroamérica, fortaleciendo la campaña de defensa de los territorios. Llegó de una de esas giras por países centroamericanos, se acercó a San José y, allí estaban esperándolo sus enemigos, tenían un ejército fortalecido alrededor de la casa del presidente. Lo apresaron y lo desterraron a otro país. La gloria de Juanito Mora se desvanecía con rapidez y el tema de los filibusteros era cosa del pasado.

## **El presidente regresa**

Tiempo después Juanito regresó a reclamar su presidencia, sólo le habían permitido gobernar dos años de los cuatro que le correspondían. Salió de El Salvador donde estaba exiliado, llegó a Puntarenas con un barco cargado de hombres valientes dispuestos a pelear por la patria. El general José María Cañas lo acompañaba, sería la segunda guerra que librarían juntos. Los enemigos, conocedores de la estrategia y valentía de Mora y Cañas, no dudaron en conformar un ejército asesorado por militares extranjeros. Lo fueron a topar a Puntarenas. En una parte estrecha llamada La Angostura, donde un estero y el mar se acercan dejando solo un espacio de tierra reducida para el tránsito, allí la batalla comenzó. Pelearon con valentía, pero la contienda era desigual, y en poco tiempo Juanito Mora y el general Cañas estuvieron vencidos. Los detuvieron y sin respetar razones militares amarraron a Mora de una palmera y lo fusilaron, dos días después hicieron lo mismo con el general José María Cañas.

Los soldados temblaron de angustia cuando tuvieron que ver a Cañas de frente. Algunos de ellos habían peleado junto al General, lo

admiraban y querían, pero ya sabían, hacían lo que debían o morirían también. Así es la guerra, cruel hasta el final. Gentil y generoso hasta la muerte, Cañas, viendo a los soldados en esa penosa situación, les ordenó disparar, les perdono mi muerte, les dijo, dispáren con tranquilidad.

## La revolución

Algunos creen que sí hubo una revolución en la década de 1940, pero no fue en el momento de la guerra. La revolución había iniciado años antes, y por esa razón fue que se hizo la guerra. A los oligarcas de este pueblo no les servía la revolución que impuso un seguro social para toda la población, un código que regulara las reglas del trabajo, y otras condiciones que favorecían a la clase obrera. A partir de esta revolución fue que se desató la guerra donde el general Tijerino intervino sin ser partidario de ningún bando. Se involucró a desempeñar un oficio que conocía con audacia y precisión, pero cada batalla que libraba lo acercaba más a su enemigo verdadero, al que él siempre llamaba *Marioneta de los Yanquis*.

Esa guerra y Tijerino son dos figuras permanentes de la historia de ese pueblo llamado San Isidro de El General. Para que este personaje mítico se diera a conocer, tuvo que existir esa guerra y otra guerra más allá de estas tierras. Esa otra fue la de Sandino en las Segovias. Allí se hizo general, era muy joven, pero se destacó por su valentía y honestidad. No era un general de oficios militares como los que existen en los ejércitos, era un general de pueblo, de esos que se parten la vida peleando por los demás, tratando de arreglar el mundo para los que viven.

A la par de Sandino peleó algunos años, hasta que en una traición de las que se viven en las guerras asesinaron a su general, su maestro de guerras contra tiranos. Le tendieron una trampa, y así comenzó la segunda vida de estos dos generales. Por esa razón se vino a Puntarenas, siempre pensando en regresar a combatir al tirano asesino de su maestro y de su pueblo.

## Visitas

Aquel día viajó de Puntarenas a San José para realizar algunas diligencias. Eran las ocho de la noche y estaba descansando. Rentó una habitación sencilla en uno de esos hoteles que se les llama

pensión, de bajo precio, pero suficientemente cómoda para pasar una noche en un lugar que no era su casa. Aquella ciudad no era su hogar, estaba viviendo en otro pueblo a orillas del mar, allí donde la vida es más sencilla y con pocas cosas se vive mejor.

Tenía un taller de zapatos, oficio que le permitía ganar algún dinero y mantenerse en contacto con muchas personas. Además, mientras realizaba su trabajo seguía pensando en el dictador sanguinario de su pueblo de origen. Algún día tendré el honor de bajarlo de su trono y que los perros se beban su sangre, decía el General a sus amigos de confianza. Aquella noche estaba reflexionando sobre lo mismo, era un pensamiento que no podía apartar de su mente. Pensó, no puedo seguir en esto, no puede ser que mi vida, mis horas diarias, mi tiempo libre lo dedique a pensar en el maldito dictador. Hizo un esfuerzo y dedicó unos minutos a pensar en su próximo día. Se organizó, mañana iré a comprar los cueros y tintes de mi taller durante la mañana, luego compraré algunas golosinas para mis hijas y mi esposa, de esos pequeños manjares que solo existen en la capital. Hizo un doblez con su camisa para mover el aire caliente de la habitación, y el pensamiento recurrente llegó de nuevo, no es posible que una sola familia se coma la riqueza de todo un pueblo. Esta vez lo dijo en voz alta, sintió que la sangre se le calentaba, su cuerpo volvió a sentir la necesidad de ponerse en pie y dar algunos pasos mientras la calma regresaba.

Se acostó de nuevo y, como un león herido exhaló su rabia y logró recuperar un poco de sueño, ya es hora de que me duerma, dijo en voz baja y sincera.

Sus ojos se cerraron a pura fuerza, una llovizna sonaba en el techo, de esas que ayudan a conciliar un buen sueño. Ya estaba en esos momentos en que el sueño se avecina y la paz comienza a llenar el alma, el corazón, los pies cansados, y sobre todo la mente. Se escucharon unas voces cerca de la pensión. Sin mucho razonamiento dijo para sí, debe de ser alguien que va de camino y, como siempre, la gente mientras camina conversa animadamente. Recostó su cabeza hacia el otro lado para dejar de oír a los transeúntes parlantes.

Sí, claro, es en esta habitación que está Tijerino, dijo uno de los hombres. Aquella afirmación lo sorprendió, saltó de su cama con revólver en mano, era un calibre 38 de ocho proyectiles, suficiente para protegerse de cualquier ataque. Siempre andaba pensando en defenderse, el tirano puede mandar a sus malditos perros a matarme, decía siempre. Alguien tocó la puerta con alguna determinación, quiénes son, preguntó el General, identifíquense o les disparo. Somos Mora y Fallas, no dispare, somos de los mismos, somos del partido comunista. Yo no soy

comunista, les gritó el General un poco enojado, martilló su revólver y los visitantes se quedaron paralizados frente a la puerta.

Con voz segura y determinante les ordenó, tiren sus cédulas. Los visitantes deslizaron sus cédulas de identidad por debajo de la puerta. El General, un poco calmo y con respiración profunda, exhaló con suavidad aquellos nombres que lo involucrarían en la guerra, Mora y Fallas, ya casi les abro.

## Iremos a la guerra

La guerra había iniciado unos días antes, y los opositores al gobierno ya habían tomado uno de los principales pueblos del sur. Nada se podía hacer, excepto si el general Tijerino aceptaba incursionar con un ejército a recuperar San Isidro, tarea muy difícil para un mortal común.

En las montañas de *las Segovias*, él y Sandino habían logrado conquistas importantes, pero esta era muy diferente a esas luchas donde estaba acostumbrado a pelear. Debo indicarles que no soy comunista, dijo el General a sus visitantes, soy antiyanqui, y así moriré, con el pecho mirando al norte para combatir a esos hijos de perra que vienen a poner dictadores a nuestros pueblos. La conversación se hizo larga, durante algunas horas los tres hombres analizaban la posibilidad de que el General dirigiera la guerra contra los rebeldes, especialmente en San Isidro donde este grupo insurgente tenía armas modernas traídas de un país aliado.

San Isidro es un pueblo situado a 150 kilómetros al sur de San José. Espacio donde los rebeldes estaban muy bien posicionados y podían establecer una base de lucha que los referenciara a todo el país. Por eso era importante que un general de experiencia asumiera ese frente. El General no quería asumir esa misión. Escuchó a los visitantes con el respeto que lo caracterizaba, pero su intención era negarse a lo solicitado, y seguir en su trabajo diario en el puerto de Puntarenas. Su proyecto siempre era regresar con un ejército a Nicaragua a combatir al dictador Somoza y restablecer el proyecto libertador que había iniciado con Sandino. Así que tenía suficientes argumentos para negarse. Con seguridad y certeza inició las explicaciones del caso. Pero Fallas y Mora no eran fáciles de evadir, tenían la convicción en su sangre y la experiencia en su piel, nutrida por la lucha social. Esa convicción los había hecho lograr la inclusión de un capítulo de garantías sociales en la Constitución Política de Costa

Rica, motivo de la guerra. Tratarían de salvar su revolución con el mismo proyecto del General.

Los rebeldes viajan con aviones modernos a traer armas a Guatemala y tienen el control de ese valle rodeado por cerros, espacio difícil para incursionar, ¿cómo quieren que vaya a pelear así? argumentaba el General. Pero tú eres el general Tijerino, conoces bien la guerra, insistía Fallas. Eso es cierto señor Fallas, aceptó el General, conozco bien la guerra, pero las balas modernas no respetan a nadie, se meten en la carne con fuerza y te matan, y cuando caen desde los aviones son más peligrosas. Entrar a caballo y a pie a San Isidro me parece una locura, argumentó Tijerino. El General resaltaba con insistencia su posición, allí está el coronel Ramírez que viene de Dominicana, y también el Indio Godoy que viene de Honduras. Esas son personas conocedoras de la lucha armada, tirarse contra ellos en las condiciones que me proponen es como ingresar a la muerte.

Ramírez era originario de República Dominicana, y había salido de su país por desavenencias con el dictador Rafael Leónidas Trujillo. Luego formó parte de la Legión del Caribe, organización militar y política que tenía como misión derrocar dictadores en América Latina. La experiencia militar la había adquirido en su propio país, pero un día cayó en desgracia por contradecir al supremo. Tuvo que salir clandestinamente a buscar refugio en otras tierras. Aquel despiadado dictador era de pocas palabras, y todos sabían que al menor disgusto se firmaba la sentencia de muerte.

Salió una madrugada y se enrumbo por el mar Caribe en una embarcación piloteada por él mismo. Llegó a Panamá, país donde esperó algunos meses en lo incógnito para dirigirse a Guatemala, la tierra de los desterrados. En ese país conoció a otros exiliados que urgían armar una organización conjunta para regresar a sus tierras y derrocar gobiernos que no eran de su agrado. Ramírez y otros militares visitantes en Guatemala nombraron a su agrupación Legión del Caribe, y ayudaron en la guerra del 48. Evitarían que los comunistas se fortalecieran a partir de alianzas políticas y sociales con el gobierno y la iglesia católica. Pacto que haría florecer una cantidad de garantías sociales y laborales para los trabajadores, situación que molestó a la clase económica dominante y transnacional bananera. Por eso Mora y Fallas sentían que debían ganar la guerra para defender su proyecto.

En el caso de Godoy, conocido en lo militar como el Indio Godoy, hombre pequeño, de tez trigueña y músculos resaltados, trabajaba en la guerra motivado por el dinero que adquiriría a cambio de sus servicios. Había nacido en Honduras en una región indígena, su

padre lo adiestró en oficios militares. Hijo de una indígena y un militar mestizo, el indio creció con su padre después de que su madre muriera envenenada. La mujer se intoxicó con una leche que había preparado con lannate para matar a un gato cimarrón. La indígena, acostumbrada a tomar los sobrantes de la leche que le preparaba al niño, confundió los frascos y bebió el veneno. Inmediatamente sintió los intestinos retorcerse con el calor de la muerte, y lo único cuerdo que alcanzó decirle a su esposo fue, me maté, hágase cargo del niño y cuídelo.

El militar se llevó al pequeño y lo preparó en lo que él sabía hacer, matar a seres humanos. Al niño siempre lo identificaron sus amigos y compañeros como el Indio Godoy, aprendió el oficio con destreza inigualable. Un día que un compañero le dijo, *indio mal amansado*, Godoy se sintió ofendido, desenfundó su machete y le rebanó la cabeza en dos partes. El incidente lo obligó a huir a otras tierras donde años después conoció a Ramírez y a Tijerino. Se dedicó a prestar sus servicios en guerras ajenas, sin sentimientos de pertenencia, pero con mucha valentía y dedicación. Por eso Tijerino lo conocía, le tenía precaución por el alto nivel de frialdad que manejaba al estar frente al enemigo.

El General no cesaba de argumentar sobre la locura propuesta por los visitantes. Imaginen, insistió, una guerra donde mis soldados serían los trabajadores bananeros que no tienen conocimiento de armas. Solo saben usar el machete frente a una cepa de banano, son como bestias controladas por el amo, con sus manos dolidas de trabajar interminables jornadas, y con una historia larga de comer banano sancochado. Esos son los soldados que ustedes me están asignando. Al frente tendré a los rebeldes con aviones, ametralladoras modernas, coroneles traídos de otras tierras, y una motivación que se les sale del pecho porque ya saben que el gobierno no puede frenarlos.

El General no podía conciliar la idea que le proponían, era una locura, y él no vino a realizar locuras. Vino a pensar su regreso para combatir al tirano de su pueblo, al *Marioneta de los Yanquis*, al mismo Somoza. Miren amigos, insistió el revolucionario, conozco al Indio Godoy y al coronel Ramírez, los tres peleamos en la frontera de mi país, los conozco muy bien y son sumamente valientes como para dirigir dos guerras juntas. Y ese aviador que está trayendo las armas de Guatemala es un experto, soy un general, no un loco. Su preocupación tenía fundamento, había un aviador experto de apellido Núñez que viajaba a Guatemala a traer armas modernas, para que los rebeldes pudieran combatir en mejores condiciones al gobierno.



## Trato de guerra

El general Tijerino debía organizar un ejército con trabajadores de la United Fruit Company, obreros bananeros, analfabetas sin conocimiento militar. Razón tenía de estar preocupado e inseguro de ir a la guerra, pero su deseo de regresar a combatir al tirano de su pueblo era mayor que cualquier preocupación, y eso lo sabían Mora y Fallas.

Entendemos lo que dices General, aseguraron los visitantes, pero también somos conscientes de que piensas regresar a tu pueblo a combatir a ese que llamas tirano y *Marioneta de los Yanquis*. Sabes bien que no puedes regresar sin armas y sin hombres. Hágase cargo de esta guerra y le daremos todas las armas y todos los soldados que se quieran ir con usted a combatir al dictador Somoza. Tijerino bajó la cabeza y por un momento sintió que aquel proyecto se acercaba a lo que siempre había querido, destruir al tirano. Se quedó en silencio un buen tiempo, salió de su habitación y dejó a los visitantes solos mientras meditaba. Regresó y quiso aclarar algunas cosas, preguntó, quién me asegura que eso que me han ofrecido se cumplirá, los pueblos están llenos de traiciones y las guerras son el escenario perfecto para la mentira y la traición, insistió. Cómo puedo estar seguro que cuando gane esta guerra ustedes cumplirán lo prometido, insistió. Yo se lo aseguro, dijo Mora, no es suficiente gritó el General, quiero una seguridad total y ustedes no me la pueden dar. El presidente de Costa Rica se la dará, intervino Fallas. Iremos a visitar al presidente mañana por la mañana y él sí puede asegurar este trato, insistió Fallas con voz suave y segura. Iremos los tres y lo que el presidente diga eso es lo que se hará, concluyó Mora.



## Luces del pasado

---

Uno se pregunta si esos hombres eran terrestres como nosotros, por el gran valor que demostraban. De rato en rato Tijerino hacía una pausa para reflexionar y traer a la memoria los detalles de la lucha de Benjamín Zeledón, a un lado de su banco de trabajo se encontraba el otro, el que lo escuchaba, podía ser cualquier persona de la ciudad, vecino o amigo que lo visitara. Era obsesivo con la historia que contaba, especialmente cuando se trataba de esos hombres valientes que habían sostenido luchas heroicas como el general Zeledón, el general Sandino, el Negro Farabundo Martí, Emiliano Zapata o Juan Rafael Mora.

“En el pueblo de Catarina está enterrado el primer autonomista, en una tumba añeja y carcomida por el tiempo están los restos del general Benjamín Zeledón. Allí mismo peleó contra un ejército de estadounidenses y nicaragüenses entreguistas abastecidos de armas modernas”. Estaba iniciando la narración sobre Zeledón cuando llegó su esposa apresurada. No quiso hacer explicaciones extensas, pero en su estado de agitación logró decir lo que debía. Un cocodrilo, dijo, un cocodrilo está en el patio de la casa comiéndose las gallinas. Tijerino la miró con serenidad y quiso tranquilizarla diciéndole que si el animal estaba comiendo ya no sería de tanto peligro para los humanos. Pero es que la niña está cerca del animal y no puedo alcanzarla, aclaró la mujer.

Puntarenas es una localidad bordeada por mar y esteros, la única salida terrestre es una franja de tierra de aproximadamente ochenta metros llamada La Angostura. Al fondo la ciudad se amplía, pero siempre es un lugar entre aguas cargadas de cocodrilos gigantes, que a falta de comida salen con frecuencia a buscar alimento donde los humanos.

No pocas veces se ha perdido alguna persona entre las fauces de un cocodrilo de ocho metros de largo y 1800 kilos de fuerza en sus

mandíbulas. Con una experiencia de 50 millones de años haciendo lo mismo, el reptil se vuelve peligroso. El caso más notorio sucedió cuando Juan Rafael Mora Porras, el libertador, peleó hasta ser capturado por los dictadores que le habían usurpado el mando presidencial. Era el año 1860, la batalla recrudesció y muchos muertos quedaron en el estrecho llamado La Angostura. Los soldados ganadores, para evitar enterrar a los caídos en batalla o al menos quemarlos como era la costumbre, los tomaban de las piernas y manos y los lanzaban al estero, donde los cocodrilos, hambrientos, se hacían cargo de ingerir a bocanadas aquellos cuerpos jugosos y frescos. Con una rapidez espeluznante la carne era rasgada por colmillos sarrosos que dejaban escurrir el jugo sangrino por las mandíbulas inferiores. El médico de guerra iba certificando a los muertos que debían ser lanzados a los cocodrilos. Un moribundo gritó desesperado, no estoy muerto, pero el médico contundentemente le aclaró, usted no puede saber más que el doctor; y un reptil gigante abrió sus mandíbulas para recibir su comida.

Cuando Tijerino escuchó que su hija estaba cerca del cocodrilo, salió con rapidez. No tomó arma alguna, los segundos eran importantes, de repente estaba frente al animal que devoraba una gallina a la que solo se le veían las patas. No podía enfrentar al gigantesco reptil, pero sí, con el impulso que llevaba se lo brincó y tomó a la niña entre sus brazos. Regresó con serenidad a la casa y se dirigió a su dormitorio, allí tenía un rifle semiautomático de manufactura Smith & Wesson, construido para ser usado en la Segunda Guerra Mundial. Era el arma más moderna y fácil de maniobrar que se usaba en la guerra, con un peso de cuatro kilos, y treinta y dos pulgadas de largo el cañón. Salió sereno al patio donde se encontraba el animal y le disparó un solo tiro, los otros los conservo para el dictador, aseguró. No viene al caso saber el futuro del reptil, pero sabemos que la carne es buena en la parte de la cola, y que las botas que el General usaba en la guerra de San Isidro eran fuertes y escamosas como el cuero de un cocodrilo.

Sin estar sofocado regresó a su taller, recordemos que trabajaba en su propia casa, cualquiera hubiera creído que la historia de Benjamín Zeledón había llegado a su fin. Tanta emoción con el cocodrilo podría ser motivo de olvido para un narrador. Pero las historias de héroes y guerreros de los pueblos centroamericanos no se le olvidaban al General.

Yo no he estado en Masaya, aseguró Tijerino, les cuento esto de boca del general Sandino, quien en tardes y noches de descanso

nos contaba historias de hombres libres y luchadores. El general Zeledón inspiró al ejército de hombres libres de Sandino, si hay alguien que uno puede decir que fue valiente y decidido a morir por su patria fue el general Zeledón y, si algo de valiente hubiera en mi sangre se lo debo a él, eso decía el general Sandino con el orgullo de buen nicaragüense.

El contador de la historia hizo una pausa para enhebrar una aguja grande y fuerte que usaba para coser zapatos. Se inclinó hacia el piso para levantar unas botas de cuero que debía remendar, resopló con energía y terminó su idea, mira amigo, yo quiero regresar a Nicaragua, allí me espera ese país para continuar lo que Benjamín Zeledón y Sandino iniciaron, pero que no se ha acabado, allí sigue ese maldito dictador atormentando a mi gente. Algunas veces tengo miedo de que algo suceda y me tenga que quedar en Puntarenas, y pasar el resto de mi vida con el remordimiento de no haber regresado a pelear la guerra de Zeledón y Sandino.

Ese sentimiento lo atormentaba con frecuencia. Cada vez que hacía una pausa en su conversación exhalaba con fuerza y repetía de alguna forma lo mismo, tenía un presentimiento que lo perseguía, no poder regresar a su querida Nicaragua a luchar contra el dictador. Sentía en sus entrañas la convicción de que podía vencer al dictador y establecer la paz en su nación. Incalculable responsabilidad asumía el General, por eso también su temor de no poder llevar a cabo aquella misión. A pesar de todo, regresaba a su tema, al que estaba contando, con la claridad que lo había iniciado.

Su valor de guerrero y hombre de patria lo demostró Zeledón cuando los estadounidenses invadieron Nicaragua el 28 de julio de 1912, los enfrentó hasta su muerte la tarde del 4 de octubre de ese mismo año. Dicen que fue un día de mucha nostalgia, la neblina bajó de los cerros para completar la tristeza de aquel pueblo. Los invasores llegaron con ocho barcos militares y 3000 soldados, a esa carga militar se sumó un grupo numeroso de nicaragüenses. El general Zeledón los enfrentó con un grupo de 500 hombres. Tuvo que pelear contra todo ese ejército, ninguno de sus hombres había entrenado para la guerra, eran artesanos, zapateros, campesinos, albañiles. El grupo de Zeledón se había quedado sin alimentos y sus enemigos pensaron que los vencerían por esa razón, así que, decididamente, y con el dolor en el alma, tuvieron que comerse los caballos y beber su sangre, esa batalla fue desigual e injusta.

## Guerrero del honor

Zeledón tenía cuatro hijos y una esposa, siempre dijo que aquella lucha la hacía en honor a ellos y a los muchos nicaragüenses que merecían ser ciudadanos libres. Si no puedo darles una patria libre no valdrá la pena vivir, decía. Su ejército estaba ubicado en el cerro Pacaya, a unos pocos kilómetros de la llanura de Masaya. Aquel valle hermoso y tranquilo fue el testigo más cercano de su lucha autonomista. Pacaya era un cerro cubierto por un bosque denso de árboles de guanacaste, pochote, guayacán, malinche, cristóbal y cenízaro, aparecían, sin embargo, muchas especies medianas de árboles como el guarumo, cañafistula, nance y palmeras. La vegetación era importante para protegerse del enemigo. Detrás de un gran árbol de guayacán se podía combatir con mucha protección, sus gambas robustas, fuertes, y su madera sólida resistía las balas sin preocupación. El olor de la madera, al ser impactada por las balas, daba a los autonomistas una confianza y solidaridad que los hacía resistir con valentía, era un olor a patria, decía Zeledón, era un llamado a seguir buscando la libertad.

Un día antes de su muerte, a Zeledón le enviaron un mensajero especial para que se rindiera, todavía los invasores y los entreguistas nicaragüenses no tenían claro que su enemigo y defensor de la autonomía nacional no era hombre de negociar rendición alguna. Su suegro llegó con la intención de llevarse a Zeledón para que le dieran amnistía en Panamá y así salvarlo de la muerte. Mira, le dijo Zeledón, sé lo mucho que te preocupas por mi vida y la vida de los que son tu familia, mi esposa Ester, su hija, y mis hijos, sus nietos. Todo eso lo entiendo, pero si no lucho por la libertad de esta patria, mis hijos, mi esposa y los muchos ciudadanos descendientes del cacique Nicarao, nacidos en este bello territorio, seguirán siendo esclavos de estos yanquis. Así que, agradezco su intención, pero mi mundo y el de los nicaragüenses pertenece a esta tierra, anda y diles que pelearé hasta la muerte si es necesario, pero no entregaré esta nación por salvar mi vida.

El señor salió triste de la visita realizada a su yerno y lloró mientras bajaba el cerro Pacaya, todos creyeron que lloraba de tristeza al saber que Zeledón moriría ante aquel ejército imparable. Don Juan nunca llegó a dar el mensaje a los enemigos, más que tristeza, su llanto era de orgullo por las palabras de su yerno. Se dirigió a su casa cruzando por una hondonada y tomó algunas municiones y rifles que guardaba para alguna ocasión especial. Salió enrumbado hacia el

cerro Pacaya a unirse a las fuerzas autonomistas. Cuando llegó no quiso explicar nada, cualquier aclaración sobraba, miró con firmeza a Zeledón y le dijo, mira General, esta patria hay que defenderla, y si la muerte es el pago por la dignidad, la muerte será bienvenida, se abrazaron y chocaron los rifles en señal de honor.

## **El viejo pescador**

Tijerino llevaba un buen tiempo narrando la historia de Zeledón, aquellas experiencias de hombres luchadores lo llenaban de optimismo, intentaba recordar algunos pasajes borrosos y, de repente, apareció la esposa nuevamente, ¿qué sucede?, preguntó Tijerino, parece que algo está pasando en la playa, la gente está sorprendida por un hombre viejo que se ve luchando con un gran pez. Está algo lejos, pero se nota que trata de sacar a un pez del agua, terminó indicando la señora. Con algo de disgusto Tijerino entendió que debía sumarse a la multitud que desde la orilla del mar fijaba sus ojos hacia el infinito. Debes llevar la carabina, le insistió la esposa, ese animal hay que matarlo de un balazo. El hombre la miró con algo de sarcasmo y en voz baja dijo, las balas son para el dictador, un pez se atrapa con una cuerda.

A lo lejos se notaba que el viejo pescador luchaba por sacar a un pez gigante del agua, ha de ser un cocodrilo, le dijo Tijerino a la multitud, nunca he sabido de alguien que pesque a un pez gigante en estas aguas del Pacífico. El viejo se notaba sofocado por la lucha que mantenía con el pez, la gente se aglomeraba curiosa y expectante ante el panorama confuso que se presentaba. Debes ir a ver a ese hombre, le indicó la mujer. El General fue claro en decir que él no entendía mucho de pesca y, que lo más que podía hacer era acercarse en un bote para averiguar lo que pasaba. Un botero se ofreció a transportarlo hacia el pescador que seguía luchando en el mar. Zarparon a canalete, y en aproximadamente veinte minutos estaban cerca del hombre. La figura que vieron les sorprendió, era un viejo flaco, demacrado y deshidratado por el sol. De acuerdo con lo visto, aquel hombre debía tener muchos meses a la deriva peleando con un pez gigante. No se sabía quién era la víctima, podría ser el pez o podría ser el viejo. Lo saludaron y le ofrecieron ayuda. El viejo se volteó e hizo un gesto de saludo, se notaba que las palabras eran escasas y quizá su saliva también. El viejo quiso decir algo, pero carraspeó su garganta tratando de acomodar las cuerdas vocales secas y añejas de poco hablar.

¿Qué tiene pegado del sedal? le preguntó Tijerino, un pez gigante, indicó el viejo. Trataba de ocultar el cansancio que lo tenía vencido. Le vamos a ayudar, le dijeron los visitantes, pero el viejo, pensativo, les hizo un gesto de negación. ¿Qué pasa viejo? dijo el botero, podemos ayudarte, pareces derrotado. El viejo entonces se incorporó, se sostuvo fuerte con el remo, y en tono desafiante gritó lo que Hemingway escribiera para él: "el hombre no está hecho para la derrota /, y como para que el tema quedara absolutamente claro, terminó diciendo, / un hombre puede ser destruido, pero no derrotado".

¿Dónde estoy? preguntó el viejo, en Puntarenas, en el mar Pacífico, respondió el botero, entonces hemos navegado mucho, dijo el viejo. ¿Hemos navegado?, preguntó Tijerino, como indicando que hablaba en plural, sí, dijo el viejo, hemos navegado, somos dos, el pez y yo, algunas veces nos sentimos compañeros, venimos desde la isla de Cuba y creo que nos cambiamos de mar. Tijerino insistió en lo que debía: ¿necesitas ayuda o no?, le preguntó de nuevo, el viejo con mucha claridad dijo, necesito agua y comida, yo terminaré sacando a este gigante del mar, ya he luchado mucho, llegaré a la playa pronto. Como dijo mi creador, argumentó el viejo, "no puedo fallarme a mí mismo y morir frente a un pez como este".

En ese momento el pez aprovechó que el viejo estaba descuidado y le pegó un tirón que por poco lo saca del bote.

Los visitantes salieron a conseguir comida y agua para el viejo, aguas adentro el pez seguía insistiendo en su libertad. Al anoecer, el viejo sintió que algún animal feroz estaba devorando su presa, intentó golpear en la cabeza al intruso, pero el remo saltaba como si le estuviera dando a una piedra, cocodrilos, dijo con alguna decepción, ahora sí que estoy en problemas. Se fueron acercando más y más feroces cocodrilos y al amanecer el viejo llegó a la playa de Puntarenas. Llevaba el esqueleto como muestra de haber pescado al pez más grande de los océanos. Lo dejó encima de un malecón inmenso a orillas del muelle, donde los zopilotes y perros comieron huesos de pescado durante un mes. Caminó lento en dirección a la casa de Tijerino, iba diciendo en voz baja, malditos cocodrilos.

## **Pacaya**

El General pudo retomar el relato sobre Zeledón, esta vez tuvo que hacer acopio de su memoria remota ya que en lo inmediato estaba distraído por lo del viejo pescador. Un grupo de soldados del ejército



enemigo intentó subir el cerro Pacaya para atacar a Zeledón y a sus hombres, repuso Tijerino. Comenzaron con precaución arrastrándose por debajo de los tacotales, al llegar a una zona muy empinada iniciaron el ascenso con mecatres y otros artefactos propios de esos ejércitos bien entrenados. En lo alto, el grupo autonomista de Zeledón los esperaba con los rifles cargados, y tenían la ventaja de estar siempre en posición de espera. Antes de que los enemigos se pudieran posicionar en firme, los autonomistas dispararon con impactos certeros. Los cuerpos de los enemigos bajaban como piedras rojizas pegando contra los árboles y destrozándose al llegar a la llanura.

## **El regreso del viejo**

El viejo del mar ha llegado, comunicó la esposa, quiere que le ayuden a devolverse a su isla. Tijerino dejó nuevamente su relato, parecía molesto por tanta interrupción, pero con sabiduría salió a dar atención al viejo que, maltratado por el sol tenía su piel mustia y resquebrajada. Lo único que necesito es que me ayuden a regresar a la isla, la ruta que hice lidiando con el pez es demasiado larga, argumentó el viejo. Pero como ustedes deben saber, algunos cubanos vivieron por estas tierras, quiero que me ayuden a encontrar la ruta que ellos usaron para regresar a la isla. Tijerino, una vez más, tomó tranquilidad para iniciar la instrucción que llevaría al viejo a la isla nuevamente; el esqueleto del pez quedó en la playa de Puntarenas, ya nada interesaba al viejo más que regresar. Su misión estaba cumplida, pescar al pez gigante que todo pescador sueña, pero lo de él ya no era un sueño, lo había logrado, la gente de Puntarenas había visto de su propia mano al pez que los cocodrilos habían devorado, dejando únicamente el esqueleto. Un presente se acercó y le preguntó, dime viejo, ¿cómo te va a creer la gente de tu isla que pescaste al pez gigante?, eso no importa, argumentó el viejo, yo sé que lo pesqué. El hombre de la pregunta miró hacia el suelo pensativo, entonces dijo en voz baja, solo para él, eso sí que es vivir.

El narrador, ante el requerimiento del viejo, tuvo que hacer una pausa en su historia. Necesitó una semana y algo de ayuda para estudiar la ruta que debía recomendar al viejo para que regresara. Recordó que en un sitio lejano a Puntarenas vivía un hombre experto en esa historia, le envió un telegrama de urgencia y dos días más tarde llegó el licenciado Pineda. Traía sendos documentos y mapas que dibujaban la ruta que el viejo debía tomar, o más bien, la ruta

que Antonio Maceo y otros revolucionarios amigos de José Martí habían tomado para regresar a libertar la isla invadida por la colonia española. El licenciado Pineda no era hombre de dar instrucciones ligeras. Así que, hubo que escucharlo por varios días para que contara la historia de la legión isleña que había vivido en Costa Rica en la década de 1890. Esto no es posible, argumentó Tijerino, ¿debemos escuchar toda la historia?

Pineda le aseguró que si no contaba la historia completa el viejo se podía perder de aburrimiento en el mar. Debes entender, dijo el licenciado, si este viejo se tira al mar sin conocer la lucha y la esperanza que llevaban los revolucionarios, jamás va a tener fuerzas para sobrevivir a ese viaje lleno de calor y soledad, especialmente ahora que ya terminó su faena de pescar a ese pez gigante. Tijerino dijo entender los argumentos del licenciado, sin embargo, conociendo al General, creo que supo manejar la circunstancia difícil que se le ponía por delante. Así son los grandes hombres, saben esperar con sabiduría, porque la espera es adelantar la ruta que se debe recorrer.

El licenciado Pineda inició contando la historia de la Guerra de los Diez Años, primera guerra de independencia de la isla; larga narración que ocupó la atención de miles de personas que se aglomeraron en torno al viejo. De todas maneras, argumentó Pineda, no hay zapatero ni peluquero que no le gusten las historias fantásticas como las de Antonio Maceo, Flor Crombet y José Martí, todos ellos líderes de la independencia de la Perla del Caribe.

El viejo no dijo nada, estaba extasiado con la historia confusa pero maravillosa que le contaban sobre su isla. Él solo sabía de mares y pensar en su gran proyecto, pescar al pez más grande que estuviera alrededor de su isla. Ya había logrado su objetivo, así que, las historias sobre los héroes de la independencia le proporcionaban una juventud que no había vivido. No sabía detalles de aquellas luchas, únicamente soñaba con pescar, dormir y ver la inmensidad del mar que le proponía aquella aventura imaginada por los de su clase.

La historia de los isleños que vivieron en La Mansión de Nicoya fue contada en forma extensa por el licenciado. El viejo no se cansó de escuchar, Tijerino sí parecía impaciente ya que la historia parecía más extensa que el mismo recorrido que Antonio Maceo y su pueblo habían realizado.

Después de conocer que una gran cantidad de familias isleñas habían venido a Costa Rica a iniciar una nueva vida, que habían fundado un pueblo llamado La Mansión, en la península de Nicoya, con un ingenio azucarero, agricultura, escuela y muchas cosas más, el

viejo sintió que debía recorrer la ruta que los revolucionarios habían transitado cincuenta años antes. El propósito de regresar se había convertido en una ilusión, y el viejo con pasión dijo, yo creí que el gigante era solamente un pez.

El licenciado Pineda, hombre consultado para dirigir la ruta que el viejo debía recorrer, terminó su relato explicando lo siguiente: debe llegar a Puerto Limón, a Moín específicamente, compre un bote y diríjase al noreste, como si fuera en contracorriente. No se detenga hasta que llegue a Duaba-Baracoa. A ese lugar llegaron todos los independistas que vivieron en Costa Rica. El viejo, que había hecho el recorrido pasando por el estrecho de Magallanes, bordeando la Patagonia y subiendo por la costa de Chile, con las manos sangrantes por el sedal que se le incrustaba entre su carne y las uñas, sintió que el regreso no estaba complicado, que era posible realizar el viaje sin contratiempos.

Después de recibir la instrucción, se puso en contacto con una familia de apellido Alfaro que transitaba con bueyes y carretas lujosas aquellos caminos entre el Pacífico y la ciudad de San José. Eran los descendientes de Eloy Alfaro, un revolucionario ecuatoriano amigo de Antonio Maceo en aquellos tiempos de independencia. Alfaro estaba viviendo en San José en los mismos años que Antonio Maceo había llegado a Costa Rica, 1891. Se habían hecho amigos en virtud de las luchas revolucionarias que ambos organizaban. Eloy Alfaro regresó a su país a trabajar por su pueblo, pero una cantidad de descendientes quedaron arraigados en San José y Alajuela. Desarrollaron el arte de construir carretas elegantes y suntuosas que servían para transportar productos y personas entre la capital y el puerto de Puntarenas.

El viejo del mar aprovecharía esas carretas para llegar a San José y de ahí tomar un tren que lo llevaría a Moín en la provincia de Limón, lugar de donde partieron el general Maceo y otros revolucionarios a liberar la isla. El licenciado Pineda regresó a San Isidro después de una semana de narración, Tijerino llegaría a ese mismo pueblo un año después, a pelear una guerra que no era suya.

El viejo inició el viaje que lo llevó sin contratiempos a Moín, allí consiguió el bote para regresar a la isla. Llegó a buen puerto y se sentó bajo una palmera a ver el infinito, y a pensar en los logros que había tenido en vida. Un pez gigante emergió del mar tratando de provocar al pescador, este lo miró y, con sarcasmo dijo, *no te has dado cuenta que ya te atrapé, sigue tu camino y déjame en paz, que nadie me quitará la felicidad que he conseguido.*

## Esta revolución hay que continuarla

Terminaron aquel difícil episodio y amaneció el 4 de octubre, Benjamín Zeledón cumplía sus 30 años de edad, incómodo cumpleaños en una montaña matándose contra el enemigo. No tenían siquiera comida regular, mucho menos algo especial para celebrar, nada diferente a otros días. Tomaron alguna carne de caballo y la asaron, celebraron a lo grande, por supuesto que celebraron. El general Zeledón dijo algunas palabras de agradecimiento a sus compañeros, pero la ocasión también invitaba a reflexionar sobre lo vivido y lo que estaba por vivirse. Les dijo, valientes compañeros, así, con la felicidad y el optimismo que compartimos por la autonomía de esta Nicaragua, hemos firmado la decisión de morir por nuestra patria, esta sentencia de muerte está llena de alegría, de convicción y de heroísmo. En el futuro algunos retomarán nuestra revolución, asumirán esta lucha y lograrán terminar lo que hemos iniciado, no es morir por morir, es morir por la libertad, es morir en alegría, es morir con orgullo, es morir por la autonomía de esta tierra. Terminaron la celebración y, uno a uno, los soldados fueron reafirmando la decisión de continuar con la lucha.

El 4 de octubre, durante la mañana, Augusto Nicolás Calderón Sandino iba a cuidar unas vacas a la finca de su padre, era muy joven, tenía apenas 17 años. Escuchó el rugir de los cañones entre el valle de Masaya y el cerro Pacaya, no tenía claridad de la lucha y el destino que lo marcaría a partir de ese día. El cuidado de ganado no tiene mucha simpatía con un evento bélico de armas y revolución, siguió su camino como le correspondía para terminar su faena. La inquietud por saber los pormenores de aquella lucha armada lo tenía cautivo. Después de atender los animales en la finca regresó a su casa, siempre razonando sobre el tiroteo escuchado.

Sandino pasó algo lejos de la batalla, venía de Niquinohomo, y la lucha armada se estaba llevando a cabo entre el cerro Pacaya y el bajo de Masaya. Niquinohomo, pueblo natal del joven Sandino, se encuentra situado a un lado del cerro Pacaya, teniendo de frente el valle de Masaya. Llegó a su casa y continuó con los trabajos asignados para ese día, posiblemente tenía que arreglar alguna alambrada para que el ganado no se pasara a las fincas de los vecinos, picar leña para encender la estufa y chapear el potrero a orillas de su casa. Entre esas posibles actividades pasó el joven Sandino ese 4 de octubre de 1912. A eso de las tres de la tarde ensilló un caballo de figura fuerte, resistencia deseable y bríos suficientes para realizar giros rápidos. Se deslizó por un camino sinuoso y enlodado en busca de información sobre lo escuchado

durante la mañana. Sabía sobre la lucha armada, pero no tenía datos suficientes para saber en qué estado se encontraban los sucesos. Se acercó con cautela a Masaya, fingía estar de visita por el pueblo en busca de artículos para el hogar, nada que pareciera la búsqueda de información sobre lo acontecido. El tumulto de gente se observaba a lo lejos, la batalla ya había cesado y el misterio era sorprendente.

Un silencio sepulcral embargaba al pueblo y, el temor se podía oler fácilmente en los ojos de aquellos pueblerinos. En las esquinas del pueblo, apostados junto a los árboles, estaban grupos de soldados nicaragüenses e invasores con sus armas listas para disparar, y la gente, la poca gente que se animaba a circular sola, lo hacía con su cabeza en dirección al suelo, evitaban mirar hacia los lados. Un grupo grande de personas se divisaba en la plaza principal, estaban amontonadas como mirando un espectáculo, a ese lugar se acercó el joven Sandino. En el centro del grupo había un gran espacio circular y un hombre acribillado con balas se encontraba tendido en el suelo. A su alrededor, erguidos y desafiantes estaban muchos soldados, invasores estadounidenses y nicaragüenses.

Quien hablaba era un nicaragüense, nada menos que el presidente del país, apadrinado y protegido por los invasores, uno de los tantos entreguistas que parió esa bendita tierra, exclamó Tijerino con rabia.

Aquella tarde, el ruido de Masaya se resumía en las palabras del presidente advirtiéndolo a los pobladores sobre las consecuencias de ser un revolucionario rebelde: morir como un perro acribillado por las balas, ese es el final que le espera a cualquiera que quiera hacer lo que hizo Zeledón. Hoy, continuó diciendo, es Zeledón el que muere como perro acribillado, mañana será cualquiera de ustedes si no se someten a la democracia de esta nación. En ese momento Sandino supo que, quien estaba tirado en el suelo, irreconocible por las balas, era el general Benjamín Zeledón, el libertador que en silencio él soñaba ser. Se mantuvo en su caballo, sintió un calor extraño que subía por su cuerpo y su sangre se agitó con rapidez. El rostro le ardía de angustia y rabia, no pudo contener sus palabras y muy para sí dijo: “esta revolución hay que continuarla”.

## **La reflexión**

Los visitantes salieron de la pensión donde se hospedaba el General, y acordaron verse el otro día frente a la casa del presidente. Mora se acomodó el sombrero negro que siempre vestía y con

respeto se despidió. Tenía la virtud de ser un hombre sereno, reflexivo, sabía encauzar los procesos difíciles hasta convertirlos en situaciones posibles, característica nata de un buen revolucionario. Fallas abrazó con cuidado un manuscrito que siempre cargaba y se despidió también. Eran las historias de los trabajadores bananeros que escribía a diario desde su juventud, cuando igual que ellos, era un trabajador de la United Fruit Company y dirigía los procesos de luchas laborales desde la plataforma del sindicato. Conocía bien a esos hombres valientes que se ganaban la vida trabajando catorce horas al día, peleando contra las cepas de banano y comiendo sancocho de banano verde para sobrevivir. Arrojó el manuscrito debajo de su camisa para evitar que se mojara.

Entiendo bien lo que dice Tijerino, le dijo Fallas a Mora, esos bananeros no saben de armas, solo saben trabajar con machete. Eso es cierto, argumentó Mora, pero no tenemos otros bueyes para arar esta tierra; además, este General es muy astuto y valiente, sabrá lidiar con esas circunstancias, ya tiene un buen motivo para hacerlo, y esa es nuestra única oportunidad de ganar la guerra.

La noche se hizo corta entre los muchos planes y pensamientos del General. La posibilidad de regresar a su pueblo con armas y hombres guerreros le gustaba bastante, era la mejor opción que se le presentaba para combatir al tirano. Mientras reposaba, inició un monólogo tratando de discernir con claridad aquella opción. Puede ser difícil, pensaba, recuerdo que Sandino luchó como un verdadero guerrero, y al final, mira lo que pasó. Me puede pasar a mí algo similar. Pero también, mientras llevamos a cabo esta guerra entre los pueblos de Costa Rica, los bananeros ganarán experiencia. Serán buenos soldados, nadie nace aprendido, y en una revolución popular los hombres y las mujeres que luchan aprenden en el camino.

Las horas transcurrieron y el General no pudo conciliar el sueño, se fue minuto a minuto ordenando ideas, haciendo ilusiones y caminando de regreso a su pueblo. ¿Qué haría el general Sandino si le tocara tomar una decisión como esta? se preguntaba a sí mismo. Creo que lo haría de la forma que lo pienso yo, caminamos y luchamos juntos por varios años y sé que haría lo mismo, lo haré por él. Reivindicaré su nombre y veré a ese tirano comerse las mismas balas que usó para matar a mi General. Hay que pensar en organizar al pueblo como lo estaba haciendo él, luego dar el golpe. Su muerte no quedará en vano, cuando entremos triunfantes por la calle principal de Managua llevaremos su foto de frente, y todos sabrán que el general Sandino vive entre su pueblo.

Un rayo de sol se filtró por una rendija de la pensión, y el General se dio cuenta que la noche se había terminado, no sintió las horas que pasaban frente a sus muchos pensamientos. Se levantó rápidamente y se dio una ducha ligera para despertar el sueño que no había gastado. Salió de la pensión y se dirigió a una fonda ubicada a unos cien metros del lugar. Allí tomó un café negro y un gallo pinto, suficiente alimento para resolver cualquier revolución. Salió de aquel lugar y caminó despacio hacia su destino.

## Encuentro con el maestro

En el camino la reflexión seguía profunda y las personas pasaban a su lado sin que fueran percibidas. Un hombre de mediana estatura venía de frente con un manojo de revistas, señor Tijerino, le dijo a manera de saludo, le regalo un ejemplar de la última edición de la revista. El hombre extendió su mano y le entregó el documento. *Repertorio Americano*, dijo con agrado el General, la revista de García Monge. Hizo un alto en sus reflexiones y preguntó por el maestro, la voz suave y educada del hombre lo sorprendió, yo soy Joaquín García. Un gusto conocerte maestro García, nunca creí poder saludarte en persona, le dijo Tijerino. Yo leo tu revista siempre, lo sé, le aseguró García Monge, yo soy quien te envía la encomienda en el tren del Pacífico, y te reconocí porque tengo un registro con fotografías y datos de todas las personas que reciben la revista desde 1919.

La sorpresa de conocer al maestro había hecho que Tijerino olvidara la misión a la que se dirigía. Por un momento nada tenía importancia en su mente más que la oportunidad que la vida le daba de estar frente al maestro en una plática cotidiana. Conozco su lucha y la de Sandino, le aseguró el maestro, es una lucha justa y necesaria. Las palabras de García Monge hicieron que Tijerino regresara a su pensamiento inicial, y sin pensar dos veces lo que debía decir, lo dijo, sí, espero eliminar pronto a ese Marioneta de los Yanquis. Hizo un esfuerzo para recuperar su postura y continuar la plática. Dígame maestro García, intervino de nuevo, es usted pariente del maestro Marcelino García Flamenco, el que luchó contra el dictador Tinoco. Esa historia me llena de optimismo, pensar sobre el maestro García Flamenco es como recibir la certeza de que la lucha que pienso realizar es inevitable. La valentía de ese hombre no tiene comparación, yo la pienso en la misma dimensión que valoro la valentía del general Sandino o del general Zeledón, y lo que más me sorprende,

continuó argumentando Tijerino, es que el maestro García Flamenco era salvadoreño y dio su vida por los costarricenses, eso fue muy importante. Al menos yo estoy dispuesto a dar mi vida por los nicaragüenses, eso es entendible, ellos son mi gente, mi pueblo, es la revolución que nos heredó Benjamín Zeledón, pero él dio su vida por un pueblo que no era el suyo.

Algunas veces pienso que a García Flamenco no le importaban las fronteras, pertenecía a un mundo más grande que el de las otras personas. El maestro García Monge no había tenido oportunidad de responder la pregunta que su interlocutor le había formulado. Sin embargo, el gran García Monge estaba extasiado con la pasión revolucionaria que manifestaba Tijerino; y le sorprendía el conocimiento que aquel hombre de nacionalidad nicaragüense tenía sobre los acontecimientos acaecidos desde 1917 sobre la dictadura de los hermanos Tinoco, y especialmente sobre el maestro García Flamenco que se había involucrado en la lucha social contra el dictador a partir del asesinato del legendario periodista Rogelio Fernández Güell; acontecimiento acaecido en el playón del río Ceibo, a unos trescientos metros de la escuela de Buenos Aires de Puntarenas. Allí trabajaba García Flamenco como maestro de grado.

Tijerino esperaba una respuesta y estaba ansioso de saber si García Flamenco y García Monge, dos insignes patriotas y maestros de su admiración eran familia entre sí. El maestro García Monge, amable y sereno como se le reconocía, antes de responder, le aseguró que escribiría algunas reflexiones sobre García Flamenco en la siguiente edición de *Repertorio Americano*. García Flamenco y yo no somos familia, respondió el maestro finalmente. Nos unió la dicha de compartir una profesión que nos apasiona, ser educadores, y una posición ante la vida que nos hace parecer hijos de los mismos valores y las mismas luchas del pueblo, además de un apellido en común. Se despidieron con afecto y los dos siguieron su camino, cada uno haciendo la revolución de forma diferente.

La revista que García Monge repartía se llamaba *Repertorio Americano*, la había fundado en 1919 con el fin de publicar los escritos de grandes pensadores latinoamericanos. Seleccionaba artículos de pensadores importantes de distintos países y editaba la revista, luego la enviaba a sus lectores.

Tijerino leía la revista de García Monge a todas horas, ya lo vimos en la narración anterior. Por eso tenía los ideales de los grandes hombres como Simón Bolívar, José Martí y Juanito Mora. Recortaba frases de la revista y las pegaba en la pared de su taller, algunos eran



pensamientos de Gabriela Mistral: “El futuro de los niños es siempre hoy / mañana será tarde; Hay sonrisas que no son de felicidad / sino de un modo de llorar con bondad”. Igual recortaba los pensamientos de José Martí que le ayudaban a reflexionar sobre su proyecto revolucionario: “Ayudar al que lo necesita no solo es parte del deber / sino de la felicidad, me parece que me matan a un hijo cada vez que privan a un hombre del derecho de pensar”. Entonces, cuando tomaba ánimo, después de repasar esas frases maravillosas, terminaba diciendo que lucharía hasta el final, y hacía suya una frase de Carmen Lyra, preparaba su postura y en voz impostada recitaba las palabras de la insigne mujer revolucionaria: “lucharé mientras existan en nuestro país y en el mundo niños enfermos / raquíticos / descarriados que padecen todas las miserias por culpa de una sociedad egoísta”.

Un día el maestro García Monge dejó de producir su revista, debía descansar, como el viejo del mar bajo la palmera, seguiría viendo su revista correr por los pueblos, como el pez que saltó del agua para ver a su viejo.

## **Hermanos de la vida**

La historia de García Flamenco no era menos importante que otras, la insistencia de Tijerino en saber si García Monge y García Flamenco eran familia tenía fundamento en un hecho histórico de trascendencia para Centroamérica. García Flamenco era un maestro de origen salvadoreño y, sin embargo, dio su vida por liberar a los costarricenses de una dictadura infame. Por eso aquella historia siempre era parte de sus narraciones.

El joven maestro escuchó las detonaciones de los rifles, salió del salón de clase y le pidió al cura del pueblo que cuidara a los niños. Sin considerar los peligros corrió hacia el lugar y ya estaban muertos. Entre las cepas de pasto estaba Rogelio Fernández, al lado derecho, en la ruta hacia el río Ceibo estaba Carlos Sancho, más abajo se localizaban Joaquín Porras, Jeremías Garbanzo y Ricardo Rivera. Allí cayeron el 15 de marzo de 1918 estos hombres, en una lucha valiente por la libertad de su país.

Los soldados tenían a otro hombre en posición de muerte cuando llegó el maestro. Iba agitado, había tenido que correr desde su escuela hasta las márgenes del río Ceibo. No lo maten, les gritó, esta indefenso, los soldados empuñaron el arma y, fuego, gritó el Coronel del grupo. El cuerpo del revolucionario cayó al instante. En tono

de burla el Coronel le dijo al maestro, sálvalo si puedes. A la gente indefensa no se le mata, lo increpó el maestro, eso se llama crimen.

Los soldados que acompañaban al Coronel se quedaron sorprendidos de la valentía de aquel desconocido, hablarle así al militar podía significar la muerte. El maestro no lo percibió así, no le importó la reacción de aquel hombre uniformado, solo obedeció a su instinto humanista y lo trató de criminal. Posiblemente el Coronel del dictador no esperaba que alguien desconocido y sin armas lo tratara de esa forma, no tuvo tiempo de reaccionar en forma violenta, la sorpresa giró en favor del maestro.

¿Qué haces por estas tierras del sur? le preguntó el militar. Soy el maestro de la escuela de Buenos Aires, respondió García Flamenco. Entonces ayúdame a redactar el acta de esta batalla, le indicó el Coronel. El maestro tomó el papel y un bolígrafo que le fue entregado y procedió a colaborar en la transcripción de lo que el coronel llamaba batalla, pero que en realidad era un asesinato, de eso no tenía duda Marcelino García Flamenco. Apunte, ordenó el Coronel: estimado general Tinoco, jefe de las fuerzas armadas de Costa Rica, excelentísimo hermano del presidente constitucional Federico Tinoco, a quien el destino le ha asignado dirigir a este hermoso país democrático e independiente. Excelentísimo General, caminamos desde San José persiguiendo a los enemigos de la patria que se dirigían hacia Panamá. Hemos tenido muchas dificultades cruzando las inclementes tierras de la cordillera de Talamanca. El frío, y el camino excesivamente sinuoso, nos impedían avanzar como a usted le hubiera gustado. No omito manifestar que solo existen tres albergues en esa ruta de mal tránsito, y que como es natural, tuvimos que compartir esos refugios con pueblerinos que se dirigían en direcciones opuestas entre San José y los pueblos al otro lado de la cordillera. Además, los peligros de las fieras salvajes como pumas y jaguares nos obligaban a tener precaución al momento del descanso. Ya sabe, admirable General, que el ataque de una de esas bestias salvajes puede ocasionar bajas al contingente libertador que usted muy sabiamente designó para esta difícil misión. Al fin, en la playa del río Ceibo, a unos 500 metros de la escuela de Buenos Aires, allí nos enfrentamos en batalla con el enemigo ya conocido. Muertos en acción, el periodista y sus acompañantes ya no serán problema para la administración de una patria democrática. Los hemos enterrado en el sitio de muerte y nos preparamos para el regreso. Posiblemente en cuatro semanas estaremos arribando a su despacho y entregando este informe a su excelencia. Resalto que el periodista rebelde Rogelio

Fernández cayó muerto en el lugar de los hechos y fue enterrado en una fosa común con los otros delincuentes.

El maestro fue invitado a formar parte del ejército del dictador. Sin dar razón a la propuesta, Marcelino García Flamenco caminó de regreso a la escuela, envió una carta a la secretaria de educación enfatizando su renuncia irrevocable y salió rumbo a Panamá. La frontera de ese país quedaba a doscientos kilómetros rumbo al sur. Durante muchas semanas caminó por montañas, navegando en ríos y mares hasta que llegó a ciudad David, en Panamá. Con escaso dinero solo podía comer alguna poca cosa y hospedarse en una casa de huéspedes donde el costo era menor que un hotel formal.

No podía conciliar un buen sueño, la pesadilla del crimen lo atormentaba continuamente, ver a un grupo de hombres sacrificados sin ningún propósito más que complacer a un dictador. Ellos venían rumbo al sur, pensaba Marcelino, solo querían llegar a Panamá para proteger sus vidas y quizá repensar la lucha contra el dictador. Marcelino profundizaba en sus pensamientos. Tendría él que seguir la misión del periodista Rogelio Fernández, parece un designio divino, típico de religiosos adoctrinados, pero él no era un adoctrinado, era un maestro. La Escuela Normal de El Salvador lo había preparado para creer en la construcción de la sociedad a partir de la educación, la cultura y la ciencia. Los pensamientos fundamentalistas debían acabar para dormir en paz, pero el asesinato de aquellos hombres no era un fundamentalismo ni una ilusión divina, los habían asesinado por orden del dictador, eso era realidad.

La dueña del hospedaje, al verlo tan intranquilo, le sirvió una leche caliente con dulce y cogollos de naranjo agrio, esto le hará bien para dormir, le aseguró, es cortesía de la casa, no me lo debes pagar.

El maestro descansó aquella primera noche en la ciudad de David, al día siguiente ordenó sus pensamientos y resolvió, debo realizar la denuncia de ese asesinato, de lo contrario esos hombres se quedarán ocultos en las márgenes del río Ceibo, si no lo hago, resaltó, los costarricenses creerán que el periodista Rogelio Fernández y sus compañeros lograron llegar a Panamá, y que se encuentran ocultos para salvar sus vidas. Nada más lejos que eso, pensó, Rogelio Fernández nunca se hubiera ocultado del dictador solo por salvar su vida. Si hubiera sido así, simplemente se habría quedado callado en su comodidad josefina, quiero decir, no habría hecho denuncias de las prácticas inhumanas del régimen, razón de su persecución y jamás se hubiera ocultado por salvar su vida. Iba hacia Panamá para organizar sus ideas y continuar las denuncias en los periódicos centroamericanos, era hombre de convicciones.

Años antes, el periodista había trabajado con el presidente mexicano Francisco Madero, el mismo presidente lo había designado como director de la Biblioteca Nacional de ese país, trabajo que desempeñó por algún tiempo. Tenía muchas formas de ocultarse y salvar su vida, pero sus convicciones sociales lo llevaron a luchar contra el dictador. Marcelino continuaba pensando sobre lo sucedido, debo denunciar el caso y usaré los mismos recursos que Rogelio Fernández había programado, iré al periódico a denunciar el crimen.

El Star and Herald estaba localizado a dos cuadras de la pensión donde se hospedaba Marcelino. Era un periódico que tenía cobertura en toda Centroamérica, de las diferentes ciudades llegaban artículos y de vuelta el periódico era leído en cada país. El maestro caminó despacio el trayecto hacia el periódico. Iba pensando en lo mismo, hacer la denuncia del crimen del Ceibo, como le llamarían en adelante.

Buenos días amigos, saludó con firmeza García Flamenco, pase adelante caballero, le indicaron en la recepción. ¿Que se le ofrece señor? preguntó la recepcionista. Mi nombre es Marcelino García Flamenco, maestro salvadoreño radicado en Costa Rica, sí señor, es un gusto servirle. Vengo a denunciar un crimen. Proceda señor con la información, yo tomaré los datos, le indicó la recepcionista. ¿Viene usted desde Costa Rica a denunciar un crimen señor?, le interrogó la mujer. Sí, es que se trata de un crimen político, es el asesinato del periodista Rogelio Fernández y otros compañeros. ¿Está seguro que se trata del periodista? le interrogó la mujer, tenemos noticias de que viene hacia Panamá, y el director del periódico lo está esperando. Ya no vendrá, indicó el maestro, fue asesinado en las márgenes del río Ceibo. Un contingente del régimen militar lo venía persiguiendo desde San José y lo asesinó en ese lugar que mencioné.

El director del periódico llegó apresurado ante la noticia nefasta, escuchó lo mismo que se ha venido narrando, el asesinato del periodista y sus compañeros. Se aseguró por otros medios que lo narrado por el maestro era verdad y preparó la edición. Esta edición debe estar dedicada a la denuncia que nos trajo el maestro Marcelino, indicó el director con autoridad, nos aseguraremos de que llegue a todos los países centroamericanos.

García Flamenco permaneció en la ciudad de David hasta que el periódico estuvo listo con la edición especial, ASESINADO EL INSIGNE PERIODISTA ROGELIO FERNÁNDEZ GUEL, así rezaba el titular. El maestro tomó unos ejemplares y se despidió de aquella amigable ciudad. Salió hacia Puerto Armuelles en el Pacífico, allí

abordaría una lancha que lo conduciría a cualquier puerto de Centroamérica, el viaje fue lento, era una barca de poca velocidad.

Llegó a un puerto nicaragüense y se dirigió a Managua, donde buscó aliados para incursionar hacia Costa Rica a combatir al dictador. No tuvo que esperar mucho tiempo, en Managua había un grupo de costarricenses organizando un pequeño ejército para pelear contra el dictador Tinoco, se unió al grupo y en pocos días se dirigieron a Costa Rica.

En un sitio de la frontera llamado La Cruz se dieron los primeros enfrentamientos. Rápidamente el grupo revolucionario se vio afectado y se dio la orden de regresar a territorio nicaragüense. El maestro García Flamenco se detuvo para auxiliar a unos compañeros heridos y, allí lo atacaron los enemigos. Lo hirieron con machete y luego lo amarraron a un caballo, arrastrándolo unos trescientos metros. Cuando llegaron al centro del pueblo que les mencioné, La Cruz, allí le rociaron gasolina y le prendieron fuego.

Los que lo encontraron aseguran que se trataba del maestro, su cuerpo era irreconocible, sus dientes, que fue la única parte identificable, tenían las amalgamas de oro características del maestro. En ese mismo pueblo está enterrado, su nombre se encuentra grabado en una cruz de hierro, MARCELINO GARCÍA FLAMENCO.

## **Tijerino y el presidente**

El General ingresó a la casa del presidente sin despegar de su imaginación la posibilidad de regresar a su pueblo. A la derecha del primer pasillo una fuente de agua se deslizaba por una pared. No parecía ser de esa agua que destinan para beber y usar en las casas, era agua de lujo, de puro lujo, pensó el General. Bueno, el tema ahora es pensar en esa guerra que de pensarla ya siento el peso en mis hombros, dijo. Los que nunca han luchado podrían entrar a estas guerras con la ilusión del novato, que no sabe lo difícil que es sostener una lucha, ya sea de guerra o de esas que hay que librar en las calles o en los latifundios bananeros, pensaba el General. Los que sabemos eso, sentimos una especie de náuseas que nos recorre el alma y nos come todo buen sentimiento. Aunque también sabemos que, una vez que nuestro cuerpo se calienta y la mente entra en acción, se nos olvida el pasado y comenzamos a luchar, una lucha que nos despierta el alma, nos da ilusión y retira el cansancio de la carne.

Al final del primer pasillo, a la izquierda, estaba una pintura de un famoso artista, era una réplica del monumento a las madres, una escultura majestuosa que luego vio instalada en un pequeño parque de San Isidro. La madre estaba sentada en una piedra redonda hecha por los indígenas borucas. No sé mucho de arte, pero ese cuadro se ve bien, dijo el General a Fallas, mientras seguía observando la majestuosa casa donde vivía el presidente.

Pase mi General, dijo el presidente poniéndose de pie y haciendo una reverencia para halagarlo, no merezco tanto halago señor presidente, solo soy un visitante de estas tierras, dijo el General. Nada de modestia excelentísimo General, exclamó el presidente. Sé de su trayectoria y no es un visitante de estas tierras, es uno de nosotros que, igual que cualquiera de los que estamos aquí reunidos, sabe defender las buenas causas, hombres como usted son los que ocupa esta hermosa tierra de Costa Rica, terminó diciendo.

Excelentísimo General, Fallas y Mora me han indicado sus requisitos para entrar a la guerra, y estoy absolutamente de acuerdo en que se lleve las armas y los hombres a luchar contra el tirano que desea derrocar. Quiero decirle que no tengo nada en contra de su enemigo, a decir verdad, Somoza y yo somos amigos, pero como sabe, la guerra es la guerra, y ahora seremos fieles a lo que nos solicita. Vaya y saque a esos rebeldes de San Isidro, luego se va con sus hombres como lo hemos convenido, a luchar contra ese que llama tirano de su pueblo. Fallas conoce bien a los bananeros, dijo el presidente, ellos lo respetan y harán lo que él les indique, mi General se hará cargo de lo militar solamente.

El presidente era elocuente y astuto al prometerle a Tijerino armas para combatir a Somoza. El dictador era su amigo, y más adelante le daría un contingente para que combatiera a los rebeldes, solo que para ese momento Mora era el que tenía la decisión de continuar o no la guerra.

## Mujeres de la guerra

Tijerino continuó su reflexión sobre las guerras, las traiciones y las personas que había conocido en la guerra de Sandino. ¿Qué mujeres lo acompañarían en esta nueva guerra?, se preguntaba a sí mismo. No quería involucrar a su esposa, tenían dos hijas y pensaba en su protección. La familia lo llenaba de orgullo, entonces recordó que él mismo había crecido sin un padre presente, y que fue su madre quien lo ayudó a vivir y a tener conciencia sobre las luchas sociales.

Vino a su memoria la historia de María y Blanca, la primera fue esposa del general Emiliano Zapata, y la segunda fue la esposa del general de hombres libres. Fallas se acercó y le preguntó, dime General, en qué piensas, no te preocupes por esta guerra, será fácil sacar a los rebeldes de San Isidro. Tijerino, certero y sereno le confesó que estaba pensando en las mujeres que habían dedicado su vida a la revolución, y que no estaba seguro si habían hecho lo correcto. Que las mujeres de los generales debían estar con su familia, no en la guerra.

Las mujeres son las madres de las revoluciones, le argumentó Fallas, pero entiendo su preocupación estimado General. Recordemos, dijo Fallas, la historia que cuenta Gorki sobre la madre que se encargó de educar a miles de obreros para que se involucraran en la revolución rusa. Se infiltraba en las grandes fábricas a repartir información sobre una nueva forma de vida y regresaba feliz cuando percibía que los obreros la entendían. Así fue logrando transformar la sociedad. Sí, dijo Tijerino, esa historia se la escuché al Negro Farabundo Martí en las montañas de las Segovias. Yo, por mi parte, aseguró el General, estoy pensando en personas más cercanas a estas revoluciones. Me refiero a Blanca y María. Confieso que no sé mucho de esas mujeres, dijo Fallas.

## **Mujeres, una revolución**

Tiempo después de la muerte de Emiliano, María inició una organización de mujeres esposas de hombres revolucionarios. Organizaba esas reuniones para formar el Bloque de Mujeres Revolucionarias con el fin de luchar por sus derechos. Habían transcurrido muchos años desde el inicio de la Gran Revolución y todas aquellas mujeres que formaron parte de las luchas armadas estaban ocultas en su casa. Pero más grave que eso, decía María, hemos estado ocultas en la historia de estos pueblos. Las mujeres presentes sintieron fuerza en su sangre y aplaudieron animadamente. Habían pasado muchos años desde su última intervención como personas luchadoras al lado de sus maridos o compañeros sentimentales. Ellos ya habían muerto, al menos en la forma humana, eran los generales de las luchas populares. A nosotras nos ignoran, decía María, esa es la muerte que nos aplicaron los dueños de estas tierras.

Había sido la esposa de uno de los generales de la Gran Revolución mexicana, Emiliano Zapata, el que reclamó tierras para los campesinos. Al norte queda el imperio del que todos debemos

defendernos, indicaba María. Después de la muerte de su general y esposo, María pasó algunos años en su casa, recluida e ignorada.

Había sido parte de la revolución en las montañas, lidiando con el cuidado de sus hijos, siempre con el corazón en la mano en espera del regreso de su marido.

Sus experiencias fueron difíciles, sus dos hijos murieron mordidos por serpientes y alacranes. Mis años de matrimonio los viví en cuevas de rocas en las montañas llenas de alimañas, contaba. Él, mi esposo, pasaba en la guerra como todo general, no podía abandonar el frente de batalla. Algunas veces, cuando le era posible, llegaba a dormir con nosotros por unas horas y, luego seguía su rumbo, nunca se podía saber sobre su regreso.

Siempre dirigía las reuniones de mujeres de la guerra, algunas habían peleado empuñando el arma, y otras habían sido las esposas sacrificadas de los guerreros, esos generales populares que enfrentan la muerte a cada segundo, peleando por los que quedan vivos y por los que aún no han nacido. Las intervenciones de María eran elogiadas y aplaudidas, tenía mucho entusiasmo para dirigir las reuniones que se programaban cada ocho días en la sala del complejo cultural de la ciudad.

En su vida de esposa y madre organizaba las ideas de la reforma agraria con su esposo, el general de las fuerzas populares. Peleaban por recuperar las tierras y darlas a los campesinos para que sembraran y pudieran mantener a sus hijos con dignidad. Tierra y Libertad, decía María con fuerza de mujer. Ese lema lo había conservado desde las luchas armadas, lo mantenía en honor a su esposo, el general Emiliano Zapata. Cuando él llegaba por las madrugadas, contaba la mujer, nos dedicábamos a pensar en una respuesta correcta en contra de la agresión de los hacendados que dominaban el país. Fue en uno de esos momentos que diseñamos la propuesta agraria y pensamos en el lema Tierra y Libertad. Así se hizo popular entre los obreros y guerrilleros la frase célebre que hasta hoy se conserva.

Nunca dejaron de tener a su lado la imagen de sus esposos, parecía que la lucha que emprendían las mujeres en esa nueva etapa estaba siempre apuntalada en la misma lucha que algunas décadas antes se había gestado, donde ellas eran parte fundamental. Pero como decía María, los dueños de esas tierras las mantuvieron ocultas después de la muerte de sus generales, con el fin de que no provocaran otra revolución.

Terminada la reunión, una mujer que por primera vez llegaba, se acercó a María y la saludó, hola, soy Blanca, fui esposa de otro General, otra guerra que, igual que usted lo dice, nos convirtió en



guerrilleras ocultas. Vengo de las Segovias a compartir con ustedes esta experiencia de vida. Blanca, igual que María, había perdido en la guerra a su única hija, se murió de fiebre a orillas de un río. Allí donde la vida queda sola y una siente que la corriente del agua se lleva todo lo que existe, la vida misma, decía Blanca. Una no sabe si llega a estas reuniones para consolar o para que la consuelen después de tantos años de tristeza, de todas formas, argumentó, estos encuentros valen por su calor humano, una hermandad que no sentía desde la guerra.

Yo no empuñé el arma, fui telegrafista en un pueblo llamado San Rafael del Norte y desde allí ayudé a comunicar información al pueblo y a las tropas del general Sandino. Blanca no terminaba de contar su historia, el ansia de externar su experiencia la obligó a decir y decir todo lo que había vivido. Una madrugada me casé con el General, aseguré. Fuimos solos a la iglesia, quiero decir, las tropas del General no participaron de la ceremonia, pero a la salida de la iglesia nos esperaron disparando sus carabinas en honor a nuestra boda. El General me juró ser fiel y el amor que nos teníamos nos unió para siempre. No sé si es tristeza o alegría lo que cuento, a veces una cree que contando alegrías se puede recuperar de la nostalgia, y otras veces solo se repiten esas historias en la memoria y se viven en silencio. De cualquier forma, siguió Blanca, yo no me arrepiento de lo vivido y por eso disfruto de contar o pensar continuamente la historia de mi vida de esposa, de telegrafista, de guerrillera junto a mi General. Recuerdo, continuó, que él siguió su camino dos días después de que nos casamos, se dirigió hacia las Segovias donde tenía el campamento principal. Él, mi General, se fue, pero mi amor se fue con él y su vida completa quedó conmigo para siempre.

María se acercó a Blanca y sus brazos fuertes de mujer de guerra rodearon su cuerpo, con el cariño con que se recibe a una hermana que llega de lejos. Conozco su historia, dijo María, y sé de la lucha que vivió su General. Luchó como un guerrero, y su fuerza de hombre de guerra se siente en tus palabras. María dibujaba la imagen del general Sandino, quien vivió la misma suerte que su esposo Emiliano. Los habían invitado a una reunión con personas del gobierno y los mataron sin el derecho sagrado de morir luchando, algo que ellos sabían hacer muy bien.

María, con tristeza y un dolor similar al que sentía Blanca, dijo, ellos murieron de la misma forma, matoneados después de una reunión con personas del gobierno.

El general Sandino llegó con su estado mayor, venían de Yucapuca, el frío los obligó a bajar al pueblo de San Rafael que era

un poco más cálido. Allí Blanca trabajaba como telegrafista, ella no pudo ocultar la admiración que sentía por el guerrillero que vestía siempre elegante, con sus botas altas, su uniforme de gabardina color café, su sombrero de ala ancha y sus armas al cinto. Cumplía todos los requisitos para ser amado y admirado por una dama.

Blanca entró en recuerdos contando su historia con el general Sandino. Mi padre, continuó, igual que yo, sentía admiración por su valentía, y sobre todo por la lucha en favor del pueblo que el General de hombres libres asumía sin pretensiones personales, sin exigir nada a cambio. Él llegó, sabía que yo le tenía simpatía, pero yo no estaba tan segura de sus sentimientos. Yo tenía hermanas mayores y podía ser imprudente adelantarme a coquetear con él. Ellas, mis hermanas, eran mujeres hermosas y admiradas por los hombres de San Rafael del Norte.

Durante una semana estuvimos trabajando en el telégrafo, él me dictaba datos que necesitaba comunicar y, yo gustosa trabajaba incansablemente. Por las noches, su estado mayor caminaba por las calles en forma amigable y al mismo tiempo observando que no hubiera algún movimiento que pusiera en peligro al General. Un día, estando en el telégrafo, él me tomó la mano, y con la prestancia de un caballero enamorado me solicitó matrimonio, jamás imaginé que eso iba a suceder de esa forma, pero sucedió.

Tendrá que ser pronto nuestro matrimonio, dijo con voz dulce y una mirada de amor eterno. Yo, con los nervios de rigor y la impresión de quien no tiene clara la respuesta, dije, me casaré contigo General. Él, en forma dulce y diáfana me dijo, no soy tu General, soy Sandino para ti. Seguirás siendo mi General para siempre, alcancé a decir con voz temblorosa.

En la madrugada de un día neblinoso llegamos a la iglesia, era un momento muy propio para nosotros y la familia que nos acompañaba. Él llevaba su uniforme de gabardina color café, botas altas y su habitual sombrero, sus armas iban pegadas a su cintura como siempre. El sacerdote aceptó de previo esa condición de entrar con armas a la ceremonia. Yo iba de velo y vestido blanco. Los generales siempre dan sorpresas, cuando llegamos la iglesia estaba perfumada con flor de pino y otros aromas naturales del pueblo, me sentí en el paraíso que toda mujer podría imaginar. A la salida nos recibió el estado mayor disparando sus carabinas, esa ceremonia no estaba autorizada por el General, fue una sorpresa de sus hombres, pero el General, con prestancia y elegancia, sonrió y me abrazó con fuerza. Dos días después partió hacia las Segovias, algunas veces de sorpresa

aparecía por la casa, eran esas noches de felicidad y mucha neblina, por la madrugada regresaba al campamento a seguir su lucha.

María escuchaba la historia de Blanca con atención y sorpresa, algunas vivencias eran parecidas a las suyas, especialmente la historia de su hija. Sabía del frío que se sentía por la madrugada cuando su esposo estaba en las montañas, ella, igual que Blanca, se había internado en las montañas con su General. Vivió en cuevas de piedra y allí tenía que sobrevivir a la soledad, al frío, a los peligros de los felinos y reptiles que también vivían en esas cuevas cerca de ella.

María vivió una historia de noviazgo muy diferente a Blanca. A Emiliano no le permitían casarse con ella, hizo varios intentos de convencer a su padre. Emiliano era un joven pobre y su cabeza estaba llena de ideas no compartidas por la familia de María. Un día, con el carácter de un revolucionario, llamó a mi padre, con firmeza le dijo, mira Juan, o me permite casarme con María o me la llevo de todos modos. Decía María que don Juan, su padre, no pudo responder, la determinación de Emiliano era absoluta y no permitía ninguna discusión. Mi padre, afirmó María con orgullo, le pidió un momento y se dirigió a la cocina donde mi mamá esperaba nerviosa alguna información. Entró a la cocina donde mamá esperaba y le dijo, mira Natalia, celebraremos la boda de Emiliano y María como los grandes, llevaremos de padrinos a nuestros mejores amigos que como sabes son gente de influencia política y mucho dinero, eso es lo que haremos, lo demás lo veremos después. Mi madre, con el asombro que usted puede tener también, solo dijo, está bien Juan, celebraremos la boda de mi hija a lo grande. Sé que mi padre pensó que cautivaría a Emiliano con una enorme celebración y gente influyente, así le sacaría de la cabeza las ideas locas de luchar por los pobres y repartir tierras a los campesinos.

Nos pusieron de padrinos a Francisco Madero y a su esposa, doña Sara Pérez, fue una boda majestuosa. Pero Emiliano no quiso que yo usara un vestido hecho por el mejor modisto de la época, aquel atuendo no rimaba con las propuestas populares. Allí se quedó, en la misma percha en que lo llevaron, había sido un regalo de don Francisco y Sara. En su lugar, fui a la boda con un vestido hecho por una costurera del pueblo. Yo sabía que Emiliano nunca cambiaría sus ideales por un poco de dinero y gente influyente, eso yo lo sabía, terminó narrando María.

María, en emotivos recuerdos se devolvió algunas décadas en su historia, y abrazó a Blanca al tiempo que continuaba contando historias de su vida, esta vez recordó épocas de noviazgo con Emiliano.

Como no era aceptado en la familia, contaba María, nos la ingeniábamos para mantener comunicación. Mamá me mandaba a lavar algunas cosas al río que pasaba cerca de la casa, él, Emiliano, se las arreglaba para enviarme mensajes. Escribía una carta de amor, la depositaba en la copa de su sombrero y la ponía en la corriente del río, abajo llegaba sin problemas hasta el lugar donde yo me encontraba lavando lo que me indicaba mi madre. Yo recogía la carta y dejaba el sombrero pasar. Más abajo, Emiliano tenía a un compañero que lo recogía. Fueron muchas las cartas que me llegaron por esa vía, yo creería que esa fue la forma más creativa y original de correo que jamás nadie haya ideado. Algunas veces me enviaba sus cartas de otra manera. María se llenó de ilusión y sus palabras fluían ligeramente, no titubeaba ni repensaba las historias, estas salían libres como el viento que no permite atrasos. Les decía, continuó María, que la otra forma de enviarme cartas era diferente, pasaba en su caballo a todo galope frente a mi casa, y, silbaba fuerte, sí, era un silbido que usaba solo para mí, se oía con claridad desde lejos, y esa noche yo sabía que una carta quedaría debajo de una enorme piedra a unos metros de mi casa. Era de esas piedras que tienen una gran cueva debajo. Al día siguiente, por la mañana, yo buscaba alguna razón para caminar por los alrededores de la casa y sabía de cierto donde encontrar la carta. Mi corazón latía fuerte cada vez que eso sucedía, y mi mano temblorosa abría la carta en espera de lo que una sabe que traía, muchos te quiero y frases de amor, ilusiones en palabras, y nunca faltaba la declaración de matrimonio que tenía muy en su mente, o nos casamos por la buena o nos vamos una madrugada cualquiera.

María, igual que Emiliano, tenía certeza de querer casarse, compartía con él los ideales de dar tierras a los campesinos y apoyaba los planes que le presentaba. Parece que nació el uno para el otro, como dicen en las ceremonias religiosas. Igual deben vivir juntos hasta que la muerte los separe, dijo el sacerdote con voz profunda. Se equivocó ese sacerdote, María siguió acompañando a Emiliano hasta después de su muerte, nunca lo apartó de su vida, o más bien, uno no sabe si fue Emiliano el que nunca se fue para donde se supone que debía irse el día de su muerte.

Se quedó con ella y cumpliría al final de sus días el último deseo que María le pidiera en vida: cuando envejezca, quiero estar contigo viendo el mar de frente, tomados de la mano sentiremos la brisa caer sobre nosotros y solo así sabré que vivir no fue en vano. Estaré contigo junto al mar, le aseguró Emiliano, estaré contigo tomando tu mano, serán nuestros últimos días sobre esta tierra, pero serán los mejores días.

La revolución de Emiliano había sido un poco antes que la de Sandino, se puede decir que Sandino se apoyó mucho en las luchas que Emiliano había realizado en su pueblo. Sandino viajó a tierras de Emiliano para saber más de su revolución. Sin embargo, lo que nos tiene aquí es la historia de estas mujeres de la guerra, como ellas mismas se autonombaban.

Blanca, después de seis meses de matrimonio se trasladó a las montañas, viajó por las Segovias con Sandino y un día supo que estaba embarazada. El General le pidió que regresara a San Rafael para que se cuidara y tuviera a su hija. La gira de regreso era peligrosa y tardaría mucho tiempo en llegar a casa de sus padres. Se detuvo dos días en un pueblo llamado San Ignacio, su cansancio de mujer embarazada la estaba venciendo y el golpeteo del trote del caballo era muy fuerte. Salió de San Ignacio para llegar a San Rafael, eran caminos sinuosos y montañosos. Blanca no pudo resistir la gira y se detuvo a orillas de un río, donde dio a luz a su hija. Su acompañante la ayudó y la niña nació sin problemas, pero las montañas no tienen la seguridad de una casa con partera. La niña enfermó a pocas horas de nacida, una fiebre fuerte como la del paludismo la destrozó en horas. Allí murió, a orillas del río, con el frío de la montaña y la tristeza de esas mujeres de la guerra. Sandino no pudo auxiliarla, la guerra estaba fuerte en las Segovias, el gobierno y los yanquis arremetían con fuerza tratando de atrapar al General y a su ejército de hombre libres.

María no topó con mejor suerte que Blanca, sus hijos murieron en la montaña también. María tuvo un hijo y una hija. Al pequeño, que jugaba como todo niño de cinco años, de esos que se esconden entre las piedras o cualquier matorral para asustar a su madre, lo mordió una víbora cascabel en su pierna. Estaba jugando, como dije, y al oír el ruido del cascabel a orillas de una enorme piedra, caminó en dirección a su asesina. No fueron muchas horas las que soportó Juanito, el veneno de una víbora cascabel es mortal, dijo María con tristeza. Tuve que soportar el dolor a solas, Emiliano estaba en la guerra como todo buen General. La nostalgia de perder a mi primer hijo me afectó mucho. Me refugié en mi casa a llorar la tristeza.

Emiliano siguió llegando a casa con más frecuencia para protegerme. Me embaracé de nuevo. En las montañas es difícil cuidar de los niños, es muy triste la historia, pero cumplidos dos años, un escorpión pinchó a la niña y la historia se repitió. La pequeña murió al siguiente día y yo prometí no tener más hijos mientras viviera en las montañas de la guerra.

Blanca regresó a su pueblo después de algunos meses de vivir con María y participar de las reuniones del Bloque de Mujeres Revolucionarias. Dijo, es tiempo de que regrese a las Segovias. Siento que mi deber es ayudar a las mujeres que igual que nosotras han vivido solas, que sufren los mismos males de haber sido esposas de hombres de guerra que murieron en las luchas revolucionarias. Debo organizar un grupo parecido al que usted ha formado, dijo con entusiasmo mirando a su amiga.

María bajó la cabeza con tristeza de ver a Blanca regresar, pero también sintió alegría de haber conocido a una hermana de la revolución que había compartido sus mismas experiencias. El espíritu de Sandino me espera en las Segovias, dijo Blanca con certeza. Allí terminaré mis días, sintiendo a mi lado la mano firme de mi General, que siempre me ha acompañado en mis días fríos, en las noches neblinosas y en las madrugada con olor a flor de pino, como el día de nuestra boda.

María un día sintió que su vida se acercaba a la promesa de Emiliano: estaré contigo junto al mar, le aseguró, estaré tomando tu mano, serán nuestros últimos días sobre esta tierra, pero serán los mejores días.

María se dirigió al mar, y con la certeza de siempre, respiró y dijo: aquí estoy mirando el mar, tu mano suave, firme y segura, me recuerda que la distancia es un asunto de humanos, lo demás es de nosotros, solo así he logrado convertir la tristeza en alegría, amándote siempre. No estaría aquí sin tu amor, un día pensé que el amor era una fantasía de algunos o que era simplemente un pasaje por la vida de otros, cuántas cosas pensé, a veces ni yo me acuerdo de todo. La guerra nos hizo olvidar muchas cosas, pero aquí estoy, tomada de tu mano como siempre soñamos, viendo el mar de frente, y sintiendo la brisa suave que se filtra por los rayos del sol. Esta es la vida, yo no quiero otro final.

María recostó su cabeza en el hombro de Emiliano y olvidó el pasado, su respiración profunda se fue silenciando poco a poco. Jamás persona alguna había sentido tal gusto por la vida, no murió esa tarde, solo decidió vivir sus últimos días respirando despacio y tomando el sabor que da la brisa del mar al lado de su ser amado.

## Humanos

Fallas sintió que el corazón se le estrechaba cuando escuchó la historia de María y Blanca, pero los hombres no deben llorar, menos un revolucionario. Por eso se disculpó con Tijerino y salió a respirar

aire fresco al patio de la casa del presidente. Recordaba a su amada Marieliss bañada por el mar Caribe en esos días de verano porteño. La había conocido en los tiempos de la Gran Huelga Bananera de 1934, cuando él y otros sindicalistas habían organizado a los trabajadores para exigir derechos laborales a la United Fruit Company.

Marieliss estaba en la planta empacadora aquel día que Fallas llegó en forma clandestina a repartir las invitaciones para una reunión. La joven de ojos avivados, pelo rubio y piel tersa como luz de luna, lo miró y le dijo, yo quiero ir a la reunión. Fallas se sorprendió, y sin pensarlo dijo, es solo para hombres. Marieliss le quitó la invitación de las manos y la guardó en sus senos; con claridad y acento revolucionario dijo, a mí nadie me quita lo que quiero hacer. El día de la reunión la joven llegó sola, caminó por los bosques hasta encontrar el sitio secreto de aquel subversivo encuentro de bananeros. Fallas entendió que Marieliss era una revolucionaria de corazón y que nadie podía negarle su participación en el proceso que estaban organizando.

Los fines de semana Marieliss y Fallas se encontraban en la playa que se ubica al lado del parque central de Puerto Limón, en el Caribe. Allí donde el agua salpica a los enamorados sin que estos perciban el golpeteo de las olas. El sindicalista le recitaba poemas creados al instante, Marieliss sentía que el cielo se juntaba con las olas para traer felicidad sin demora. Fallas, que sentía miedo de aquel mar que acostumbraba a llevarse a los enamorados cuando estos le robaban a sus mujeres, dijo el poema que la joven siempre llevaría en sus recuerdos: “debo alejarme del agua / el mar se ha brincado el malecón para matarme / el agua está celosa y querrá tomar venganza / pero no me encontrará jamás / me iré con mi diosa a vivir la vida de los enamorados / en los bosques, en las ciudades, pero jamás cerca del agua / las olas gritan con enojo la pérdida de su amor / yo por el contrario, canto las alegrías de la vida /” .

Fallas salió de Limón después de la Gran Huelga, Marieliss se quedó esperándolo mientras él terminaba de redactar las propuestas de derechos laborales con sus colegas. Llevarían al Congreso un conjunto de proyectos que en adelante les llamarían las Garantías Sociales, motivo de la guerra donde Tijerino se inmortalizó.

Marieliss lo esperó un poco más, seguía recordando el poema maravilloso que su amado le había recitado. Fallas duró mucho tiempo trabajando los proyectos de ley, y la joven fue perdiendo los recuerdos entre los días, noches y lluvias del Caribe. No quiso sentarse a esperar como Penélope, tenía miedo de perder la memoria del amor y vagar por los caminos tratando de encontrar un rostro que le recordara a su

amado. Inició el camino que toda mujer valiente asume, su decisión la llevó a encontrar un nuevo amor. Fallas, que mucho tiempo después regresó, la vio de lejos, sintió que el tiempo había realizado lo debido, sintió la venganza del mar, percibió que aquella mujer no era más su amor. Marieliss se le acercó con ternura, lo abrazó tratando de recuperar los recuerdos, Fallas tuvo esperanza, y muy tristemente ella le susurró, los recuerdos se desvanecen con el tiempo.

El sindicalista regresó con el dolor de quien sabe que no hizo lo que se debía para salvar a un amor verdadero.

Se sorprendió cuando Tijerino le preguntó, en qué piensas amigo. Quiso ocultar el dolor que sentía, puso agua en sus ojos para confundir las lágrimas que no deben ser vistas.



## Puerto Cortés

---

Fallas y el General abordaron un carro modelo Jeep que los llevó hasta el puerto de Puntarenas. El Jeep era un auto pequeño, poderoso en fuerza y de doble tracción, podía transitar caminos difíciles como el que existía entre San José y Puntarenas. Llegando al puerto duraron unas ocho horas por un camino sinuoso que básicamente era apto para tránsito de carretas tiradas por bueyes. Lo de transitar un Jeep por esa ruta era algo inusual. Fallas tampoco era un conductor experto para la época, así que tendrían suficiente tiempo para dialogar sobre el proyecto de la guerra y la estrategia que usarían para involucrar a los bananeros a su ejército. Cuando llegaron al puerto de Puntarenas tomaron una barca de estructura rudimentaria para llegar a la zona bananera, debieron navegar por aguas del Pacífico un trecho de unos 300 kilómetros, la costa estaba a la vista siempre. Aquella embarcación debía navegar a una distancia prudente de la franja terrestre, esto para prever cualquier circunstancia que ameritara tener que salvar la vida nadando un trecho corto y llegar a tierra. Al fin y al cabo, el mar es caprichoso y en el momento menos pensado puede aparecer una tormenta con olas gigantes, envolver la embarcación y hacerla sucumbir con terribles consecuencias. La barca, que llevaba el nombre de Perla del Pacífico, era conducida por el capitán Enrique Pereira, un viejo pescador que se había ganado la vida en trabajos marinos, siempre aguas adentro buscando el alimento de su familia. No se preocupen, les dijo el capitán Pereira, he surcado estos mares desde mi niñez, y si me sueltan en la mitad del océano sabré llegar a tierra nadando. Fallas lo miraba con recelo y le decía, eso puede ser cierto para usted, pero nosotros no somos pescadores ni conocemos el mar para sobrevivir una catástrofe, quizá podamos llegar a tierra desde aquí, señalaba una distancia de un kilómetro, pero nada más. Tijerino no dijo nada, él no era un hombre de océanos, era un

guerrero en las montañas junto a Sandino y Farabundo Martí, pero en lo que fuera el mar, quizá sabría nadar lo básico, igual que Fallas.

Navegaron tres días hasta llegar a una región inhóspita donde había un pueblo llamado Puerto Cortés. Estaba situado en la desembocadura del río Térraba, un río mítico que servía a los indígenas para navegar hasta el mar donde recolectaban moluscos de colores para sus tintes. Grandes bocanadas de agua dulce y salada se enfrentaban compitiendo por traspasar las fronteras y límites que cada cual tenía asignado desde la antigüedad. La barca saltaba y caía nuevamente después de que la ola gigante corría de vuelta hacia el océano, dejando que el agua dulce del Térraba rebotara contra las palmeras y los manglares densos.

## **Conchadores de banano**

En Puerto Cortez iniciaba el mundo de los bananeros, aquel pueblo era similar al que habitaba Lot el de la Biblia. El de Lot era un pueblo mítico también, castigado por el Señor, no sin antes enviar dos ángeles para salvar al único varón limpio de pecado. Los impíos serían quemados vivos para limpiar la cantidad de pecados que todo humano repite hasta la modernidad. Los de Sodoma compartían la perdición entre prostitutas, licor y borrachos irreverentes que envalentonados aseguraban no tener miedo ni al mismo diablo. Por eso el señor los quemó con fuego de napalm, sal incandescente y un líquido que en aquellos días era desconocido por los sodomitas. Luego se supo, por descripción del único sobreviviente, Lot, que se trataba de una sustancia química llamada Agente Naranja. Este elemento ingresaba al cuerpo de los pecadores por las fosas nasales, llegando a los órganos internos que se derretían como mantequilla en fuego. Luego el impío vomitaba sus órganos vitales convertidos en sustancia gelatinosa que se diluía con la carne derretida por el napalm. La sal se usaba sólo en casos de emergencia para dejar al pecador convertido en estatua como testigo de aquella lección divina, tal fue el caso de Edith, la señora de Lot.

Los de Puerto Cortés no eran tan diferentes, compartían los mismos placeres que los vecinos de Lot. Salían de las plantaciones de banano los días de pago, muertos de hambre, cansados como perro cazador. Se quitaban la ropa mugrienta y hedionda del agua podrida que se acumulaba entre los vástagos y llegaban a disfrutar después de dos semanas de estar enclaustrados en los bananales. Llegaban

deseosos de mujer y aguardiente para calentar los huesos, tomaban y se entregaban a la lujuria para olvidar la desgracia de ser un bananero. Dos días después regresaban al trabajo donde debían permanecer otros quince días sin dinero, trabajando jornadas incansables y comiendo banano sancochado.

En tiempos de lluvia, las botas de hule que usaban como calzado se llenaban de agua y los pies comenzaban a producir hongos que dejaban la piel podrida y dolorosa. Algunos usaban un poco de Nema-gón y lo pasaban por sus dedos, pensando que mataría la picazón y el escozor, pero nunca hubo alivio. Cuando salían al pueblo se rociaban licor en los pies, pero lo único que los aliviaba era el efecto adormecedor del aguardiente después de tomar cantidades incontroladas. El Nema-gón nunca mató los hongos, lo que sí mató fue a los bananeros, que después de algunos años empezaron a notar los efectos de la sustancia traída por los gringos a las plantaciones. Muchos hombres aparecían con alergias crónicas, problemas de virilidad, y algunos engendraban hijos que nacían sin orejas, con la cabeza deformada como monstruos y otros males desagradables. No faltó quien quedara ciego años después de haber trabajado esparciendo la sustancia en las plantaciones.

Algunos aseguran que en Puerto Cortés no había ni una sola persona con las virtudes de Lot y que si el Señor decidía castigar al pueblo no quedaría un solo testigo para que contara la historia. Por eso nunca se vieron ángeles circulares por los burdeles buscando hombres y mujeres limpios de pecado. Algunos años después se sabría el propósito real del altísimo para aquella comunidad impía. Acabaría con la plantación de banano dejando a toda la población sin trabajo y sustento hasta que apareciera una generación limpia de pecado.

El día que se anunció el castigo divino, aseguran que una voz poderosa se escuchó por las márgenes del río Térraba, diciendo que por haber faltado el respeto al mismísimo Señor se les castigaría infinitamente. Caminarían sin rumbo por toda la región en busca de trabajo y sustento, y el cielo no se abriría para lanzar maná sagrado como en los tiempos de los israelitas en el desierto, cuando el señor los castigó cuarenta años sin poder llegar a la tierra prometida. Aquel castigo fue cruel, pero al menos, decía la voz oscura y profunda, tenía un fin determinado, y el Señor enviaba maná todos los días para que sobrevivieran durante el tiempo asignado para tal pena.

El castigo de ustedes no tendrá fin determinado, siguió anunciando el enviado especial, seguirá vigente por los siglos de los siglos hasta que el Señor considere ministrar un tiempo de justicia,

y conocerán ese momento cuando una generación descendiente de los impíos y apóstatas se muestre limpia de pecado y se manifieste fiel ante los signos enviados desde lo alto. Verán el cielo abrirse y caer señales luminosas, ese será el momento para que esa generación muestre el respeto solicitado para alcanzar la salvación.

Entonces llegará el buen tiempo y habrá trabajo sin límite de horas, trabajarán día y noche, el hambre no provocará impaciencia. Alguien llegará a su mesa de trabajo y pondrá una porción de pan en su boca, la comerás sin interrumpir la jornada laboral. Cuando sea oportuno, el Señor te indicará retirarse a su reino, donde morarás sin dolor ni pena, sin angustia ni sed, sin deseos carnales. El agua se filtrará por las rendijas de la tierra y llegará a tu cuerpo sin que tengas que buscarla y pagar por ella. La tierra será tu reino y la tendrás a tu alrededor sin costo alguno, por encima y por debajo de tu espalda. No ocuparás médicos para aliviar tu dolor, y los impíos se alejarán de ti porque el reino que habitarás es único para tu gloria.

La voz divina subió por el río hasta el valle del Diquís, solo allí dejó de escucharse por el ruido apabullante que hacían unos indígenas labrando piedra para construir esferas. Los bruncas construían y construían esferas de piedra para que las siguientes generaciones no se olvidaran de su reino, que era, obviamente, diferente al que anunciaba la voz enviada por el Señor. Sus esferas estaban diseñadas para que permanecieran ancladas en la superficie terrestre. Si las hubieran llevado a un cielo, de seguro que se habrían caído. Porque no hay lugar en lo alto que pueda sostener esferas tan pesadas.

## **Rastafaris**

En la esquina del pueblo, en un espacio alejado de la inmundicia, se encontraban viviendo un grupo de negros jamaíquinos que practicaban una ceremonia apegada a principios bíblicos. Creían que las desgracias anunciadas por la voz misteriosa no los afectarían en lo mínimo ya que ellos eran los únicos que no se sumaban a la inmundicia vivida por los bananeros. Además, consideraban que sus ritos eran respaldados por las escrituras bíblicas. Su pelo era sagrado y se extendía hasta donde la naturaleza lo permitiera, su barba corría la misma suerte. Esa virtud la habían tomado de una orden que el Señor envió para los sacerdotes hijos de Aarón. Moisés fue el emisario del Señor cuando llegó con su adusta figura y les dijo, hijos de Aarón, el Señor les ordena que no se rapen la cabeza, ni se despunten

la barba, ni se hagan heridas en el cuerpo. Rastafari, así se denominaba aquella organización, había fundado su religión en honor a Halie Salassie I, quien fuera el último descendiente del Rey Salomón en ocupar el puesto de emperador de Etiopía. Halie Salassie I, antes de ser ungido como emperador se llamó Tafari Makonnen, y por haber ocupado un cargo de jefe se le agregó el prefijo “Ras” que significa precisamente “jefe”, jefetafari.

En razón de ser considerado como el Mesías Negro, descendiente del Rey Salomón y la Reina de Saba, la organización citada se denominó Rastafari. Cuando llegaban a dosis elevadas de espiritualidad entonaban una canción que el mismo Salomón le había escrito a Makeda, nombre etíope de la Reina de Saba. Salomón en su libro Cantar de los Cantares se inspiró en la belleza de Makeda y le dedicó muchos cantos.

Los rastafaris conseguían la inspiración desde otro mandato bíblico, fumaban marihuana como ceremonia espiritual, asegurando que esta hierba había crecido por primera vez en la tumba del Rey Salomón. Que siendo una hierba nacida en la tumba de aquel rey bendecido por Yahvé, debía ser de consumo humano. Además, y con razones fundadas, los rastafaris justificaban el uso de la hierba apoyándose en el Salmo 104-14 de las santas escrituras, que para el caso dice, “El que hace producir el heno para las bestias, y la hierba para *el* servicio del hombre; sacando el pan de la tierra, es hombre de Dios”. La hierba para el servicio del hombre podía ser con certeza la marihuana, de eso no tenían duda. En razón de sus prácticas espirituales, creían estar fuera de las maldiciones anunciadas por aquella voz misteriosa que subía por las márgenes del río Térraba.

Cuando se inspiraban cantaban la canción que el Rey Salomón había escrito para la Reina de Saba o Makeda, como ellos preferían llamarle: “que me bese con besos de su boca / mejores son que el vino de tus amores / que suave el olor de tus perfumes / tu nombre es aroma penetrante”.

Los rastafaris hacían una pausa en su canto para fumar algo de hierba y no dejar que la inspiración se alejara, especialmente en el momento que correspondía cantar la parte que Salomón hedonistamente escribió para que Makeda se la cantara: “Llévame en pos de ti, corramos / méteme, rey mío, en tu alcoba / disfrutemos juntos y gocemos / alabemos tus amores más que el vino / con razón eres amado”.

Después de este canto, reposaban unas horas para que el espíritu llegara a la calma y permitiera organizar otras actividades. Su pelo seguía creciendo como la naturaleza misma.

A pesar de tan alta espiritualidad, los rastafaris no serían salvados como sí lo fue Lot en Sodoma, sufrirían la maldición distribuida por el emisario divino y vagarían por el valle del Diquís buscando alimento y espacios para vivir su religión. Luego se enrumbarían por la cordillera de Talamanca buscando la bruma del mar caribe.

En el cerro Altamira se quedó uno de ellos, se enamoró de esas tierras provistas de vegetación intensa y aguas cristalinas. El pelo, que por orden del Señor no se lo debe cortar, le arrastra por los trillos cuando camina montaña adentro adorando la naturaleza. En una ocasión un temporal estrepitoso lo sorprendió en la montaña, el pelo que se arrastraba por el barro comenzó a darle dificultad para moverse, y el peso de la masa pelar revuelta con el lodo lo tenían atrapado en un recodo del camino. El rastafari, en un acto de sobrevivencia, tomó el machete y cortó unos veinte metros de trenza revuelta con barro. No sintió remordimiento, primero porque se trataba de un acto de vida o muerte, y segundo, porque a pesar del despunte de cabello, aún le quedaban unos treinta metros para seguir la tradición mediada por Moisés. Además, por las virtudes de la naturaleza, en el cerro Altamira el pelo crece al mismo ritmo que las plantas.

Los otros rastafaris continuaron el viaje por la cordillera cruzando por pueblos indígenas, en Amubri, pueblo bribri, les dieron chicha de maíz para recuperar energías, y compartieron un baile ceremonial llamado “Sorbón”. Llegando al valle del Caribe se interponía un obstáculo monumental, cruzar el río Sixaola que en tiempo de lluvia se desborda por la llanura. No sabían de construcción de bongos, esa experiencia era una virtud de los pueblos originarios, pero el mandato de Moisés de no cortarse el cabello vino a dar su mejor fruto en aquel momento.

Se encontraron unos rieles gigantes que había dejado la compañía bananera cuando abandonó las plantaciones del Atlántico. Los tiraron al río y trataron de cruzar haciendo equilibrio, pero el pelo era arrastrado por la corriente y los rastafaris debían regresar a la orilla de nuevo. Así que, uno de ellos, ideó lanzar su trenza de cabello unos metros arriba de la corriente. El pelo se metió por debajo del riel y sirvió de ancla para lanzarse al río con tranquilidad y avanzar a la otra orilla, luego jalaba la trenza con fuerza y la ponía a secar al sol por algunos días mientras los compañeros ejecutaban la misma rutina cruzando el gran río. Así lograron llegar al Caribe, donde se estacionarían para siempre protegidos por la brisa del mar y las prácticas de vida extraídas de la Biblia.

## **Busquen el sur**

Después del presagio anunciado, la compañía bananera cargó sus últimos barcos y partió hacia el norte, dejando desolada la región e iniciando el castigo divino. Los pobladores en la desesperación no entendían lo que sucedía, entonces algunos decían que había que buscar el norte, que los barcos se habían ido en esa dirección, pero el mar los detenía cuando intentaban subir con bongos rudimentarios. Los vientos del norte bajaban con furia y revolvían el mar dejándolos en la orilla nuevamente. Dormían a cualquier hora, daba lo mismo el sueño de noche que de día, de todas formas no había trabajo. Pero cuando despertaban seguían diciendo que había que buscar el norte, que los barcos de la compañía bananera se habían ido en esa dirección.

Pobres bananeros, nunca entendieron que del norte había llegado el castigo divino, y que nada bueno podía existir para ellos si seguían mirando en esa dirección. Si se hubieran ido hacia el sur quizá habrían encontrado mejor suerte en el territorio del Darién, donde los Kuna estaban acostumbrados a recibir pobladores de Talamanca y compartir algunos alimentos.

## **Fallas arenga a los bananeros**

Tijerino y Fallas bajaron de la barca en Puerto Cortés y se enrumbaron hacia las plantaciones, donde los bananeros, entre el paludismo y otras desgracias humanas, vivían hacinados en barracas comiendo banano sancochado y trabajando como animales. Debían llenar los barcos que zarpaban a otras tierras, donde los dueños de las plantaciones, aún más que el presidente, vivían con enormes riquezas. “Bananeros mal alimentados, y algunos llenos de malaria, esa es la realidad de estos hombres - le decía Fallas al General -. Pero sí le digo una cosa, estimado General, estos hombres son valientes y nada los amaina, serán guerreros fieles. Yo hablaré con ellos primero y luego usted les explicará la parte militar, ya sabes que en ese tema no soy experto”.

Fallas inició la reunión saludando a los hombres uno por uno y luego trató temas de trabajo, de los que él sabía encauzar en las huelgas y luchas laborales. “Desde que llegué a las plantaciones con apenas 20 años - les decía - estoy escribiendo algunas experiencias de hombres bananeros, la mayoría corresponde a las bananeras del Atlántico donde trabajadores como ustedes sufrieron el atropello

humano y vivieron como animales de carga, trabajando sin garantías laborales para que el gringo ganara mucho dinero. Hoy estamos defendiendo los logros de esas encarnizadas luchas y huelgas donde se fundamentaron las bases para una reforma social que pronto ustedes disfrutarán, pero que debemos defender para que no la reviertan los ricos de estos pueblos. Los personeros de la United - continuó Fallas - jamás creyeron posible una huelga seria en las plantaciones del Atlántico. Cegados por su estúpida prepotencia, sordos al clamor de las peonadas, no podían entender que los trabajadores eran seres humanos con derecho a la vida y con coraje para luchar por ella. Pero allá en las plantaciones, los trabajadores, exasperados por el maltrato, la explotación y la miseria, y recordando la violenta rebelión ocurrida años atrás en las bananeras de la costa norte de Honduras, hablaban cada vez con más frecuencia de exigir mejoras con el machete y la escopeta, de fajarse a tiros con los gringos, de arrasar a machete los bananales. Y precisamente para evitar desordenadas explosiones de violencia que nada bueno podían reportar a los trabajadores, y para orientarlos hacia una lucha organizada capaz de meter en cintura a la poderosa empresa imperialista, fue que nosotros iniciamos los trabajos de organización en las bananeras”. Los bananeros, que escuchaban con atención a Fallas, dejaron el silencio y aplaudieron con orgullo y aprecio.

“Compañeros - volvió a retomar la palabra Fallas - esa fue una dura y paciente tarea. Recorriamos la zona atlántica de punta a punta, a pie, a través de la selva y de las plantaciones, bajo la lluvia y de noche muchas veces. Con frecuencia celebrábamos reuniones a altas horas de la noche, en lejanos campamentos, para que los agentes del gobierno y de la compañía no se dieran cuenta; “reuniones en calzoncillos” las llamaba yo. A pesar de esas precauciones, el Congreso de Trabajadores del Atlántico, convocado para discutir y aprobar el pliego de demandas que se le iba a presentar a la United, tuvimos que celebrarlo en plena selva, a la luz de las canfineras y entre nubes de zancudos, porque ya andaban en las plantaciones piquetes de policía buscando a los agitadores comunistas”. Fallas estaba motivando a los trabajadores para unirlos a la guerra, tenía muchas historias y anécdotas que compartir, su experiencia de vida en las bananeras era vasta. Desde muy joven participaba como trabajador y sindicalista en las plantaciones, por eso era fácil para él hacer intervenciones motivadoras a un grupo que él conocía como sus propias manos. Elevando el nivel de motivación y fortaleciendo su tono de voz continuó: “muchos trabajadores murieron en la conquista de los derechos



de los bananeros y hoy, a los trabajadores de estos pueblos, nos toca continuar la defensa de las garantías laborales logradas con sangre y sudor, con vidas entregadas por hermanos como ustedes, garantías que aún no se han implementado totalmente, pero que ya están tratando de eliminar los ricos de este pueblo. Ya habrán escuchado ustedes que un grupo de rebeldes tomaron San Isidro, ellos son la carne de cañón que los oligarcas usan para destruir las Garantías Sociales. En nosotros está dejar que destruyan los logros alcanzados a partir del Congreso de Trabajadores del Atlántico o pelear para que la sangre derramada por nuestros hombres sea dignificada en mejores condiciones laborales para ustedes”. Continuó el discurso con una frase que dignificaba el orgullo de los hombres presentes, “desgraciado sería nuestro país si no contara, como cuenta, con el patriotismo auténtico de su clase trabajadora”. “Quiero proponerles – prosiguió Fallas - que se unan a un grupo de hombres que luchará en una fuerza armada para pelear esta guerra injusta que ya inició en San Isidro. Hoy les presento al general Tijerino, hombre antiyanqui que nos ha ofrecido ayuda para organizar esta lucha. Este General, por pura convicción luchó en las Segovias con el general Sandino en contra de la tiranía de los Somoza, impuesta por los yanquis. Sé que muchos de ustedes llegaron de ese pueblo vecino por consecuencia de ese tirano y también sé que muchos optarán por regresar a combatir al tirano una vez que concluya esta guerra injusta. Todos los que quieran integrar este ejército de trabajadores serán bienvenidos y recordados por nuestra historia”.

Los bananeros aplaudieron y se pusieron en pie para aprobar la propuesta de Fallas. Uno de ellos tomó la palabra y saludó a su compatriota Tijerino, conozco al tirano, le aseguré, y pelearé con usted esta guerra para poder regresar a mi patria y agarrar a pencazos a ese maldito dictador. El General le extendió su mano y le aseguró que así sería, que regresarían a pelear la revolución de Sandino y Benjamín Zeledón. “Me llamo Fajardiño - se presentó - y sé trabajar con caballos, esa era mi labor en la finca de Somoza, pero un día me cansé de tanta tiranía y me vine a la zona bananera, a probar suerte como miles de compatriotas que no tienen cabida en la bella Nicaragua”.

Otros bananeros se acercaron al General a presentarse y dar su adhesión al ejército que se organizaba. Mañana saldremos de madrugada hacia la playa donde tomaremos una barca rumbo a Dominical, lugar donde iniciaremos la travesía hacia San Isidro, les indicó Fallas. Así será, gritaron los bananeros entusiasmados.

## Hasta la victoria siempre

En la reunión estaban dos jóvenes que no eran bananeros, habían llegado del sur, iban cruzando el continente para conocer la realidad de los pueblos. Estuvieron en silencio hasta el final, solo en ese momento uno de ellos tomó la palabra para dar apoyo al grupo. No se uniría a la guerra, su misión la cumpliría algunos años después, les dio algunas palabras de aliento y con fuerza en su voz dijo “Hasta la victoria siempre”. No mencionó su nombre, parecía estar allí observando la angustia de los trabajadores y tomando nota para las revoluciones que le tocaría dirigir. Llegaría a todos los continentes derribando canallas con su cañón de futuro, como lo diría el trovador, y enseñando la revolución.

Pero igual que a los bananeros de Puerto Cortés, del norte le llegaría el castigo divino y lo ajusticiaría en su estado material. Lo que no sabían los verdugos es que su segunda vida sería por siempre. Por eso el joven guerrillero terminaba sus discursos con una frase recurrente: “Hasta la victoria siempre”.

El otro joven no era de discursos extensos, tomó su guitarra y cantó a los bananeros algunas tonadas, tenía dos semanas de estar con ellos, los entretenía con sus cantos y los animaba a buscar un mundo mejor, a luchar por la vida, a desalambrar, les cantó, que la tierra es nuestra. Los bananeros, alegres con el cantor, le pidieron una última tonada, entonces el joven se puso triste, recordó algunas de las razones por las que andaba cantando en este mundo: “yo no canto por cantar – entonó una melodía –, ni por tener buena voz, canto porque la guitarra tiene sentido y razón”. Luego inició la canción preferida de los conchadores de banano. En aquellas dos semanas, y a la luz de las canfineras, se reunían por las noches a cantar juntos, todos lo acompañaron por última vez y *Te Recuerdo Amanda* se escuchó por las cepas de banano como un canto de amor que anunciaba la felicidad y la tristeza al mismo tiempo, que daba cuenta de la revolución y la vida sin descanso. Luego le llegaría el castigo del norte también. Sus cantos siguieron viviendo, *te recuerdo Amanda* sigue siendo susurrada en cada revolución que se gesta, y en cada ser humano que se levanta buscando la libertad.

## Siempre serás mi General

Estábamos en las Segovias, habíamos pasado un tiempo difícil atacando y defendiéndonos del ejército yanqui que nos asediaba con aviones y patrullas terrestres. El enemigo, al tener muchas bajas y

saber que no podía entrar a nuestro campo, se retiró y la tranquilidad llegó por un tiempo. Tijerino dejó su trabajo al llegar a este recuerdo, levantó su mirada como buscando el camino de regreso a su patria, pocas veces, o casi nunca se distraía de esa forma, podía contar historias todo el día y su trabajo seguía realizándose. De sobra sentía que su mundo no era ser zapatero, esa misma razón lo hacía realizar la faena en forma continua y sin sofocarse. Continuó, el frío intenso nos obligó a tomar la decisión de regresar a San Rafael del Norte, pueblo de gente amiga y tranquila que compartía los mismos ideales que nosotros. Allí teníamos un telégrafo disponible para enviar mensajes importantes a otros aliados en el país.

Les cuento esto, prosiguió Tijerino, porque es la mejor forma de ilustrar al Sandino hombre, de sentimientos, de corazón sensible a lo bello y decisiones rápidas. Llegamos a San Rafael y la telegrafista era Blanca, hija de un gran amigo de nuestras luchas. El General se quedaba con ella enviando telegramas y una tarde lo vimos salir a caminar por el pueblo al lado de la joven. Blanca tenía dos hermanas mayores, bellas como las flores de San Rafael. En un principio creíamos que el General tenía pretensiones con una de ellas. Con mucho respeto, los hombres cercanos a él, nos cuidábamos de no mirar mucho a esas bellas mujeres.

El Negro Farabundo Martí y yo comentábamos en voz baja sobre aquella situación. Por supuesto que Blanca, igual que sus hermanas, era una joven de belleza extraordinaria, pero al ser la menor no creíamos que fuera el encanto del General. Ese día, después de que enviaron los telegramas, ellos salieron a caminar al pueblo. El Negro, así le decíamos a Farabundo, y yo, nos miramos con sorpresa y con una gran esperanza. Las hermanas de Blanca no eran la atención del general Sandino. Así que las invitamos a dar una caminata por el pueblo, íbamos sondeando las palabras, inventando los temas y las miradas, de vez en cuando hacíamos alguna pregunta comprometedoras, esperando la respuesta a nuestro favor, pero nunca tuvimos una mirada tierna que nos indicara su interés en nosotros.

Un miércoles por la mañana el general Sandino estaba con Blanca en el telégrafo, le tomó la mano y le dijo, casémonos. Ella, sorprendida por la propuesta se puso nerviosa e incrédula, tenía duda si la declaración de matrimonio era seria. Dijo entonces, claro que sí, nos casaremos algún día, cuando hayamos ganado esta guerra. No, casémonos pasado mañana, le indicó el General. Blanca aceptó todo lo que el General le propuso, entonces nos casaremos mi General, dijo con entusiasmo. No soy tu General, puedes decirme Sandino.

Blanca con la dulzura de siempre y aquellos ojos bellos como la miel del jicote le dijo, siempre serás mi General.

Acordaron celebrar la boda en la madrugada, a las dos de la mañana. Debía ser a esa hora por orden del General. Siempre era precavido y no quería ser sorprendido por el enemigo en un momento tan importante. Blanca se sorprendió cuando llegó a la iglesia, era un día neblinoso y frío. Al entrar, el olor a flor de pino cubría todo el templo, el General había enviado a una familia amiga a decorar. Aquel aroma permaneció en Blanca hasta el día de su muerte. Todavía, cuando estuvo en la reunión de mujeres de la guerra con María, muchos años después, al hablar del General, Blanca respiraba profundamente sintiendo el aroma dulce que la flor de pino produce en las noches de amor.

Se casaron, el general Sandino nos había pedido no asistir a la boda, debíamos cuidar el pueblo. Al salir de la iglesia disparamos las carabinas en su honor, el General sonrió levemente, era el único presente que le podía dar su ejército de hombres libres.

Dos días después tuvimos que partir hacia las Segovias, fue un tiempo muy triste para el General y Blanca, pero ellos ya sabían que esa despedida era inevitable. El General montó en su caballo con la elegancia de siempre, sus botas altas, su uniforme de gabardina color café, con el inconfundible pañuelo rojo y su elegante sombrero de pico alto, debía partir. Iba en silencio, no debía llorar delante de sus hombres. Los generales de pueblo siempre cargan sentimientos fuertes.

## **Primer manifiesto**

Meses después, y habiendo sido reconocida su lucha, el general Sandino emitió su primer manifiesto donde declaraba que “El hombre que de su Patria no exige un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no solo ser oído sino también creído. Quiero convencer a los nicaragüenses fríos, a los centroamericanos indiferentes y a la raza indohispana que en una estribación de la cordillera andina hay un grupo de patriotas que sabrán luchar y morir como hombres”. Con este escrito el general Sandino empezó a ser oído en muchos lugares del mundo, no puedo decir los nombres de los países donde las personas se manifestaron en apoyo a nuestra lucha, dijo Tijerino con orgullo.

Debíamos ponerle un nombre a nuestro ejército revolucionario, así que le llamamos Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, dijo con orgullo Tijerino. Bajó su rostro y respiró

profundamente, no debía llorar, los hombres no lloran, ni siquiera de alegría, menos cuando están delante de otras personas. Su jefe sería el general Augusto César Sandino, indicó luego, pero en todas partes se le conocería como el General de Hombres Libres.

Estando en las Segovias, Sandino rebuscó en sus pertenencias un mensaje que le había enviado un escritor francés, era una especie de carta que había publicado Henry Barbusse en un diario de París: “Con mi saludo le envío el del proletariado y el de los intelectuales revolucionarios de Francia y Europa, que en muchas ocasiones me han autorizado a hablar en su nombre para decirle que su atención está fija con admiración y entusiasmo en la heroica figura de usted y en sus admirables tropas. Saludamos en usted a un libertador, al soldado magnífico de una causa que pasando sobre las cuestiones de raza y nacionalidades es la causa de los oprimidos, de los explotados, de los pueblos contra los dominadores”. Luego, el General de Hombres Libres guardó con cuidado aquel mensaje, lo leyó para darnos ánimo y explicarnos que la guerra que librábamos era bien vista en muchas partes del mundo.



# Bananeros a la guerra

---

Unos 800 hombres se alistaron para seguir al general Tijerino. Durante la madrugada se enfilaron por los bananales camino a Puerto Cortés. Una barca vieja llamada Perla del Pacífico, construida con madera de ceiba, los esperaba para llevarlos a Dominical, puerto cercano a San Isidro. Algunos hombres llevaban mucha ilusión de regresar a su patria de origen, la mayoría eran compatriotas del General. La idea de combatir al tirano les ilusionó.

Entre conversa y conversa llegaron al sitio indicado, allí donde debían desembarcar para iniciar la ruta caminando en busca de los rebeldes de San Isidro. Un soldado saltó al agua y amarró la barca a una palmera. Los demás salgan en fila y cuando lleguen a la playa deben esconderse entre el monte, les gritaba el General, estamos en guerra y no podemos esperar a que el enemigo nos sorprenda con sus aviones. La sangre del General ya estaba caliente y aquel mítico hombre no pensaba en otra cosa que no fuera la guerra, su concentración lo hacía olvidar que debía comer. Entonces un soldado llegó y le puso en sus manos un pedazo de carne de buey, destazamos un animal mi General, debe alimentarse para que nos dirija bien. Ya saben, indicó Tijerino, pueden tomar los animales para comer, pero no deben hacer daño a las personas, esto es una guerra de soldados, no debemos maltratar a los vecinos de San Isidro. Lo entendemos bien señor General, no se preocupe, gritaron en conjunto los guerreros.

## El destierro

Dominical es un pequeño poblado en el mar Pacífico, a unos cuarenta kilómetros del pueblo de San Isidro, donde se encontraban los rebeldes. Los pocos habitantes que tenía en esa época eran

pescadores y agricultores que intentaban hacer una nueva vida después de haber sido desterrados por la justicia. Habían cometido algún delito en la capital, y como castigo los traían por el mar Pacífico y los soltaban en esa tierra inhóspita y selvática. No les permitían traer pertenencias, solamente cargaban la ropa que vestían y un machete que les daban en el lugar. Cuando llegaban cerca de la costa, les exigían tirarse nadando a una distancia de mil metros de la playa. Que el Señor lo bendiga, decían los gendarmes en son de burla cuando lanzaban a un convicto al mar. Si no podía nadar era un problema de la persona, allí mismo sucumbía en las olas del mar que lo estrellaba contra las rocas gigantescas que aún permanecen incólumes mirando la furia del mar.

Algunos de esos hombres habían logrado establecerse y hacer una pequeña finca en la que cuidaban algunas vacas, cerdos, gallinas y caballos. Por eso los soldados de Tijerino habían encontrado un buey gordo para la cena de aquel primer día en la playa.

## **Un caballo para el General**

Cuando me preguntan por esos hombres, yo digo que fueron diferentes y que parecían seres de otro mundo. Tijerino se refería a Benjamín Zeledón, al General Sandino, a Farabundo Martí, a Emiliano Zapata, a Juanito Mora, a José Martí. Pero él también parecía ser de otro mundo; las personas lo recuerdan galopando en su caballo Calazán cuando iba a visitar al Indio Godoy al hospital de San Isidro. Las piedras saltaban expulsadas por los cascos del animal, y él, Tijerino, no se movía de la montura, parecía que el caballo y su montador eran una sola pieza, una creación única. Aquel semental se lo había conseguido el soldado Fajardiño cuando desembarcaron en Dominical.

Fajardiño era de los pocos soldados que sabían leer, y todas las historias de caballos famosos eran sus temas favoritos. Salió corriendo en busca de un buen semental, se internó en los potreros de la cordillera brunqueña. En uno de los caminos que conducían a San Isidro lo sorprendió una mujer pequeña, morena, de ojos avivados como el sol. Sus pies descalzos parecían conocer bien el camino, sus músculos resaltados señalaban el trabajo duro que realizaba, cargar bestias en puerto Uvita y llevarlas hasta San Isidro. Arreaba un grupo de mulas y caballos cargados con sacos mancornados.

Alto, le gritó la mujer apuntándole con un revolver, Fajardiño sorprendido no tenía mucho que decir ¿qué buscas? le preguntó la



mujer. Fajardiño sintió que su aventura de guerrillero se estaba acabando de esa forma tan extraña, no en batalla, ni siquiera morir luchando. Hizo un repaso por su vida. No es justo, pensaba, me tuve que venir de Nicaragua para trabajar en las bananeras, y ahora que le encuentro sentido a mi vida parece que esta mujer, que no conozco, me matará. Con las manos en alto y un revólver apuntando a sus ojos la fatiga comenzaba a presionarlo, las manos le temblaron en un movimiento fuerte. La mujer giró el revólver hacia el pecho de su víctima, un movimiento más y le atravieso el corazón, le gritó con furia. No dispare, alcanzó a decir Fajardiño, no dispare, solo busco algún caballo salvaje, lo necesito para mi general Tijerino.

Al decir el nombre de su general, sintió que la mujer endulzó su mirada ¿dónde está él? preguntó la mujer, ¿quién señora?, Tijerino, ¿dónde está? La mujer bajó el revólver y le dijo, siéntate, soy amiga del general Tijerino, quiero verlo. No puedo decirle donde está señora, insistió Fajardiño. O me dice o le disparo, le aseguró la mujer. Nuevamente el arma se dirigió al pecho de su víctima.

Ayúdame a descargar esas bestias, iré a buscar al General, dijo ella. La mujer pequeña y de músculos resaltados se colocó al costado de uno de los caballos, alza ese saco y tírame la carga, le indicó a Fajardiño. El soldado, que nunca había lidiado con caballos de carga, empujó el bulto desde el otro costado, señora es que pesa mucho- comentó Fajardiño. Pendejo, le dijo ella, solo levante ese saco y pásalo por encima de la montura, yo lo recibo por este lado, está pesado, insistió Fajardiño. Ven por aquí, yo lo tiraré, le indicó la dama.

La mujer puso su hombro por debajo de la carga y empujó con fuerza, Fajardiño del otro lado debía recibir la carga en su hombro y bajarla con cuidado. El soldado cayó con los dos sacos encima y la mujer corrió en su ayuda, la mancuerna de sacos lo estaba asfixiando. La mujer lo ayudó, si, lo ayudó mientras sus carcajadas retumbaban en las farallas de la cordillera. Eres un pendejo de mierda, le dijo en forma amistosa. No me diga así señora, eso es muy duro en mi tierra, aseguró Fajardiño. Sí, por eso te digo que eres un pendejo de mierda, terminó diciendo la mujer.

Descargaron todas las bestias y las amarraron en un pastizal. La mujer salió en busca del General.

Antes de partir, por supuesto, le dio algunas instrucciones a Fajardiño para que encontrara al mejor semental de la región. Debes irte hacia el sur, le indicó, a unos 15 kilómetros encontrarás sabanas naturales, sube a los cerros y allí verás caballos salvajes. Son descendientes de los caballos ibéricos traídos de España por los

conquistadores, uno de sus barcos encalló en estas costas y los caballos fueron dejados en estas tierras. Allí es donde yo consigo mis caballos para transportar carga desde el mar hasta San Isidro, no puede ser cualquier caballo el que sirve para trabajar en estos trillos descomunales, indicó la mujer. Si señora, iré a buscar donde dices, dijo el soldado.

Ese caballo está lamiendo su carga señora, dijo Fajardiño, apérgalo en otro lado, le gritó la mujer, lo que llevo en esos sacos es sal. Con razón pesa tanto, le respondió el soldado. Eso no lo escuchó la mujer que montada en su mula se alejaba en busca del General.

Fajardiño siguió las instrucciones recibidas y se enrumbo hacia el sur. Agotada la primera parte del camino y localizadas las sabanas, viró hacia la cordillera donde más y más sabanas se extendían entre las colinas. Llegaba a una colina, cuando creía estar en el lugar indicado se observaban más laderas llenas de pasto sabana. La sed lo estaba venciendo y la desesperanza se acumulaba cada vez que llegaba a la cima de una sabana y sólo parecía repetirse su recorrido unos kilómetros más. Esta vez observó un río al pie de la sabana, había que bajar unos kilómetros, el agua cristalina reverberaba con el sol y allí estaban los caballos. La mujer no le había indicado tanta instrucción porque asumió que todo buscador de caballos debe saber que los equinos no se retiran del agua en tiempo de verano.

## **Escoger un caballo**

Cerca del lugar se encontraba un poblado indígena, eran borucas que se habían estacionado en las márgenes del río Térraba. Con sus bongos podían visitar otros pueblos y bajar al mar en busca de tintes que extraían de los moluscos para sus ropas y máscaras. Uno de ellos se acercó a interrogar al visitante, ¿qué buscas?, le preguntó en tono seco y cortante, busco un caballo, un buen semental para una misión especial, le aclaró Fajardiño. Los caballos no se tocan si no es con permiso del cacique, dijo el indígena. ¿Cuál cacique? interrogó Fajardiño, el cacique se llama Silverio; además, continuó el indígena, usted nunca podrá amarrar uno de esos caballos, son salvajes y solo el cacique Silverio puede hacerlo.

Vio muchos equinos, el soldado repasó en su mente todas las lecturas sobre caballos. El soldado regresó de su pasado, su pensamiento recuperó todos los conocimientos sobre caballos, y lo vio, ese era el caballo que debía llevarle al General. Se acercó a la manada

y tiró el lazo con certeza, los animales se dispersaron por extensas sabanas, y el soldado frustrado comenzó a darle mecatazos al suelo y a maldecir con furia. Una voz suave le repitió a su lado, solo el cacique Silverio los puede amarrar. Anda y dile que me amarre ese caballo alazán. No, así no, dijo el joven ¿entonces cómo? preguntó Fajardiño. El cacique está en un Cabo de Año por la muerte de una niña, está iniciando los rosarios y hasta que termine, y si él considera que usted es un hombre bueno, le ayudará, terminó aclarando el joven indígena.

El Cabo de Año era una costumbre religiosa enseñada por los frailes franciscanos en tiempos de la conquista. Debían rezarle al difunto seis rosarios con sus respectivas letanías seis meses después de su muerte. Este acto penitenciaro sacaría al difunto del purgatorio y lo conduciría al paraíso. Todo esto funciona siempre y cuando el difunto no tuviera pecados mortales.

¿Qué debo hacer? preguntó el soldado. Debes ayudar al cacique a rezar ese Cabo de Año, solo así él te regalará uno de esos caballos, respondió el indígena. Cómo dices regalar, la mujer del correo me dijo que eran salvajes. Sí lo son, pero solo el cacique Silverio los puede amarrar.

Fajardiño se dirigió al rancho donde Silverio y su pueblo estaban rezando el Cabo de Año por una niña que había muerto en el río. Un cocodrilo la sorprendió y la mató. Aquel acontecimiento, además de doloroso, se convertía en un peligro constante, los cocodrilos se multiplicaban rápidamente.

Llegó al rancho y entró al círculo de rezadores, el Cabo de Año recién iniciaba. Nadie le dio la bienvenida, simplemente se sentó en un tronco para la ocasión y procedió a integrarse al rezo. Al final de cada misterio correspondía elevar un canto, estos eran en idioma brunca, por eso el soldado no tenía mucho que aportar. Alguna bebida alcohólica como el maíz pujagua era ingerida después de cada canto. Entrada la noche se inició el último rosario, Fajardiño ebrio y desinhibido propuso algunos cantos y letanías de las que rezaba en Masaya en los desfiles de la Purísima, los practicaron y los introdujeron al acto religioso. Además, el soldado viendo que su postura tenía aceptación, se atrevió a ofrecer una indulgencia por la difunta. Explicó que aquel año era especial ya que el papa Pío XII había abierto el espacio para ofrecer indulgencias y liberar almas del Santo Purgatorio, almas que solo tuvieran pecados veniales.

Aquel acto de bondad y desprendimiento consolidó las buenas relaciones con el cacique del pueblo. Al amanecer, Silverio salió al

patio del rancho y sonó un caracol con fuerza, los caballos desfilaron desde lo alto de la sabana, le daré el mejor animal, dijo. Fajardiño no se atrevió a sugerir preferencia sobre el caballo alazán, esperó que la decisión del cacique coincidiera con la suya. No obstante, siempre tenía la inquietud de que no tendría más opción que llevarse lo que el cacique le ofreciera.

Silverio, viendo el nerviosismo del soldado le dijo, no se preocupe, yo soy el que escoge los caballos que se lleva Adelaida para transportar mercadería entre Uvita y San Isidro. Aquel acto tranquilizó al soldado, caminó hacia el río a tomar un buen poco de agua, rezar mucho provoca sed, dijo.

Cuando los caballos llegaron, Silverio tomó el lazo y se dirigió a la manada, los animales resoplaban a su alrededor, los miró detenidamente uno por uno. Se agachaba para observar sus movimientos cruzados entre patas y manos, luego se acercó y amarró al alazán, este es el mejor, llévalo. Fajardiño respiró con alivio. Trátalo con cariño, le indicó Silverio, a estos animales no hay que maltratarlos.

## Una noche bajo la luna

En la playa los soldados se prepararon para el combate cuando sintieron el trote de un caballo acercarse, se tranquilizaron al ver que era una dama. ¿Dónde está Tijerino? preguntó la mujer. Su voz era determinante y no aceptaba respuestas evasivas, allá está, dijo un soldado, es aquel que está debajo de la palmera tomando agua de coco.

Ella bajó de la mula, amárrela, le dijo a un soldado. ¿Y qué se cree esta jodida dando órdenes?, dijo el soldado algo molesto. Mira, si habla así será por algo, le indicó un compañero. El soldado, con el orgullo quemándole el pecho se acercó al animal y lo sujetó de mal gusto, la mula sintió mucha presión en el bozal. Aquel hombre no conocía de mulas, el animal se levantó de manos y le golpeó el pecho con furia. No hubo forma de revivirlo, allí, en la arena caliente hicieron un hueco y lo enterraron. Le dedicaron alguna oración de las que dicen en las procesiones de Masaya, era lo único que sabían rezar. Con voz impostada y acento cristiano uno de ellos gritó a manera de pregunta, ¿qué causa tanta alegría?, los otros respondieron, la concepción de la virgen María. Con aquella mínima referencia cristiana, el soldado muerto se integró a la arena caliente de playa Dominical.

La mujer llegó a la palmera donde Tijerino tomaba agua de coco, estaba de espalda mirando al infinito, ¿cómo estás Tijerino?,

le dijo en seco. El General se quedó impresionado mirando las olas, su rostro se enrojeció y sin voltear su mirada dijo, ¿qué haces por aquí Adelaida? El silencio los invadió; no fue culpa mía, le indicó el General, usted nunca regresó a Puntarenas. No vengo a reclamar nada, le aclaró Adelaida, vine a ver al único hombre que he amado en mi vida. El pasado que se quede donde corresponde. El General se volteó y la abrazó con fuerza, ella en susurros le dijo, la vida es hoy, aquí frente al mar.

Los soldados fueron a recoger los caballos de Adelaida, cargaron los sacos con sal y manteca que debían llegar a San Isidro oportunamente. Tengan cuidado con el bulto de cuero, les dijo la mujer, allí va todo el correo del pueblo.

## **El domador**

Fajardiño regresó tres días después con un caballo alazán de impresionante belleza. Esperaba que el General le solicitara domar al potro, tenía muchos meses de no realizar esta faena que le llenaba el alma y el espíritu de aventura salvaje. Sus piernas hormigueaban soñando con caer encima del animal, dejarlo correr por la playa y regresar a trote de animal elegante y controlado por su montador.

¿Qué dirían sus compañeros? se preguntaba. De dónde sacó Fajardiño esa habilidad para domar caballos salvajes. Todos lo esperarían de frente viéndolo llegar con su potro domado, los brazos y las patas del animal levantándose en diagonal, su cabeza bien colocada y la cola levemente levantada para conformar su elegancia.

Permítame las riendas, le dijo el General. Fajardiño despertó de su viaje de domador y entendió que el General no le pediría la doma de aquel potro alazán de patas blancas y un lucero en la frente. El General le pidió que lo amarrara en una palmera cerca de las tropas, deben vigilarlo, les indicó, recuerden que es un potro y no sabe de rienda. Algo le he enseñado, gritó Fajardiño. Tratava de convencer al General para que le permitiera amansarlo.

## **Calazán**

El potro era de aspecto alegre, brioso y noble como lo quería el General, de cabeza expresiva y orejas firmes y atentas para escuchar las indicaciones de su jinete. Su cuello arqueado, su dorso

corto y fuerte, el anca redondeada, larga y ancha, eran cualidades que demostraban fortaleza y agilidad. Sus huesos eran fuertes y bien aplomados, con cascós amplios, apropiados para la debida sustentación del peso corporal de ese bello ejemplar. Aquel caballo contaba con las características propias de sus ancestros desarrollados al sur de España, en la localidad de Arcos de la Frontera, con influencia de caballos berberiscos introducidos a la Península Ibérica durante la ocupación musulmana. No cabe duda que al describir tal influencia entendemos que este majestuoso ejemplar tenía sangre de los caballos traídos por los musulmanes del norte de África, especialmente de Marruecos y Egipto.

El caballo era de gran firmeza y agilidad en su desplazamiento, de paso largo y bien marcado en sus cuatro tiempos. Su trote era definido con notable armonía entre los miembros anteriores y posteriores, esta característica le daba al caballo del General un excelente avance, energía, asiento suave y agradable para que el jinete se desplazara rápidamente, montara por largas horas y no se sintiera maltratado. Además, todas estas cualidades del potro seleccionado por Fajardiño le daban capacidad al equino para un galope de salida explosiva, de gran rapidez y agilidad, manteniendo en forma correcta su avance y extensión. Justo lo que necesitaba el General para desplazarse míticamente frente a las tropas en pleno fuego y no ser impactado por las balas del enemigo. La potencia, el tren posterior con anca larga, amplia y oblicua, unida a unos miembros fuertes con huesos y tendones destacados y excelentes cascós, le favorecía en el arranque a galope que necesitaba el General en la batalla.

Aunadas a estas virtudes, se suma la extraordinaria resistencia de este hermoso caballo de estatura mediana, unas 59 a 60 pulgadas del suelo a la cruz, compañero inseparable de su jinete, quien contaba con la destreza y agilidad necesarias para guiarlo en todos los movimientos durante el desplazamiento, ya sea al paso, al trote o al galope, de modo que ambos se integraran en una sola unidad.

Tijerino era un montador ágil, flexible y de equilibrio excelente, de esos que siempre mantenían contacto con la boca del animal. Es decir, que sus manos, las riendas y la boca del caballo eran una sola pieza que se comunicaba a pulso liviano, dirigiendo los movimientos de acuerdo con las circunstancias de cualquier faena difícil o camino sinuoso que se debiera transitar.

Un caballo sin amansar, esbelto y brioso como su futuro montador. Las cuatro patas blancas y un lucero en la frente lo hacían ver como el caballo que esperaba al General, sus ojos brillaban como las

estrellas. Al principio, el General se quedó mirando al animal por varios minutos, se le quiso acercar y el caballo resopló y manoteó el suelo con fuerza. Una leve sonrisa se asomó desde el corazón del General, aquel semental era su alma gemela. Le habló unas cuantas frases para que se acostumbrara a su timbre y tono de voz. El potro resopló de nuevo y movió sus orejas en direcciones contrarias, quería escuchar al General y también le distraían las voces de los soldados, demasiada gente para un animal sin domar.

La noche fue de luna llena, el potro estaba a la vista de todos, nadie quería dejar de mirar aquel animal esbelto, elegante como el caballo de Napoleón, solo que este no era blanco, era un alazán criollo con ibero.

Tijerino y Adelaida confiaron en sus soldados y se retiraron a su campamento. Era una covacha hecha de hojas de palmeras verdes, suficiente techo para una noche de amor entre la luna y el mar. Al amanecer, los soldados tenían desayuno listo, carne de buey frita, plátano maduro asado, una macarela frita con manteca Clover Brand y café. Yo hago el café diferente, dijo Adelaida, es que ustedes los nicas ponen el café revuelto con el agua y yo aprendí en Costa Rica a calentar el agua primero y luego pasarla por el chorreador con café. No importa, aclaró la dama, este café está muy bueno.

Terminado el desayuno trajeron al caballo para amansarlo. Fajardiño con precaución se quedó cerca de Tijerino para saber si había cambiado de opinión y le solicitaba amansar al animal. Parece que es muy brioso, le indicó a su General, quería infundir temor y esperar que Tijerino dijera, anda soldado valiente, doma a ese animal y me lo traes bien arrendado. Nuevamente la fantasía duró poco, el General tomó al alazán, lo acercó, pasó su mano por el lomo, lo miró a los ojos y acercó su rostro al del caballo, el olor de los caballos me da mucha vida, dijo para sí.

Aquella mañana era vida para Tijerino y Adelaida. ¿Quieres domarlo? le preguntó a su amada, está bien, dijo Adelaida, lo domaremos juntos. Fajardiño se sintió agraviado, la mujer iba a domar al caballo. ¿Quién era esa mujer?, ¿qué pasa con el General?, ¿podrían decirme lo que pasó ayer cuando esa mujer se encontró con el General?, preguntó a sus compañeros. Mira Fajardiño, le dijo uno de ellos, quédate callado, esa mujer y el General deben de tener una historia que ni todos juntos la podemos adivinar, lo mejor es no preguntar; lo único que le podemos decir es que esa mujer es tan importante como el General, concluyó el soldado.

Se llevaron al caballo cabresteadado, iban rumbo al mar. Están locos, dijo Fajardiño, ¿qué van a hacer? Que te calles hijueputa, le reiteró el compañero. Se metieron al agua y el potro se quiso resistir, Adelaida se hizo hacia atrás y le propinó un palmetazo en las ancas. El caballo se frunció como queriendo lanzar una patada y la mujer no dio tiempo a que el animal razonara en tanto que le propinó un segundo palmetazo. El potro cayó al agua resoplando y mirando para todos lados. Lo siguieron jalando hasta después de las olas, allí, Adelaida se montó en el lomo del animal y lo guió mar adentro, el potro no tuvo más opción que nadar y nadar. La mujer, cuando sintió que el caballo estaba controlado lo volteó y salió a buscar a su amado. Móntate en ancas, le gritó, debes hacerlo antes de salir del agua. El General se colgó de la crin del caballo y saltó hasta caer en su lomo. Salieron del agua, el trote del caballo revoleaba la arena en la cara de sus montadores, Adelaida dirigió al corcel hacia donde estaban los soldados, escogiste un excelente animal, le dijo al soldado. Fajardiño se sintió aliviado y agradecido por el reconocimiento de la mujer, a la que, hasta ese momento, todos respetaban tanto como al General. Amarre a Calazán en la palmera, le indicó Tijerino al soldado.



## Ruta de guerra

---

Adelaida le sugirió a Tijerino no llegar a San Isidro por el camino de las mulas. Te pueden esperar en cualquier vuelta de esas y hacerte una emboscada, lo previno. Entiendo, dijo el General. Adelaida sacó un mapa y le mostró otras rutas más seguras. Debes irte por detrás de la faralla, esa ruta no la conoce nadie, es un camino que usé algún tiempo antes de trazar este otro que uso ahora, le indicó. Los amantes se fueron a despedir a su covacha mientras los soldados cargaban las mulas y los caballos con los bultos de sal y manteca, el correo deben ponerlo en la mula, les indicó la dama.

En un acto de reflexión, la dama le recitó al guerrero una frase de su autor favorito, era de un escritor portugués que parecía entender las luchas de los pueblos: “A estas horas es mejor defender el cuerpo y proteger el alma / empiezan a surgir apariciones en las revueltas del camino / pasan arremolinadas o se sientan en una piedra a la espera del viajero / (todos somos viajeros), a quien harán las tres preguntas para las que no hay respuesta, quién eres, de dónde vienes, a dónde vas”. Lo abrazó y al oído le susurró, nos encontraremos de nuevo para sentir un poco más la vida.

El General se quedó mirando los cerros que debía cruzar para llegar a la guerra, intentaba ver en algún recodo del camino la silueta de Adelaida, la mujer que lo despertaba cuando él no entendía la vida. Siempre aparecía cuando más la necesitaba, especialmente para buscar la orientación que toda vida debe tener de tiempo en tiempo. Dante cruzó el infierno para buscar a su amada, y yo estoy aquí, viendo alejarse a la mujer de mi vida, dijo Tijerino sintiendo que todo cielo tiene su lucifer, y todo paraíso su tentación, como dice el Saramago de Adelaida. Respiró una bocanada de aire y tomó valor, aquella despedida debía darle fuerzas para seguir viviendo. Decidió hacer un repaso por la vida de Adelaida, y sintió que aquella

bellísima mujer tomaba las decisiones de su vida a como vinieran, sin arrugarle la cara a nada ni a nadie. Recordó cuando Adelaida tuvo que dedicarse a trabajar como un varón para mantener a sus hijos después de la muerte de su esposo, todo esto había sucedido posterior al primer amor que ellos habían tenido.

La había conocido en las Segovias, en esos tiempos en que la juventud se comía los amores por las noches y al amanecer había que salir a buscar al enemigo. En San Rafael del Norte, allí había conocido a la dama que lo sorprendería de nuevo en playa Dominical, al lado de su tropa en una nueva guerra.

Adelaida salió de San Rafael y se vino a Costa Rica a buscar mejores opciones de vida, él se quedó en el ejército de hombres libres del general Sandino. Adelaida le escribió muchas cartas, él también, pero ninguna llegó a su destino, quedaban en los anaqueles de la guardia nicaragüense que no permitía que fluyera comunicación entre sus ciudadanos, menos entre personas reconocidas de la guerra. La dama después de mucha espera encontró a un joven del que sintió estar enamorada, más tarde se daría cuenta que no existía tal amor, era la necesidad de estar cerca de alguien lo que la había confundido.

Se casó con Timoleón Sequeira, sus hijos le habían dado la ilusión de la vida, algo para luchar y sentir que amaba a su compañero. Pero como hay historias tristes y todo cielo tiene su lucifer, en los días previos a la guerra del 48 mataron a su esposo mientras cargaba una bolsa de votos electorales. Fue en una contienda electoral confusa que sirvió de motivo a los rebeldes para iniciar la guerra. El joven iba cruzando un río caudaloso, y para evadir evidencia, el asesino lo mató en medio de la corriente, le propinó muchos balazos con una carabina 30-30. Era una clase de arma de fuego muy experimentada que se había usado en la revolución mexicana. Su prestigio como arma de guerra era consagrado por los corridos de la revolución que en no pocas ocasiones la mencionaban para animar a los soldados del ejército de Emiliano Zapata, de Madero y de Pancho Villa. “Carabina 30- 30 que los rebeldes portaban / y decían los maderistas que con ellas no mataban / con mi 30-30 me voy a marchar / a engrosar las filas de la rebelión / si mi sangre piden mi sangre les doy / por los explotados de nuestra nación”.

Después de la muerte de su esposo, Adelaida huyó del lugar y se refugió en el valle de San Isidro donde tuvo que desempeñar trabajos aptos únicamente para hombres. El dinero era escaso y los niños debían crecer saludables, así que Adelaida, contra toda predicción aceptó un trabajo que ningún hombre había asumido. Tendría que

viajar de San Isidro hasta puerto Uvita a dejar y recoger el correo, transportar mercaderías como sal y manteca Clover Brand para los habitantes de San Isidro. La ruta era difícil, pero Adelaida aceptó el trabajo. Primero intentó transitarla con caballos, pero los equinos morían por las pendientes pronunciadas del camino, salían rodando o se reventaban haciendo fuerza con la carga a sus espaldas. Intentó hacer el trabajo con burros, pero esos pequeños animales parecen tener el espíritu de lucifer en su sangre, botaban la carga y se escabullían por los bosques. Los pequeños asnos habían perdido la fe cristiana y ya no recordaban el domingo de ramos cuando uno de ellos cargó a Jesús por las calles de Jerusalén. Pobres animales, tampoco hay que culparlos, las calles de Jerusalén eran hermosas y estaban adornadas con flores aquel domingo glorioso. Además, aquel día todo era fiesta, ellos nunca entendieron que todo el jolgorio era para halagar a Jesús. Contrario a eso, los caminos que debían transitar, vilipendiados por Adelaida, eran sinuosos y peligrosos para sus vidas, no tenía flores su calzada, sino abundante barro y raíces entrelazadas que los maneaban haciéndolos caer en los precipicios.

Así que la dama, con sus pantalones bien ajustados decidió romper un nuevo camino y hacer su propia ruta. De aquel momento en adelante Adelaida se convirtió en la mujer más respetada del pueblo, viajaba sola animando a una manada de caballos cargados con los productos requeridos. Luego encontraría los caballos salvajes que los invasores españoles habían dejado a orillas del río Térraba, donde los nativos en principio asumían que nadie podía domarlos por ser animales salvajes. Adelaida entonces se reunió con el cacique del pueblo y le enseñó a domar caballos chúcaros y a cuidarlos para que otras personas no los tomaran. Hicieron un pacto de honor y se entendieron con facilidad.

## **Las Adelaidas**

Tijerino esperaba encontrarse con Adelaida en San Isidro. Estaba seguro que después de la guerra podrían regresar juntos a Nicaragua con su ejército libertador, al mejor estilo de las Adelitas o mujeres soldaderas de la revolución mexicana. Solo que en este caso, tomando en cuenta el carácter transformador y aguerrido de la dama, el grupo de mujeres de esa nueva revolución se llamaría las Adelaidas. Este nuevo grupo de soldaderas se formaría, especialmente, de mujeres esposas de los soldados bananeros que acompañarían a

Tijerino a Nicaragua después del triunfo de la guerra en San Isidro. El presidente le prometió al General llevarse las armas y soldados que quisieran irse con él a tumbar al dictador después de vencer a los rebeldes. Ese fue el trato al que llegaron el día que se reunieron en la casa presidencial.

Las Adelaidas serían las mujeres que llegaron a las bananeras posterior a que sus maridos se establecieron como conchadores de banano en el valle de Puerto Cortés. Los hombres migraban de Nicaragua a Costa Rica en forma ilegal, venían de Masaya, Granada, Managua, Rivas, San Juan del Sur y, ocasionalmente, de Jinotega, o las Segovias, pueblos al norte de la nación pinolera. Los hombres migraban escapando de las crisis económicas que vivía su país por razones de dictaduras e invasiones gringas desde la década de 1850, años en que un filibustero de nombre William Walker invadió la nación nicaragüense y se proclamó presidente. Luego vendría la invasión gringa donde Benjamín Zeledón luchó hasta la muerte un 4 de octubre de 1912.

Esos bananeros que acompañarían a Tijerino pertenecían a la era Sandino, el General de Hombres Libres que logró sacar a los gringos de Nicaragua a inicios de 1934. Los nicaragüenses, como se ha dicho, huían de la crisis económica y de la agresión de la dictadura que los sometía a torturas feroces cuando los consideraban traidores.

Salían de su país cruzando montañas escabrosas para no ser interceptados por la guardia del dictador, llegaban al río San Juan en la frontera con Costa Rica y allí tenían la prueba más feroz, nadar en la más temible oscuridad para no ser vistos por los militares del dictador. Algunos terminaban en las fauces de algún cocodrilo gigante al que nadie lograba ver entre las tinieblas, solo se oía el zarpazo y el chapoteo del agua donde la víctima sucumbía. Si algún migrante era visto por los militares del dictador, sería torturado de diferentes formas. La más cruel era cuando niños adiestrados por la Guardia Nacional le sacaban los ojos con cucharas afiladas. Para esos pequeños, la tortura que implementaban se convertía en una diversión, a su edad, no comprendían la dimensión del oficio para el que habían sido entrenados.

Después de cruzar el río San Juan, los hombres debían continuar su ruta por bosques densos hasta llegar a Puntarenas. Para entonces, se consideraba que llegar a Puntarenas era haber logrado con éxito la travesía, de allí en adelante tomarían la ruta que los chiricanos habían establecido para comerciar animales y enseres entre Potrero

Grande y el pueblo en mención. Esa ruta los hacía llegar a Puerto Cortés, pueblo donde iniciaban las plantaciones de banano.

Las esposas de esos hombres debían transitar la misma ruta. Algunas eran ultrajadas en el camino por oportunistas que nunca faltan en tierras desconocidas. Pero guardaban silencio ante sus maridos por el temor a no ser comprendidas y terminar siendo doblemente agredidas. La experiencia cruel la había vivido una de ellas cuando se encontró con su marido en Puerto Cortés, después de convivir esos momentos mágicos del reencuentro amoroso, le contó que en el trayecto un tipo la había ultrajado sexualmente. Quería ser comprendida para alivianar el trauma. Su esposo, lejos de ayudarla a sobrellevar ese trago amargo, la agredió diciendo que no le creía tal historia. La mujer siguió sufriendo maltratos cada vez que su marido regresaba ebrio. Atormentada por la agresión constante, la dama en desespero tomó algunas dosis de Nemagón para bien morir, la muerte sería su único estado de paz.

Esas mujeres formarían el grupo de las Adelaidas soldaderas. Regresarían con sus maridos convertidos en guerreros idolatrados a pelear la revolución de Sandino. Ya no tendrían que caminar por montañas escabrosas, regresarían por las calles principales de Costa Rica. Antes de partir hacia la frontera de su país, pasarían por la Avenida Central de San José en un desfile preparado para despedir a los hombres y las mujeres que acompañarían a Tijerino en su regreso a combatir al dictador sanguinario.

Delante del ejército de mujeres iría Adelaida cabalgando un hermoso caballo de ascendencia andaluza, recién domado para aprovechar la fuerza salvaje en un viaje extenso hasta su pueblo de origen. Iría detrás de su general, que por supuesto estaría montando su caballo Calazán a la cabeza de la tropa. Después de Adelaida y las mujeres soldaderas, seguirían las tropas que acompañarían al General en su regreso. Sentirían la gloria en sus manos, en su cuerpo, y la población que los conocía como conchadores de banano ahora los vería como héroes después de ganar la guerra a los rebeldes de San Isidro.

Montados en sus caballos verían a la población de San José desde lo alto, los aplausos harían que sus caballos movieran las orejas constantemente sorprendidos por el bullicio y la aglomeración de humanos a la vera del camino. Benditos momentos de felicidad se viven después de tanto sufrimiento. Atrás quedaban las penas acumuladas de los viajes clandestinos por montañas y ríos, las agresiones de forasteros y de sus antiguos esposos también.

Las soldaderas llevarían en sus espaldas la foto de su compañera fallecida por la ingestión de Nemagón. Su esposo y agresor ya había sido expulsado del ejército de Tijerino. Si hubiera sabido que Fajardiño era un agresor de mujeres, dijo Adelaida, le hubiera pegado un tiro allí mismo donde lo encontré buscando un caballo para el General.

El grupo revolucionario dejaría las calles de San José, alzaría sus manos en agradecimiento por la generosa despedida y se enrumbaría hacia Peñas Blancas, lugar fronterizo donde iniciaría la guerra que continuaría la revolución de Benjamín Zeledón y Augusto César Sandino. No descansaría hasta ver al dictador comerse las balas que Tijerino había conservado desde el asesinato del General de Hombres Libres.

## Muerto en vida

Entre los bananeros que acompañaban a Tijerino en la guerra de San Isidro estaba Dubigildo Arancibia. Venía ilusionado por los caminos de Dominical. Llegaría a San Isidro convertido en un soldado, atrás quedaría su imagen de joven tímido y endeble. Era oriundo de San Isidro y se había ido para las fincas bananeras siendo un joven de 18 años de edad. Dubigildo Arancibia había emprendido su aventura como trabajador bananero con el fin de recolectar dinero y casarse con el amor de su vida, una joven esbelta, bella y de buenas costumbres llamada Elirán Gutiérrez. Antes de partir hacia la zona bananera, Dubigildo recibió toda clase de instrucciones de personas que conocían el ambiente desolador que se vivía en las plantaciones de banano. Berta Arancibia, su madre, le regaló unos paquetes de oraciones, novenas, rosarios y biblias codificadas para que el joven se protegiera de los males anunciados en las bananeras. Especialmente le entregó un salmo del Rey Salomón que serviría para protegerse de las prostitutas y de los asesinos que casi siempre hacían sus fechorías en los días de pago.

Elirán esperaría a Dubigildo hasta que regresara, así lo habían convenido. Lo vio marcharse con sus ojos llorosos de nostalgia, él no volteó su mirada, iba llorando también, pero en esos pueblos los hombres lloraban a escondidas, nadie debía saberlo, ni siquiera su novia.

En los bananales la vida era difícil, el trabajo era fuerte y los bananeros, en su mayoría, eran personas agresivas, Dubigildo también tuvo que aprender a ser violento, tomar licor y defenderse de quien quisiera maltratarle. Estando en la barraca pasó un bananero

embriagado a matarlo, el hombre, violento y temido por todos, metió el cuchillo por las rendijas entre las tablas tratando de cortar al joven, éste tuvo que ubicarse en el centro de la vivienda para no ser alcanzado. Debes matarlo, le indicó un amigo a Dubigildo, de lo contrario él te matará primero.

El joven, un poco temeroso, tuvo que asumir la decisión de sobrevivencia, se internó en el bananal y esperó escondido a que pasara aquel endemoniado hombre; alistó un machete número 28, de los que tienen la hoja más larga, lo espalmó por ambos lados, debía tratar de alcanzar a su enemigo de alguna forma. Las manos le sudaban y el pulso se le alteraba continuamente, esperó la hora del almuerzo, tomó algunos tragos de licor clandestino para eliminar los nervios. Toringo Rivera acostumbraba a tener una siesta después de comerse su almuerzo de arroz, frijoles y banano sancochado. Lo observó desde lejos, el hombre de tez morena y aspecto temible se recostó a una cepa de banano a comer. Luego tendió unas hojas secas, era su cama para la siesta. Dubigildo Arancibia esperó a que el enemigo se durmiera totalmente y poco a poco se fue acercando, iba sin zapatos para evitar ruidos innecesarios. Toringo Rivera dio un ronquido fuerte y se movió estrepitosamente, cambió de lado, acomodó su cabeza en un bodoque de hojas secas y durmió de nuevo, esta vez lo hizo para siempre.

Dubigildo limpió el machete con hojas de banano y regresó a la barraca. Nadie se extrañó de que encontrarán a un trabajador sentado en una cepa de banano y su cabeza flotando en un zanjón lleno de agua podrida.

Elirán Gutiérrez se quedó esperando al novio que nunca regresó, se había enlistado entre los hombres que acompañaron al general Tijerino después de aquella alocución magistral de Fallas frente a los bananeros.

La idea de ir a la guerra había calado en Dubigildo, no tenía conciencia de la situación social que Fallas argumentaba, pero su capacidad para enfrentar al enemigo lo motivaba a ser uno más de los soldados del General. El caso de Toringo Rivera había cambiado la vida del joven endeble que necesitaba de oraciones para librarse de los bananeros agresivos, ahora él sabía matar como los más osados en la materia, y quería seguir sintiendo esa emoción de ver sucumbir al enemigo.

Dubigildo se había especializado en subir a los cerros más empinados a supervisar los espacios por donde se debía transitar. Tenía la habilidad de caminar rápido, subir por las rocas más escabrosas y trepar árboles gigantes para observar los territorios, y avisar si

encontraba enemigos en el horizonte. Cuando llegaron a San Isidro, Tijerino lo encargó de vigilar la ciudad desde lo alto de una palmera que había en la plaza principal, subía y bajaba con la facilidad de un primate, llevaba información a Tijerino y regresaba a su sitio.

El General le tenía prohibido disparar, no quería que se distrajera en otros oficios más que observar el panorama. Pero cuando Lolo Calderón salió de la trinchera a buscar agua para sus compañeros, Dubigildo no pudo resistir la tentación de dispararle, lo apuntó con parsimonia desde lo alto de la palmera y dio en el blanco, Lolo quiso incorporarse para llegar a las trincheras y Dubigildo lo terminó de acribillar. Aquel momento de reposo para ambos bandos se convirtió en infierno en términos de segundos. Los hombres de las trincheras vieron con claridad el sitio de donde disparó Dubigildo; de inmediato dispararon hasta bajarlo de la palmera, cayó desde lo alto acribillado por las balas de los atrincherados. El soldado se quedó en suelo por un lapso de 20 minutos. Todos lo daban por muerto, ya que además de las balas recibidas, el golpe al caer era siniestro. El pequeño hombre logró sacar de su bolsillo un pañuelo blanco y lo pasó por su rostro, y por los lugares donde había sido impactado por las balas, se incorporó con tranquilidad y caminó por el centro de la batalla hasta llegar a donde estaba Tijerino. El General lo escuchó contar que había tenido que disparar a un hombre que salió de las trincheras, y que la curación de las heridas provocadas por las balas era un asunto que luego explicaría. Tijerino no quiso aceptar ninguna aclaración, sintió que el pequeño hombre que tenía en frente era una clase de engendro del demonio. Le quitó el rifle y le pidió que se fuera lejos. Le has disparado a un hombre indefenso, lo increpó el General, si lo veo cerca de mis tropas lo mataré, concluyó.

Dubigildo salió caminando por la cordillera de Talamanca, se fue rumbo a la región Caribe donde había más plantaciones de bano. Debía cruzar muchos cerros y ríos caudalosos, pero eso no sería problema para el pequeño hombre de prácticas extrañas. Luego llegarían historias fantásticas sobre su muerte.

## **En busca del enemigo**

Las tropas se ordenaron para salir en busca de la victoria, San Isidro está después de esos cerros, les indicó el General a sus coroneles. Hay que preparar mecates para subir esa faralla que es la parte más difícil de escalar. Por el camino de las mulas no podemos



transitar porque los rebeldes nos descubrirían fácilmente. No había terminado el General de dar instrucciones cuando un avión se acercó lanzando bombas y hundiendo la barcaza. Era el aviador Núñez, el que viajaba a Guatemala a traer armas modernas. Se escurrieron entre el bosque y no enfrentaron al bimotor, de todas formas no podemos bajarlo, dijo el General. Siguieron caminando por el bosque rumbo a San Isidro, a su paso aparecieron grupos de rebeldes que esperaban combatir sus tropas o al menos debilitarlas, todos fueron vencidos por el General, y así, poco a poco fueron llegando cerca del pueblo donde el enemigo controlaba todo.

## Un demonio

Al paso por un pueblo llamado la Palma, un grupo de religiosos oraban con voces voluminosas aduciendo que la guerra era un producto de Satanás, y que en aquel mismo lugar, el galerón donde estaban llevando a cabo la invocación divina, el demonio se burlaba de ellos produciendo ruidos estridentes, similares al crujir de dientes que todo impío sentirá el día del juicio final. Eran unas cincuenta personas adscritas a una secta que se autodenominaba Roca Fuerte. Hacían retumbar el techo del edificio implorando al Señor de los cielos el alejamiento de Lucifer, que en una esquina del inmueble hacía ruidos carrasposos y diferentes cada segundo.

Parecía que el ignominioso belcebú intentaba imitar a los divinos oradores. Cuando estos oraban en lenguas, una especie de idioma celestial inventado por la cristiandad, el Lucifer se confundía y no podía seguir la fonética escuchada, ese idioma era diferente en cada persona. Por eso, el demonio en mención quedaba lejos de poder seguir tanto sonido diferente al mismo tiempo. En estos episodios, y al sentirse perdido en el marasmo de sonidos, el visitante recurría a una especie de *leitmotiv* que le ayudaba a guiar su instinto original y conservar su identidad. En estos casos repetía un sonido gutural consecutivo, *buo, buo, buo*. Entonces los cristianos a una sola voz elevaban su plegaria al cielo para eliminar al intruso. Decían al unísono, escucha Señor, el demonio se burla de nosotros. El intruso recuperaba su capacidad de imitar y replicaba con su voz carrasposa, escucha Señor, escucha Señor, no podía continuar la frase ya que los cristianos lo avasallaban con nuevos sonidos y lo confundían.

Los soldados de Tijerino se postraron a las afueras del inmueble sorprendidos por la confusión lingüística a la que estaban siendo

sometidos. Uno de ellos, contrariando las órdenes del General, tomó una piedra y lanzó con fuerza en dirección al ruido que los cristianos atribuían al demonio. Un búho gigante de aproximadamente veinte años, plumaje gris y ojos redondeados, volteaba su cabeza en un giro constante de 270 grados. Estaba en un estado de confusión entre las oraciones de los cristianos y las conversas de las tropas de Tijerino. Escuchó el ruido de la piedra acercarse entre la oscuridad, alzó sus esbeltas alas y voló en dirección al bosque.

Uno de los cristianos dijo con claridad, el demonio se ha ido, lo escuché alzar vuelo. Los demás, a una sola voz decían eufóricos, gracias Señor por escuchar nuestra petición y librarnos de ese inmundo y apóstata demonio. Ahora te rogamos para que esta guerra llegue a su fin y los comunistas dejen de ser un peligro para nuestro pueblo.

# Las trincheras

---

En San Isidro los rebeldes se preparaban para la batalla final, en las partes altas tenían ametralladoras y soldados listos para entrar en acción y en la plaza principal un grupo de hombres construían trincheras para atacar de diferentes formas a las tropas de Tijerino.

Hagamos otra trinchera desde aquí, instruía Lolo Calderón a sus compañeros. Así iniciaban con picos y palas un nuevo zanja para protegerse de las balas del enemigo. Ninguno de esos hombres que trabajaban a hombro partido sabía sobre construcción de trincheras. La idea la había tomado Lolo Calderón de una revista un día que viajó a la capital, leía poco, pero entre las cosas que entendió fue que una trinchera era como una gran zanja donde los hombres se escondían y solo se asomaban para disparar. Tenían listas las trincheras y se preparaban para esperar al General.

El padre León salió de la iglesia como ciudadano curioso a ver la obra, había terminado la misa de seis de la mañana, y con acento poco claro, todavía más alemán que español, le pidió a su monaguillo Luis que lo acompañara a la plaza. Tengo curiosidad por ver esas trincheritas, le dijo a Luis. El monaguillo, tratando de proteger a su mentor religioso dijo, y usted padre, ¿por qué quiere ver las trincheras, no le da miedo que aparezca el general Tijerino en ese momento? Imagínese padre, usted en medio de la guerra. No te preocupes amigo Luis, conozco la guerra y las trincheras también. Luis sintió que la voz del padre estaba dictada en tono muy severo y que dentro de su pecho se encendía un gran deseo de participar de la guerra. ¿Ha estado usted en una guerra padre?, preguntó Luis, no solo he estado en una guerra, he vivido en guerra toda mi vida, aseguró el padre.

Antes de llegar a las trincheras, el padre se sentó en una banca cerca de la plaza, allí donde los aficionados se acomodaban a ver los partidos de fútbol. De pequeño viví en la guerra, indicó el sacerdote,

y los sonidos de la muerte me acompañan desde ese mundo de las trincheras donde tuve que servir. La guerra solo sirve para matar a las personas, no solucionan nada y los que menos saben el motivo de la guerra son los que están luchando en el frente de batalla, cayendo muertos como moscas envenenadas. Por eso, querido monaguillo, no he querido ver esas trincheras hasta ahora que siento el deber de instruir a esos muchachos para que las construyan correctamente. Lo hago porque ellos son mi iglesia, son los jóvenes que siempre veo en la misa, y debo ayudarlos, sabes que el general Tijerino es un guerrero difícil de vencer, y si no construyen bien esas trincheras morirán todos. Usted sí que sabe de eso, dijo Luis al padre mientras pateaba un balón que había quedado olvidado en la plaza.

El padre sacó de la sotana un plano, un diseño hecho por él mismo en esos días de guerra, esperaba no tener que usarlo, le dijo a Luis, pero dadas las circunstancias, debo cuidar a mis feligreses. De otro aposento de la sotana sacó una botella de licor clandestino, de ese aguardiente que calienta el alma, puro guaro de cabeza. Sorbió unos cuantos tragos y dio un poco a su monaguillo, se levantó con energía para ayudar a los hombres.

Padrecito ¿cómo está usted? dijeron todos, tenga cuidado porque el general Tijerino pronto llegará y no queremos que le pase nada. No se preocupen queridos amigos, a los que no quiero que les pase nada es a ustedes, por eso vengo a que rediseñen esas trincheras, de lo contrario, el General los va a matar a todos, concluyó el padre. Lolo Calderón dijo no entender lo que el padre decía, no se preocupe, argumentó el sacerdote, salgan y vengan para explicarles el nuevo diseño.

Una trinchera debe estar al frente con unos cuantos hombres, luego se construye otra unos metros atrás y una tercera debe estar al final. Así todos estarán protegiéndose, y si un frente tiene problemas, el que sigue lo auxiliará y todavía está el tercer frente. Las tres trincheras principales deben estar unidas a través de una trinchera transversal que les permita a ustedes comunicarse constantemente, alcanzarse materiales, agua, comida y demás cosas necesarias mientras la batalla se desarrolla, les instruyó el sacerdote.

El padre León tomó una pala y se dedicó a trabajar con sus feligreses, de vez en cuando sorbía un poco de licor y contaba alguna historia sobre la guerra de las trincheras. Allí donde fue soldado y coronel en su juventud, tuvo que tomar decisiones contrarias a sus superiores y tener que ir a juicios militares a demostrar que sus determinaciones eran correctas. Al finalizar el día, el padre regresó a

dar la misa de siete de la noche, era una celebración especial para los hombres compañeros de trincheras en aquel largo día.

Al amanecer, los rebeldes regresaron a la plaza principal a terminar los últimos detalles de la obra, trabajaron todo el día y, antes del anochecer, sin haber podido preparar agua y comestibles para enfrentar la batalla, llegó el general Tijerino con sus tropas.

Al principio todo estaba calmo, no se emitían ruidos de ningún tipo, el General hizo un recorrido a galope con su caballo Calazán y trató de localizar al enemigo, pero los rebeldes estaban escondidos en las trincheras esperando el momento de iniciar la batalla, mas no sabían cuál sería el punto inicial, nunca habían estado en una guerra, mucho menos metidos en una trinchera. Urbinillo Toruño, un atrincherado entró en pánico y quiso correr del lugar, aquel acto hubiera sido peligroso para el grupo, pero un compañero le propinó un culletazo con el rifle y lo durmió por un buen tiempo, cuando despertó la batalla estaba en acción. Urbinillo no tuvo más opción que fajarse contra el enemigo. Tiempo después se encontraría en las cantinas del pueblo fanfarroneando con la batalla de las trincheras, pero cuando le preguntan por Lolo Calderón se entristece, pide una copa de licor y dice, ese sí que era valiente, por eso murió.

El remordimiento le viene a la memoria ya que el joven Lolo salió de la trinchera a buscar agua para que Urbinillo no muriera de sed. El día anterior a la batalla se había tomado algunos tragos de más y las muchas horas de lucha lo tenían deshidratado. Había caído al suelo exhausto pidiendo un poco de agua, su compañero salió a buscarla en un momento que se esperaba que nada debía pasar, pero la guerra es así, se muere en los momentos menos triviales.;

## **Contador de historias**

Para entretener a las tropas y darles valor, Tijerino contó la historia de su amigo Farabundo Martí. Al inicio los bananeros no sabían quién era Martí. El General fue sencillo en la narración para que los hombres, que de letras y revolución no sabían nada, pudieran entender al héroe centroamericano.

Yo creo que el pueblo salvadoreño un día se levantará bajo el sombrero de Farabundo Martí, inició diciendo, y peleará por su libertad. Nadie le había preguntado nada sobre Farabundo, simplemente era un tema que le quemaba el pecho y quería contar la historia de su amigo salvadoreño. Tijerino levantó su cabeza y dijo con fuerza,

a Farabundo Martí le decíamos el Negro, era el sobrenombre que le teníamos por cariño y protección, su nombre real ya era muy conocido entre los grupos represores de Centroamérica. Se unió al ejército de Sandino después de haber hecho una gira a Nueva York y México, donde conoció un poco más de la revolución de Emiliano Zapata. Era un hombre inteligente, valiente y sagaz.

El Negro estaba tan convencido de todas las luchas populares que no dudó en integrarse al ejército de hombres libres de Sandino, y pelear como los más valientes. En un tiempo muy rápido el general Sandino lo nombró coronel, secretario privado y miembro del estado mayor. No cabe duda que era uno de los grandes, uno de nosotros, aseguró. Un día que los yanquis mandaron sus aviones a combatirnos, Farabundo se subió a un árbol y desde allí disparó, logró impactar a uno de los aparatos y todos escuchamos el golpe cuando el avión explotó quemándose al instante. El Negro, eufórico gritaba, lo que no se puede con la pluma hay que lograrlo con los rifles. Desde las ramas del árbol se escuchaban sus risas y gritos de alegría, el resto de los aviones dieron un giro por la hondonada y regresaron a su base militar en Managua.

Una noche el general Sandino le pidió que nos hablara de socialismo, yo no entendía mucho del tema cuando hablaba en palabras finas, sin embargo, el Negro sabía comunicarse con las personas más sencillas, estaba acostumbrado a tratar esos temas con su pueblo, así que convertía aquel tema difícil en palabras fáciles y entendibles. Yo le decía entonces, Farabundo, ¿estás hablando de lo mismo que hacemos todos los días, luchar en favor del pueblo, pelear los derechos de los trabajadores, tratar de volar a los dictadores, eso es lo que dices?, sí Tijerino, estamos hablando de lo mismo, aclaraba.

El Negro era hombre estudioso y había participado de muchas cosas importantes, estuvo en México conociendo los logros de la revolución de Zapata, en Nueva York conociendo al imperialismo desde las entrañas, como diría el gran José Martí. No eran familia, aclaró, ese Martí era un cubano muy famoso en todo el mundo. Tijerino hizo una pausa para pensar si esos dos, Farabundo y José Martí eran o no familia, a lo mejor, terminó diciendo, a lo mejor sí eran familia, sino, por qué tanta casualidad que los dos fueran revolucionarios y hombres de letras.

El General hizo una larga pausa y suspiró con tristeza, bajó su cabeza y, mira que desgracia, dijo, al Negro Farabundo lo mataron dos años antes que al General de Hombres Libres. En El Salvador, una dictadura atroz apoyada por los yanquis y los ingleses vino

finalmente a terminar con la vida del Negro Farabundo y 30.000 personas más, casi todas indígenas y agricultores. Ese mal episodio inició en la Navidad de 1931 y finalizó en febrero del 32 con el fusilamiento de Farabundo. El pueblo, apoyado por el Negro, se organizó para arremeter contra el dictador, pero ese maldito sabueso era peor que todos, debía rendir cuentas a sus aliados yanquis e ingleses que lo apoyaban con buques de guerra anclados en la costa Pacífica. Primero capturaron al Negro y a otros dirigentes, luego se dedicaron a masacrar al pueblo.

Tijerino recordó un telegrama que el dictador salvadoreño de aquel momento había enviado a sus aliados: “En saludo a honorables comandantes declaramos situación absolutamente dominada por las fuerzas del gobierno de El Salvador. Garantizadas las vidas y propiedades de los ciudadanos extranjeros, siempre respetuosos de las leyes de la República. La paz está establecida en El Salvador. Ofensiva comunista desechada, sus formidables núcleos dispersos. Hasta hoy cuarto día de operaciones están liquidados cuatro mil ochocientos comunistas”. Pero en realidad no eran cuatro mil ochocientos, algunos dicen que eran unas treinta y dos mil personas asesinadas, concluyó el General.

## **La batalla**

A los hombres de las trincheras se les acabó el tiempo y solo pudieron acomodarse en los zanjos, distribuirse las armas y municiones que tenían con ellos. Sorprendidos por las tropas del General se dieron los primeros enfrentamientos que duraron hasta el amanecer. Los soldados del General pasaban en grupos disparando contra las trincheras, y los 38 hombres apostados en los zanjos se defendían y mataban bananeros. Por los cerros las ametralladoras martillaban constantemente contra las tropas del General. Nuestro objetivo principal, gritaba Tijerino, es sacar a esos hombres de las trincheras. El polvo de marzo era denso cuando las tropas se deslizaban alrededor de la plaza disparando contra los rebeldes atrincherados y el General pasaba en su potro Calazán como un fantasma de orilla a orilla del pueblo dando instrucciones a sus soldados. Tenemos controlado el pueblo, les gritaba, solo hay que sacar a los hombres de las trincheras y el resto será fácil. En algunos momentos la batalla se amainaba y los hombres de ambos bandos podían descansar un poco y tomar fuerzas para continuar.

En uno de esos espacios el General fue a visitar al Indio Godoy. Era el coronel de guerra que los rebeldes habían traído de Honduras. Se encontraba herido en el hospital del pueblo, que a esas alturas estaba en control del general Tijerino. El Indio Godoy lo vio entrar por la puerta principal del edificio y lo miró fijo a sus ojos. Aquí estoy Tijerino, le indicó Godoy en tono desafiante, puedes matarme, estoy en tus manos y no puedo defenderme. Amigo Godoy, yo no mato a gente indefensa, ya sabes mis reglas, indicó Tijerino. ¿Entonces a qué vienes, qué quieres conmigo?, inquirió Godoy. Solo quiero que pidas a los hombres de las trincheras que salgan y se entreguen, tenemos al pueblo controlado y esos hombres morirán. Entiendo lo que dices Tijerina, me conoces suficiente para saber que no voy a rendir a nadie, mientras haya uno que dispare no habrá rendición. Entonces morirán, indicó Tijerino. Si mueren será luchando, gritó Godoy. Pero una cosa Tijerino, nadie muere antes de tiempo y nadie se muere hasta que se muera, anda que mis hombres saben pelear y están esperándote, todavía no ha muerto un solo hombre en esas trincheras, y los tuyos han caído como moscas en el polvazal.

El Indio Godoy, que estaba disparando una ametralladora desde el alto del cementerio, como a unos setecientos metros de las trincheras, había sido sorprendido por un soldado de Tijerino. El soldado le disparó a quemarropa y la bala lo impactó por un costado. Godoy cayó herido y viendo que no tenía opción de liberarse se quedó en el suelo y simuló estar muerto. Era un truco muy conocido por los hombres de guerra, la inocencia del bananero hizo que tratara de corroborar la muerte del Indio. Este, con audacia y experiencia, sacó un pequeño machete que siempre cargaba y cortó al soldado en varias partes. La cabeza rodó por el camino del cementerio que es una gran pendiente que termina en la plaza principal donde estaban las trincheras. Godoy se arrastró con dificultad hasta llegar a donde estaba el coronel Ramírez que lo llevó al hospital, allí lo internaron por unos días mientras la guerra continuaba su curso.

Un día después de estar en curación, el hospital cayó en poder de Tijerino, y se creyó que todos los enemigos de guerra serían asesinados por el General. Pero Tijerino nunca irrespetó a sus prisioneros, los cuidaba igual que a sus propios soldados.



## Entre amigas

El General aprovechó el paso por el hospital para preguntar por Adelaida, se dirigió a una enfermera llamada Elia Zúñiga. Igual que Adelaida, Elia había perdido a su marido siendo muy joven, el esposo acostumbraba ir a los ríos a matar peces con dinamita. Un día infortunado una dinamita le explotó en las manos y lo mató al instante. Los restos del hombre fueron traídos a su casa en una carreta tirada por bueyes, y Elia lloró durante dos días seguidos, luego debió pensar en sus hijos. Tenía cuatro niños pequeños, dos varones y dos mujeres, y tuvo que dedicarse a trabajar en el campo para alimentarlos. El menor sufrió un trauma de por vida, caminaba por las calles viendo el horizonte y maldiciendo no se sabe que; el día de su muerte, cumplidos los ochenta años de edad, por última vez dijo su frase preferida: *malditos sean todos por los siglos de los siglos amen*; y un murciélago negro pasó por su cama a las once de la mañana, el hombre exhaló su último suspiro y quedó mirando la ruta del inocente volador.

Elia, jornaleando en una zafra de caña de azúcar había conocido a Adelaida. Fue en una finca que se ubicaba en las alturas de San Isidro, en un lugar llamado Pavones. Allí trabajaron juntas durante varias temporadas y se hicieron amigas entrañables. Tijerino tenía la esperanza de que Elia le diera información sobre Adelaida, pero las amigas se protegen unas a otras. La dama no sabía las intenciones de Tijerino, no estaba segura de si aquella información podría causarle daño a su amiga. Las guerras son muy confusas, así que le dijo al General que tenía algunos meses de no saber de Adelaida, el General no le creyó, insistió un poco más, pero la enfermera, que tenía un carácter a flor de piel, tomó unas tijeras y se las puso en el cuello a Tijerino, si continuas insistiendo te desangro, le dijo en tono severo. El General con serenidad le pidió disculpas a la dama, alzó su mano derecha y apartó las tijeras tratando de no parecer grosero. Elia salió enfurecida para la cocina a tomar un poco de agua, una compañera la increpó y le aseguró que si aquel hombre fuera diferente la habría liquidado en el lugar, Elia bufó haciendo creer que había intimidado al General.

Tijerino salió del hospital y corrió en su caballo Calazán directo a la batalla, iba pensando en lo difícil que se estaba poniendo la guerra. Dijo para sí mismo, esos hombres saben pelear y no puedo sacarlos de las trincheras, habrá que seguir intentándolo, pero las ametralladoras en lo alto están haciendo daño a mis soldados, debo intentarlo un poco más, y si no resulta hay que retirarse.

La sombra de Calazán se filtraba entre la polvareda, entre disparos que se cruzaban de soldado a soldado, y el General oculto entre el costado del caballo pasaba invisible ante los enemigos. Este General es un fantasma, decían los atrincherados, ha pasado muchas veces de un lado a otro y solo una nube de polvo se logra ver. A las cuatro de la tarde del segundo día de batalla la sed se estaba comiendo a los hombres en las trincheras, especialmente a Urbinillo Toruño que yacía tendido en el suelo. Entrada la noche, la batalla dio un giro de tranquilidad y Lolo Calderón salió con un balde a buscar agua de un estañón que estaba como a unos veinte metros. salió sigiloso, atrevido y valiente como se le conocía, se deslizó entre unas palmeras y metió su cabeza en el estañón de agua, tomó hasta saciarse y luego llenó el balde que llevaría a sus compañeros. Iba de regreso y todo en silencio parecía ser bueno, de repente, desde lo alto de una palmera se escuchó un disparo, un solo disparo, y el soldado cayó encima del agua. Trató de incorporarse, pero las tropas reiniciaron la batalla; allí murió acribillado.

La batalla continuó por un día más. Abatidos por la sed y el hambre, los hombres de las trincheras se mantuvieron peleando, de todas formas, es lo único que podemos hacer, se decían, si salimos nos matan, así que por la patria hasta el final; se dieron ánimo y continuaron.

Las ametralladoras desde el Alto de Alonso y la loma del cementerio municipal continuaban disparando ráfagas de balas que amainaban a las tropas de Tijerino. El coronel Ramírez era el encargado de ordenar y orientar el trabajo de los rebeldes que disparaban las máquinas de guerra, en ese oficio era un experto. El Indio Godoy, que anteriormente disparaba la ametralladora desde el cementerio, había sido herido causando una baja sensible para los rebeldes. Por eso, el coronel Ramírez tuvo que instruir a otro soldado para que ocupara ese puesto, era una mujer joven y valiente de origen bribri.

## Mujer de vida

Luisa Mora Ulloa era una indígena Bribri que había crecido en el valle de San Isidro, consecuencia de uno de esos viajes que su tribu hacía hasta los bosques del Darién. Los bribris bajaban de la cordillera en tiempo de verano y cruzaban el pueblo de San Isidro. En la plaza acampaban un par de días para recuperar fuerzas, y luego continuaban bordeando los principales ríos de la región. Cuando llegaban al río Térraba, navegable en todo su trayecto, construían

algunos bongos y aprovechaban la corriente para viajar con rapidez hasta el valle del Diquís, lugar donde acampaban junto a su pueblo amigo, los borucas.

En una de esas travesías, una niña de tres años resbaló y cayó en la corriente del río, era un pasaje difícil y los bongueros no pudieron controlar los movimientos bruscos. Buscaron a la niña corriente abajo y no la encontraron, resignados siguieron la ruta. El episodio triste pasó y un mes después un indígena pescador llamado Cantú, vecino de los pueblos de la Bonga, apareció con la niña, la llevaba de la mano y la entregó a una familia de apellidos Mora Ulloa que vivía cerca del río. El indio Cantú, en su idioma, explicó que él no podía cuidar a la pequeña. Era un pescador que tenía miles de años viviendo oculto en la corriente del río Térraba, buscando alimento para su familia. Trino Mora, el padre de aquella familia, tomó a la niña y la cuidó.

Trino Mora y su familia, incluyendo a Luisa, se trasladaron para el pueblo de San Isidro donde le ofrecieron trabajar como policía. Luisa nunca se acostumbró a vivir en un pueblo sin bosque. Para suplir la necesidad de sentir la montaña, a la que estaba acostumbrada en sus primeros años de vida, salía por las mañanas y caminaba algunos kilómetros hasta llegar a un bosque en las faldas de la cordillera. Era en el momento que debía asistir a la escuela, pero la niña pocas veces llegaba a recibir la instrucción enviada por el gobierno. Se iba a la montaña y regresaba al atardecer.

Un día su mamá enfermó de un dolor de estómago intenso, y Luisa rebuscó entre sus pertenencias unas hierbas que había recolectado en lo más profundo del bosque. Cuando el médico del pueblo dijo no tener cura para la señora, Luisa tomó las hierbas, hizo un brebaje y se lo dio a tomar, repetía la dosis tres veces al día, hasta que la señora, de nombre Gertrudis Ulloa, sintió que su estómago se revolvía tormentosamente y comenzó a vomitar como envenenada. Trino Mora dejó el puesto policial y regresó asustado a su casa, cuando vio lo sucedido se enfadó con la niña, pero ella en tono sereno le explicó que era necesario que su madre vomitara. Líquidos amarillos salieron del vientre de la señora hasta que se desmayó. Luego, Luisa le dio a tomar agua limpia que recogía en algún arroyuelo oculto en el bosque, la traía en una botella cristalina que se usaba para depositar leche. Es la última medicina, le dijo a su madre, después de tomar la mitad del líquido la señora se incorporó y poco a poco se fue integrando a las faenas de siempre.

Las personas del pueblo le fueron tomando confianza a la niña curandera y desfilaban por su casa en busca de medicinas para curaciones varias. Luisa tuvo que poner un consultorio en una habitación de su casa para recibir a sus pacientes. El doctor del pueblo, un eterno anciano de apellido Dezfernandi, llegado de España con un grupo de judíos sefarditas, quiso impedir que Luisa curara con aquellas medicinas extrañas. Trató de involucrarla en temas de brujería y mañas indígenas, pero el padre León, muy allegado a los indígenas, aseguró que aquellas curaciones no tenían nada de brujería, que él mismo había sido sanado por la joven Luisa un lunes que amaneció con migraña. Las afirmaciones del padre fueron dichas en la misa del domingo, así que, lo que el médico trató de hacer no tuvo aceptación. Trino Mora, aprovechando su poder de policía rural, metió al médico a la cárcel por falso testimonio.

Luisa, aprovechando que su padre tenía armas de fuego en su casa, con frecuencia llevaba alguna a los bosques, donde practicaba al tiro con tranquilidad.

Un día el coronel Ramírez se retiró a la montaña para entrenar a un grupo de hombres para la guerra. Cuando vio a Luisa, el militar se sorprendió y quiso arrestarla pensando que podía delatar su práctica rebelde. Luisa tomó el rifle y apuntó a Ramírez directo a sus ojos, si intentas hacerme daño te mato, le indicó. Ramírez tomó a la ligera la amenaza y caminó hacia ella, Luisa disparó a su cabeza y le botó el sombrero, la próxima bala te la pongo en el pecho, le aseguró. Ramírez, entendido en el tema militar, la persuadió asegurándole que no corría peligro, al contrario, ella podría unirse a las fuerzas rebeldes.

Luisa no estaba interesada en unirse a los rebeldes. Si me necesitan para algo especial me encontrarán en mi casa, dijo. Para esos días, y por la circunstancia de ser empleado del gobierno, Trino renunció a su trabajo de policía, así su familia no correría peligro en tiempos de guerra. Pero el día que el Indio Godoy cayó herido, el coronel Ramírez fue a suplicarle a Luisa que le ayudara con la ametralladora que estaba instalada en la loma del cementerio. Trino Mora creyó que estaba soñando cuando el militar le explicó que Luisa era la única persona a la que confiaría la máquina militar.

Después de la guerra, Luisa siguió curando a las personas de San Isidro, iban donde ella antes que asistir al hospital que no gozaba de buena reputación, y menos al consultorio del médico Dezfernandi que recetaba pastillas vencidas. Por su condición de curandera vivió 160 años. Cuando se sentía enferma se aplicaba alguna medicina y seguía viviendo, se asistía sola en el nacimiento de sus hijos, y nunca tuvo

ningún contratiempo. Un día tuvo que morir, no se sentía enferma pero decidió que era el momento de terminar su pasantía por esta tierra, se fue a la cama, tomó algunas hierbas y se durmió. Solo que la muerte de Luisa no podía ser una decisión propia, los pobladores que habían disfrutado de sus curaciones la revivieron con velas y oraciones que le llevan a su morada, cada uno en la fecha que recibió el beneficio.

## **Tijerino libera prisioneros**

Las ametralladoras continuaban disparando desde lo alto, cruzando fuego con los soldados del general Tijerino, esto iba desgastando a las tropas bananeras que ya sentían el peso de las pérdidas. El General dio un último vistazo al panorama, pasó protegido por el polvo que revoloteaba su caballo Calazán. Sintió temor por primera vez, regresó y sonó un clarín de notas agudas y estridentes. Los soldados les prendieron fuego a todas las casas del lado este de las trincheras, el humo denso cubrió el cielo y las tropas bananeras se deslizaron por debajo de aquella bóveda oscura y apocalíptica.

Salieron rumbo al sur. Al pasar por el río, Tijerino se acercó a unos prisioneros de guerra y con el machete cortó sus amarras, corran río arriba, les dijo apresurado, nadie les hará daño. Los prisioneros corrieron sin mirar atrás, solo esperaban oír los disparos acabando con sus vidas, pero el General no era de esos guerreros que disparaban por la espalda.

Ismael Gamboa era uno de ellos, estaba amarrado de un árbol de sota caballo, a orillas del río San Isidro. Cuando vio al General acercarse sintió que su vida corría peligro. Había sido tomado como prisionero en la faralla, aquel lugar inhóspito que Adelaida le había recomendado como tránsito a Tijerino. Era parte de un contingente enviado a detener al General y a sus tropas antes de que llegaran a San Isidro. La aventura fue corta, unos minutos de lucha y el General los tenía vencidos. Sus compañeros murieron en batalla, pero Ismael sobrevivió sin daño alguno. En plena batalla resbaló por la escabrosa faralla y lo detuvo una enorme roca cubierta de musgo. Allí lo apresaron ileso, lo sacaron del abismo y lo amarraron, uno de los soldados tomó un machete para cortar su cabeza, pero el General aprovechó la oportunidad para instruir a sus soldados en temas de humanidad, a un prisionero no se le hace daño, dijo.

Ismael era grande y fuerte, su espalda parecía la de un buey gordo y sus músculos sobresalían como los de un búfalo de agua.

El prisionero nos ayudará a llevar la carga, dijo el General a sus soldados. Ismael tuvo que cargar un saco lleno de municiones desde la faralla hasta San Isidro. Esto significó caminar por entre montañas unos 20 kilómetros cargando un bulto de 50 kilos. Llegó con la carga sin sofocarse, luego fue amarrado a una rama de un árbol en el río. Los soldados no podían creer que un hombre tuviera tanta fuerza.

Cuando el general Tijerino cortó sus amarras, Ismael corrió río arriba, volteaba su mirada cada cinco metros, imaginaba a su enemigo disparando a su cabeza y luego cortando su cuello, era la segunda vez que Tijerino salvaba su vida. Corrió y corrió sin parar, se internó en las montañas de Talamanca y no salió durante 50 años.

Un día lo encontraron lleno de pelo y sin ropa. Unos guardas del parque Chirripó que iban a cuidar las montañas lo vieron detrás de un árbol gigante, trataba de esconderse en las gambas de un roble negro. Los jóvenes no pudieron evadir la curiosidad de averiguar qué era aquella figura extraña con el cuerpo lleno de pelo, parecía un saíno gigante. Ismael no pudo correr cuando vio a los hombres, estaba viejo y débil. No me maten, suplicó, su voz poco articulada dejaba claro lo que quería expresar, sentía aún la necesidad de vivir. Preguntó sobre la guerra, los hombres que pertenecían a una generación sin guerra no entendieron la pregunta. Ellos solo sabían defender los bosques para que los mineros no los destruyeran. No sabemos de la guerra, contestaron.

Ismael les contó que en el bosque había gigantes, tengan cuidado con ellos, argumentó el anciano, son hombres más altos que los árboles y pasan por estas tierras en tiempo de verano. Para los jóvenes era difícil entender la historia de los gigantes. Ismael había leído estas historias en un libro religioso escrito por el santo Enoc, patriarca que vivió antes del diluvio y que era hijo de Jared. Enoc, para proteger los escritos y hacerlos llegar hasta la generación de Ismael Gamboa, los encomendó a su hijo Matusalén, un varón que viviría más que todos los hombres y las mujeres de la tierra, 969 años. El libro, que no estaba integrado a la biblia, relataba la aparición de gigantes nacidos de los ángeles que habían abandonado el mandato del Señor como guardianes de la tierra, y que se habían unido carnalmente a las mujeres descendientes de Caín.

El primer ángel andaba caminando por la tierra, sólido en sus convicciones y dedicado al mandato del Señor cuidaría la esfera terrestre apegado a la instrucción divina. Frecuentemente una voz oscura, con tesitura de bajo profundo resonaba desde las nubes indicándole alguna tarea: debes ir al norte, allí hay pecadores profanando

la tierra, o ´por el contrario, dirígete al sur, al oeste o al este. El ángel obediente seguía la instrucción y caminaba en la dirección indicada. Un día recibió la orden de hacer giras extensas, tuvo que viajar a África primero. Fue ahí donde el enviado del Señor cayó en gracia al ver a una mujer insoportablemente bella, su pelo negro se deslizaba por la espalda balanceándose entre sus caderas, ojos negros como el ébano, un caminar cadencioso y rítmico le indicaba al ángel guardián que no debía abandonar aquella tierra.

La piel oscura de la dama se diluía con el color esmeralda de los ojos del ángel, que como un felino miraba profundamente a su amada. Su piel canela y tersa, heredada de las primeras madres de la humanidad en el valle del Rift, cautivaba los ojos del ángel, indiscutiblemente. El guardián de Dios, extasiado dijo frases nuevas, es bella como el sol, es bella como la luna, es bella como el cielo, es bella como una diosa. Pero en ese momento recordó que nunca había visto a una diosa ni a un dios, su rostro se enrojeció por la duda y miró hacia arriba, ¿de dónde vendrá la voz que me habla?, se preguntó.

La mujer siguió mirándolo, y el ángel se acercó un poco, quería corroborar si aquella imagen era real. Un frío extraño recorrió su cuerpo cuando sintió el olor de aquella maravillosa mujer, aroma de flores de sabana, a incienso de espino, a sonido silvestre, a naturaleza, olor a perfume de mujer. Tocó su pelo con suavidad y la dama lo alejó con dulzura, debes hablar con mi padre, dijo con voz sensual y liviana.

A un lado del camino estaba él, era el hermano de Abel que había sido destinado a caminar por la tierra sin rumbo. Pero Caín, contestatario como siempre, no quiso caminar sin rumbo, eligió quedarse en cada comunidad suficiente tiempo para disfrutar de la vida, de la gente y de las mujeres bellas que en toda tierra se encuentran. Caín aceptó que el ángel fuera esposo de su hija, únicamente debes mantener las costumbres de los terrestres, le indicó. Al carajo con esas ideas angelicales que te impusieron, no hay ningún cielo en lo alto, el cielo es esta tierra, entre los bosques, los ríos, las sabanas, la gente con colores diferentes, entre los miles de idiomas que suenan al mismo tiempo, y la música que llega por los valles.

El ángel no dudó en aceptar las condiciones impuestas por Caín, y se quedó viviendo en África. La noticia llegó rápidamente a otras legiones de ángeles guardianes, y la desobediencia se hizo común, ni siquiera miraban al cielo para ver si aparecía alguna señal de repudio por parte de su dios. Corrieron por toda la tierra buscando a las hijas de Caín con promesas de amor eterno. Las mujeres descendientes de Caín eran bellas como el sol al amanecer, eran producto de una

hibridación única entre los humanos. Tenían la genética de las diferentes razas que Caín encontraba en las regiones que visitaba, y también se resaltaba en ellas las virtudes físicas de su padre, hijo de Eva y Adán, pareja extraordinariamente bella por ser los primogénitos de Dios; incesto no declarado que mostraría sus efectos en la cuarta generación produciendo hombres gigantes.

Dios dejó de enviar ángeles a la tierra, sabía que con las hijas de Caín su misión había fracasado, únicamente en ocasiones especiales enviaba a uno o dos de ellos con instrucciones específicas y luego los destruía en el acto, tal fue el caso de los ángeles que murieron quemados en Sodoma y Gomorra.

Ismael aseguró haber visto a una legión de esos gigantes desfilar por los bosques, eran más altos que los árboles, decía, pero no atacaban a los humanos. En el pueblo consideraban que Ismael estaba loco por vivir en los bosques, y que los gigantes a los que hacía referencia eran los mismos árboles que en su parte superior parecen humanos por la figura que forman sus ramas. Otros creyeron que se trataba de las nubes que eventualmente forman figuras extrañas en lo alto, y que el anciano por escasez de vista las confundía con gigantes. Entonces lo llevaron donde el sacerdote Thiel para que lo ungiera con agua vendida.

Fue en ese momento que lo dicho por el anciano tomó validez. El sacerdote Thiel aseguró haber perdido el libro de Enoc en una de sus giras y que lo dicho por el ermitaño era totalmente cierto. Resaltó que el mundo estaba lleno de gigantes descendientes de aquellos ángeles perversos y mujeres putas hijas de Caín, y que la ruta de la cordillera de Talamanca era usada por esas criaturas para viajar hasta el sur de la Patagonia. El sacerdote había tenido acceso al libro de Enoc en virtud de haber sido colaborador en una biblioteca del seminario sacerdotal de Frankfurt, pues fue en ese lugar donde se realizó la primera traducción del libro prohibido de Enoc a un idioma moderno, el alemán. Aprobado el relato de Ismael, otros hombres de la comunidad de San Isidro se animaron a declarar el avistamiento de gigantes, yo los vi una mañana cuando iba a recoger las vacas de ordeño, dijo uno de ellos, y yo recuerdo de niño haberlos visto caminar hacia el sur, aseguró otro anciano que siempre asistía a la misa.

A Ismael lo cuidaron con esmero después de contar aquellas historias sagradas, le apartaron un asiento especial en la misa del domingo por haber sido uno de los hombres que compartía experiencias divinas con el santo Enoc, a quien Dios le había encomendado misiones especiales para salvar al mundo. Ya Enoc había salvado a



Noé y a su descendencia cuando los orientó en la construcción de la barca para salvarse del diluvio. También había dado muestras de santidad al tener a un hijo eterno llamado Matusalén.

El libro que había escrito fue excluido de la Biblia porque el papa Gregorio consideraba que debía haber mejores formas de convencer a los humanos para que no abandonaran las órdenes del Señor. La historia de gigantes descrita por Enoc podría más bien hacer sucumbir a los hombres en el pecado, ya que muchos de ellos correrían en busca de las hijas de Caín hibridadas con mujeres chinas, africanas, árabes, hindúes, costarricenses, indígenas, vikingas... En su lugar el Papa ordenó integrar a la Santa Biblia otros tormentos como el infierno, el purgatorio y el limbo, hasta que llegó otro Papa y cambió estas veleidades por asuntos más impactantes como el comunismo y la Teología de la Liberación.

Descubierto el enigma de los gigantes, estos no pudieron seguir viajando por la cordillera. Cada verano que cruzaban, más y más personas se acercaban para verlos y hacerles preguntas; querían saber todo sobre las experiencias de aquellos hombres viajeros y de noble carácter. Un día, el más grande de ellos pidió a los visitantes que lo escucharan y comenzó a descifrar algunas historias que consideraba perjudiciales para su familia. Aseguró que su abuelo Caín no había sido un delincuente, que la historia de la muerte de Abel no era tan cierta como la narraban las biblias escritas por los romanos. Caín nunca mató a su hermano, dijo el gigante, ellos eran hermanos que se adoraban, pero Dios ocupaba gobernar el mundo bajo la premisa del bien y el mal. Por eso sacrificó al joven Abel enviando un rayo fulminante que lo partió en dos partes. ¿Lo de la quijada de burro? preguntó un generaleño. El gigante, con algo de sarcasmo explicó, no existían los burros en esa época, fue después de esa historia que comenzaron a nacer.

El gigante aseguró que aquella sería la última aparición de su familia en forma humana, se quedarían viviendo en la cordillera de Talamanca como testigos de haber cumplido la misión de liberar al patriarca Caín. Había unas cinco mil personas en aquella reunión, el gigante tomó un pan y un pescado que cargaba en su mochila y alimentó a la población. Repartía comida sin que se acabara, y los panes y el pescado seguían multiplicándose, hasta que de un momento a otro dijo, ahora descansaremos en paz. Se acostaron uno a uno en la cordillera, primero el más grande, de nombre Melquisedec, luego los otros.

Con el tiempo los gigantes se fueron llenando de musgo y tierra rocosa, y sus figuras fueron tomando formas de grandes cerros sentados en lo más alto de la cordillera. Se ubicaron en lugares visibles para seguir compartiendo con la población de San Isidro. En tardes de verano, cuando el sol ilumina esas grandes figuras, las familias salen al patio de sus casas a compartir con los descendientes de Caín. Se inspiran y dicen una frase muy conocida, cuántas cosas bellas hay en la tierra para disfrutar, quién va a querer otro paraíso.

## La Trocha

El general Tijerino y sus hombres corrieron por la trocha del sur, esperaban llegar a las bananeras a organizarse y regresar de nuevo a San Isidro a cumplir con su objetivo. Al nuevo ejército le llamarían la Columna de la victoria, de todos modos, perder una batalla no es perder la guerra, les decía a los soldados. A su paso, el hambre y la sed seguían acosándolos, pasaron a la finca de Gabriel Calderón, y en el trapiche encontraron dulce, agua y miel. El señor Calderón se sorprendió al verlos, trató de tomar el rifle para disparar, pero el General lo interceptó con su caballo y lo saludó, buenas noches señor, lo único que necesitamos es comer y beber agua, nadie le hará daño, soy el general Tijerino, mis hombres te respetarán. Gabriel Calderón, más tranquilo, les regaló algunas gallinas y un cerdo que en el mismo trapiche cocinaron aquella noche.

Al amanecer continuaron el viaje rumbo al sur, iban despacio por una ruta a la que llamaban la Trocha. Como a las ocho de la mañana, en una vuelta del camino frente a una pulpería de pueblo, un par de hombres salieron al paso y dispararon, el General no iba pensando en disparos, aquel no era su día glorioso.

## Yo maté a Tijerino

La noticia se corrió al instante, y de los montes salían las personas a ver al General tirado en la calle. Allí mismo, un hombre llamado Bartolo Morales Sandí dijo haber sido el matador del General, su frente delataba una herida significativa y la sangre se derramaba por

la comisura de los labios. Muchos vecinos comenzaron a escuchar al hombre con la historia que lo eternizaría, pero Picocha, un tipo astuto e irrespetuoso, se le acercó y notó que Bartolo Morales tenía incrustada en su rostro una especie de hilacha de caña blanca, una planta fibrosa que crece cerca de los ríos y por las orillas del camino. Picocha se acercó a Bartolo y con delicadeza retiró la hilacha de caña blanca, lo demás fue burla y molestia para el matador, sobrenombre que cargaría en adelante.

Esa herida se la hizo cuando salió corriendo por el cañablancal, le dijeron los vecinos, no seas fanfarrón. Bartolo se deslizó por los potreros y no se le vio en público durante muchos años, cruzó los montes y subió por las márgenes del río Quizarrá hasta llegar a la finca de un científico naturalista llamado Alexander Skutch. En el lugar solicitó trabajo para chapear los potreros que estaban enmontados. Skutch le aclaró que esos potreros estaban en conservación. ¿Cuánto tiempo tardará el bosque en crecer?, preguntó Bartolo, no lo sé, argumentó Skutch, pero llegará el día en que ese potrero se convertirá en bosque. No lo verás, sentenció Bartolo. Pero las aves y los animales sí lo verán, es para ellos, terminó argumentando el científico. Bartolo Morales Sandí entendió que no tenía espacio en la finca del científico, por eso siguió caminando por las márgenes del río Quizarrá hasta llegar a lo alto de la cordillera, donde se alimentaba cazando animales, bebiendo miel silvestre y agua cristalina de los manantiales que más adelante forman el río donde estaba amarrado Ismael.

## Un trovador

Los soldados bananeros, después de la muerte de su General, se dispersaron por los montes en pequeños grupos, iban desorientados tratando de continuar su ruta hacia el sur. Estaban nerviosos por la muerte de Tijerino, y disparaban a cualquier persona que aparecía a su paso. Al llegar a una laguna enorme, oculta por un bosque, una pareja de amantes apareció a su paso, no eran soldados ni cargaban armas de fuego, pero eso no lo sabían los guerreros. Dispararon alocados matando a la dama.

Los amantes acostumbraban ir a esa laguna a ver las garzas que por millares se reunían a dormir en los árboles de sotocaballo. El joven amante quedó ileso, algunos perdigones en su rostro no lograron impactarlo de muerte. La tristeza se acumuló en el joven que lloraba sin consuelo día y noche. Un día tomó la guitarra y se puso a

cantar canciones en honor a su amada. Se iba a la laguna a componer canciones llenas de alegría y tristeza al mismo tiempo. Decía que las garzas en la laguna lo hacían recordar amargamente, y que mirando las garzas tenía recuerdos de ella, de la tersura de su cara, del perfume de su piel.

Después de muchos años, la gente del pueblo se iba con él, miraban las garzas llegar en bandadas, blancas como el amor que sentía por su amada. Cataban juntos la misma canción, “las garzas a la laguna todas han llegado ya / toditas han regresado, pero tú no volverás”. El trovador pasó su vida cantando en honor a su amada, lo llevaron a otros continentes a cantar su canción preferida, y otras que al paso iba componiendo. Cuando murió dejó al pueblo lleno de melodías, y por las noches y días de fiesta se escucha a los niños, hombres y mujeres cantar sus tonadas. Todos quieren tener un amor eterno como el trovador, pero no todos encuentran una laguna florida, esperando garzas al atardecer que vuelan en bandadas para celebrar la vida.

## **La gloria del General**

Más de trescientos muertos ardían en una fogata común, el olor de la carne chamuscada se filtraba por los cerros. A los pueblos lejanos llegaba ese olor nauseabundo, olor inmundito de muerto quemado. Allí estaba también Lolo Calderón, el único muerto de las trincheras por salir a dar agua a sus compañeros. Por la tarde decenas de hombres llegaron a la plaza, al mismo lugar de las trincheras, yo maté a Tijerino, gritaban en conjunto. Todos querían ser los héroes de la muerte del General, algunos nunca habían disparado un rifle, pero la guerra es así, quieren ser héroes los que nunca han luchado. El coronel Ramírez se acercó a la muchedumbre y los alejó tratándolos de oportunistas y mediocres, nadie puede jactarse de haber matado a un hombre así, estos hombres no deberían morir. El mismo Ramírez ordenó realizar honras fúnebres al General, como las merece un militar honesto, dijo. Les comunicó a sus subalternos, este general no será quemado como los otros hombres, llamen al padre León para que realice los oficios religiosos.

El padre León estaba en la cantina tomando su ración de aguardiente, ya había previsto irse para Talamanca a vivir con los bribis. Cuando el monaguillo llegó con la orden del coronel Ramírez, el padre se abasteció de suficiente aguardiente y se despidió del

cantinero. Hoy es el último día que estoy por aquí, advirtió con sequedad, me iré a donde no haya ruido de guerra. Con agilidad de felino estiró sus brazos y alcanzó a colgarse de una madera en el techo de la cantina, se abalanzó unas cuantas veces y luego argumentó que debía estirar sus músculos para caminar una larga jornada hasta Talamanca.

Caminó de mal humor a cumplir la orden del Coronel, llegó al cementerio municipal y el coronel Ramírez se acercó a saludarlo y a explicarle sobre el oficio que debía realizar, ya sé lo que debo hacer, dijo el prelado, y es la última vez que lo haré. Sacó su Biblia de la mochila e inició la homilía en honor al general Tijerino. Terminada su misión, el padre puso la Biblia encima del púlpito y dijo sus ya conocidas palabras, la guerra y la muerte me persiguen desde las trincheras, guerras que sólo sirven para producir muertos que no saben porque mueren. Un hombre de baja estatura se acercó a saludarlo y a pedirle que se uniera al ejército, era el líder de los rebeldes que intentaba ganar credibilidad integrando religiosos a su bando, pero el sacerdote ya tenía previsto vivir en los cerros de la cordillera, no se dignó a responderle, lo miró desde lo alto con algún desdén y siguió abriéndose paso entre los fieles que trataban de detenerlo para que no se fuera para los cerros.

## **La ruta del padre León**

El padre León inició el camino hacia la cordillera haciendo un repaso por su vida. No era la primera vez que le tocaba tomar una decisión importante, cuando tenía 21 años debió interrumpir su formación sacerdotal para enlistarse en el ejército y combatir en la guerra de las trincheras. De aquella experiencia mantenía sentimientos fuertes que no podía disolver, le tocó tomar decisiones desde su puesto de teniente y pelear matando enemigos, como se hace en toda guerra. Recordaba que en su entrenamiento le indicaban que matar enemigos no era igual que matar a seres humanos, el enemigo es un ser desconocido que hay que eliminar sin tener compasión. Pero el sacerdote nunca pudo aceptarlo así, cuando le venían esos recuerdos de guerra sacaba el aguardiente y tomaba un sorbo para alivianar la angustia.

Después de la guerra de las trincheras terminó su sacerdocio y se trasladó a Costa Rica. Esperaba nunca más tener que vivir una situación tan violenta, pero el destino lo perseguía con ansiedad. Se vino a San Isidro donde se toparía con la lucha entre Tijerino y los rebeldes.

Esta vez tuvo que volver a usar sus conocimientos militares construyendo trincheras para que sus feligreses no murieran acribillados.

Iba caminando mientras recordaba todas esas circunstancias que le dio la vida. Una guerra en San Isidro era lo último que hubiera imaginado, pensó. Algunas veces su pensamiento se confundía de idioma y pasaba del alemán al latín o al griego, idiomas comunes en su vida, pero nunca dudó de su decisión de irse a Talamanca. Tomó el camino de la Trocha, pasó por el mismo lugar donde murió Tijerino. Siguió hacia el sur cruzando las sabanas de Buenos Aires, camino árido y difícil de transitar.

En el playón del río Ceibo se detuvo a reflexionar sobre la muerte y la guerra, era el tema recurrente que lo atormentaba, especialmente cuando llegó al sitio donde habían asesinado a Rogelio Fernández Guell y a sus compañeros. Es lo mismo, dijo, la guerra me persigue. Iniciando el ascenso de la cordillera, los indígenas del pueblo llamado Salitre lo invitaron a comer maíz pujagua y chicheme. El pueblo estaba feliz celebrando el día de San Pedro y San Pablo, habían sido inducidos a la fe cristiana por el ya conocido sacerdote alemán de apellido Thiel. En aquel lugar el padre tuvo un poco de paz, pensó que jamás llegaría la guerra por esos trillos. Tomó mucho aguardiente y bailó con los del pueblo. Un acordeón heredado de los chiricanos era el instrumento para el baile, los salitreños lo aprovechaban para ejecutar melodías tritónicas en tonos menores. Parecía música repetitiva a los oídos polifónicos del sacerdote.

La certeza de haber tomado la decisión correcta convertía al padre León en un hombre que por primera vez sentía alegría en su corazón. La sotana negra lo sofocaba y el baile no parecía tener fin, llevaban dos días bailando aquellas melodías sinuosas que ya lo tenían con náuseas. Le ofrecieron algunas prendas para cambiar de vestimenta, y la sotana negra quedó colgando de un árbol de guayacán para siempre.

Terminado el baile en honor a San Pedro y San Pablo, el padre continuó la ruta, esta vez debía llegar hasta el cerro Durika, lugar sagrado por los indígenas donde una vez al año hacían oraciones interminables para sus dioses. Había caminado durante dos días sin descanso hasta que divisó un camino que lo llevaría al altar divino. Una calzada de piedras dibujaba una ruta en gradientes, misma que lo llevaría hasta el altar donde un grupo de indígenas adoraban a sus dioses en lo más alto del cerro. Inició el ascenso por esas gradas hechas de piedras chatas de aproximadamente diez pulgadas de diámetro, que formaban un camino de dos metros de ancho. Conforme

avanzaba, el camino se iba ensanchando formando una estructura que al final terminaría en un gran patio de piedra en la cúspide del cerro. Allí estaban los bribis haciendo los ritos de adoración a sus dioses Sibú, Sibokomo, Iriria, Sula y Dular.

El padre llegó en silencio y se unió al grupo, no se sorprendieron al verlo, en otros tiempos habían recibido a otros de sus coterráneos. Luego partió con ellos al pueblo de Amubri donde vivió por siempre.



## Muertos que nunca mueren

---

A Carlos Fonseca no lo conoció Tijerino, ni Sandino, ni Farabundo, tampoco Zeledón, mucho menos Juanito Mora. Fue el joven que retomaría la lucha iniciada por ellos. Un día comenzará a brillar para siempre la libertad en tierra nicaragüense. Una sagrada libertad tiene su raíz en vuestras entrañas, escribió Fonseca en uno de sus comunicados. Es un pensamiento que abundaba en las luchas de los autonomistas. El joven comandante tuvo la virtud, la inteligencia y el valor de continuar el proceso revolucionario que acabaría con el dictador Marioneta de los Yanquis, como decía Tijerino.

La primera batalla la ganó Fonseca cuando era estudiante de secundaria. Realizó una huelga para que quitaran un monumento del dictador que se ubicaba en el patio del colegio donde estudiaba. Tenía la agilidad de un felino y la bravura de un topo para atacar al enemigo, estuvo en muchas cárceles de Centroamérica, y al final salió por la puerta grande, con una revolución organizada, como la soñaron los Generales.

Un guardia de la prisión llegó, con entusiasmo y un poco más de sarcasmo dijo, Carlos Fonseca ha muerto, el guerrillero que estaba descansando en una esquina de la celda se levantó con fuerza y sacudiendo los barrotes de hierro le gritó: “*Carlos Fonseca es de los muertos que nunca mueren*”. El guardia se dio vuelta y caminó por el zaguán infinito, se sintió disminuido ante la convicción y dignidad del prisionero, este secó sus lágrimas con la palma de su mano y regresó a la esquina, no pudo estar con el comandante para ayudarlo, sintió mucha tristeza.

Durante la noche, el guerrillero estuvo repensando la vida de su amigo comandante, su compañero de revolución, su inseparable

compañero de vida estudiantil, su camarada de estudio. Juntos habían iniciado la formación de ideas para combatir al tirano dictador.

El guardia de la prisión regresó sigiloso a observar al guerrillero, lo encontró reunido en la esquina de siempre, sus piernas juntas, sus manos abrazando las rodillas y la mirada fija hacia el portón de salida, mirada de felino que no se humillaba ante la poderosa ametralladora que portaba el gendarme. No se animó a dirigirle palabra alguna, era él, el guardia el que sentía temor. El guerrillero, al ver al vigilante inseguro y con la mirada perdida, sacó un escrito de su chaqueta y se lo entregó, tome, le dijo, yo me lo sé de memoria. El guardia lo miró, lo miró y lo miró, el guerrillero entendió que aquel hombre no sabía leer, y que tampoco se animaba a decir lo que debía decir, señor, es que no sé leer. Pensó entonces, este hombre es, igual que la mayoría del pueblo, una víctima de la dictadura. Siempre con fuerza en su voz y mucho de humano, el guerrillero le dijo, amigo, ese es un pensamiento que un gran hombre le envió al comandante Carlos Fonseca, venía en una carta que Jean Paul Sartre le escribió al comandante cuando estaba prisionero en una cárcel de Costa Rica. Puedes decirme lo que dice, solicitó el guardia, claro que se lo diré, le aseguró el prisionero, pero antes debo decirle que la revolución está para ayudarnos a todos, y que maltratar al pueblo no es ningún buen futuro para nadie, ni para usted que está del otro lado.

La carta que Sartre envió al comandante terminaba con una frase que llevaba la clara intención de animarlo en su lucha revolucionaria: “felicidad no es hacer lo que uno quiere, es querer lo que uno hace”.

El gendarme agradeció al guerrillero la gentileza de recitarle lo que estaba escrito en el papel, y se fue por el zaguán infinito repitiendo la frase, felicidad no es hacer lo que uno quiere, es querer lo que uno hace, hasta que un compañero lo sorprendió hablando solo, ¿qué es lo que dices Jaime?, nada, dijo éste, solo pensaba en voz alta.

Por las noches, cuando todo estaba en silencio y a Jaime le tocaba vigilancia, se dirigía a la celda del guerrillero con lápiz en mano y algún papel en blanco. Allí, entre los barrotes de hierro y el pasillo oloroso a prisionero, continuaba sus prácticas de escritura y lectura. Un día, después de muchas noches, el guardia, con voz sigilosa y convincente, le preguntó al guerrillero, en qué puedo ayudarles. ¿Qué quieres decir? le preguntó este. Tú sabes jodido, ¿en qué puedo ayudar a la revolución? El guerrillero pensó por un rato, ¿cómo confiar en un guardia Nacional de Somoza, qué información solicitarle para verificar que hablaba con sinceridad? Un día de estos te

diré cómo puedes ayudarnos, le indicó el guerrillero, primero debes aprender bien la escritura y la lectura, luego te diré.

En las montañas la guerrilla planeaba algún golpe que le permitiera liberar a un centenar de compañeros que se encontraban en las cárceles de Managua. Cómo hacer algo tan difícil, liberar guerrilleros en una prisión de la dictadura.

La hermana menor lo visitó, estaba en esas tardes tristes reflexionando con la mirada fija en el portón de la celda. Tienes una visita, le indicó el guardia, cuentas con quince minutos solamente. Juanita, la hermana menor del guerrillero era inofensiva ante los ojos de la Guardia Nacional, le permitieron entrar a ver a su hermano, caso extraño en la conducta seguida en el presidio. Vamos a realizar un asalto al Palacio Nacional, lo haremos cuando estén sesionando los diputados, pediremos tu liberación y la de los otros prisioneros de la revolución, solo que tenemos un problema, aclaró Juanita, no conocemos bien el edificio y eso nos puede traicionar. Cómo dices que no conocemos, la increpó el guerrillero. Sí, dijo Juanita, yo iré en el grupo. Tú no irás Juanita, no permitiré que te arriesgues de esa forma, gritó el prisionero. Juanita hizo una pausa, yo soy la que decide cuando dar la vida por un hermano, si eso fuera necesario, dijo. Tienes razón Juanita, tú lo decides y no tienes que morir, entraremos juntos a Managua el día del triunfo, aceptó el hermano.

Habían pasado cinco minutos desde la llegada de Juanita, el guardia se encontraba en el fondo de zaguán. Llámalo, ¿a quién? preguntó Juanita. Llama al guardia, él nos dirá cómo está construido el Palacio Nacional, dijo su hermano. Estás loco, argumentó Juanita, nos echará a perder el plan. Llámalo, insistió el prisionero, yo sé lo que hago. En los diez minutos restantes, el guardia Jaime, entre rayones y letras burdas, dibujó el Palacio Nacional, sus pasillos, la posición de los puestos de seguridad, el salón de sesiones de los diputados y los cubículos de los ministros. Confía en mí, indicó Jaime, ahora quiero lo que hago, como dice ese amigo del comandante. Yo fui constructor en ese edificio, aseguró el guardia, miles de veces transité esos pasillos y aposentos con carretillos cargados de materiales.

Juanita salió de la prisión, Jaime la acompañó hasta la salida, quería asegurarse que nadie la interceptara y notara su nerviosismo. No permitiremos más visitas, le gritó Jaime a Juanita al cerrar el portón. Juanita lo miró con alguna complicidad, sabía que aquella amenaza no era para ella, era solo una apariencia ante sus compañeros.

El 22 de agosto de 1978 un grupo de guerrilleros tomó el Palacio Nacional, los rehenes principales eran los diputados de la Asamblea

Nacional, ningún dictador se hubiera resistido ante una amenaza de esas. Los prisioneros guerrilleros fueron liberados uno a uno con un plan de seguridad infalible. Jaime llegó a la celda del guerrillero y le indicó salir junto a él. Otros guardias nacionales se aseguraban que al prisionero no le pasara nada malo, tenían en juego la vida de los diputados de la Asamblea Nacional. Jaime siempre se mantuvo cerca del prisionero, lo tomó del antebrazo y les indicó a sus compañeros, déjenmelo, yo lo he cuidado todo este tiempo, déjenme entregarlo. Caminaron un trayecto largo protegidos por un sin número de guardias, al llegar al avión que los transportaría a Venezuela, Jaime tiró su ametralladora al suelo y con las manos en alto entró. Aunque no lo habían planeado así, el guerrillero intuía que aquello pasaría de esa forma, Juanita los recibió en el avión y Jaime gritó con alegría, Carlos Fonseca es de los muertos que nunca mueren.

## Los mártires del Jute

El comandante Fonseca cumplió el sueño de los suyos, derribar al dictador Marioneta de los Yanquis con su revolución. Otros fueron avasallados y esperan mejores tiempos para resucitar con su pueblo. Así esperan los mártires del Jute en las montañas, sueñan con regresar y vivir para siempre en la conciencia del pueblo, viendo el amanecer que les cerraron aquella madrugada injusta.

Eran los tiempos de las dictaduras, muchos hombres de conciencia habían luchado, todos los generales que habían iniciado las revoluciones habían muerto en su forma humana, regresarían a su segunda vida y seguirían sus luchas pueblo a pueblo. Se verán siempre en las fuerzas populares soñando un futuro mejor. Joaquín reflexionaba sobre este tema siempre que contaba la historia de los mártires del Jute. Le parecía que todas esas historias tenían algo en común, que esos generales y constructores de las revoluciones habían creado un camino por el que transitarían muchas otras generaciones autonomistas.

Debajo de esta tierra están enterrados, y no deben llevarlos a ninguna parte hasta que su sueño se haga realidad. Joaquín seguía argumentando con entusiasmo sobre la importancia de mantener a los mártires del Jute en sus tumbas originales hasta que se lograra la revolución que habían soñado. Yo siento su energía en estas montañas y casi estoy seguro que Lorenzo Zelaya, Aquileo Izaguirre, Rufino López, José María Izaguirre, Hermelindo Villalobos, Benedicto

López y Benito Díaz, esperan a que un día este pueblo logre liberarse de las dictaduras malditas que por siempre nos han azotado, entonces los trasladaremos a Tegucigalpa para que el pueblo recuerde que sus muertes no han sido en vano, seguía argumentando Joaquín.

Él estuvo el día que los asesinaron. Era un niño muy pequeño del que nadie esperaría que recordara aquel nefasto episodio, pero Joaquín dice recordar todo, narra cada momento. Parece que la memoria le jugó una mala pasada, porque recordar algo tan terrible debe de ser una tortura constante.

Para las personas que no estuvieron en el Jute, les viene muy bien la memoria de Joaquín, cada vez que habla de ese tema pueden ver todo como una película, como si estuvieran en la montaña viendo a 300 hombres del ejército masacrar a siete valientes campesinos defensores del pueblo, haciendo luchas de las que los mortales comunes llaman imposibles.

Malditas dictaduras y malditos yanquis que apoyan a estos militares inmundos, gritó Joaquín con rabia al finalizar la narración de los hechos. La furia se le sentía en sus palabras, y cuando dice las palabras malditos militares y malditos yanquis, cualquiera se imagina que así debió expresarlo también Sandino, Farabundo Martí, Tijerino, Juanito Mora, Emiliano Zapata, Omar Torrijos, Guillermo Guevara, Ernesto Guevara, Simón Bolívar, José Martí, Carlos Luis Fallas en las bananeras de Costa Rica, Isaías Marchena, los mexicanos, los iraquíes, los afganos, los puertorriqueños, Hugo Chávez, Fidel Castro, Manuel Zelaya, Carlos Fonseca, el General José María Cañas, los iraníes, los sirios...

Ellos estaban en la montaña, habían recogido unas armas en el Golfo de Fonseca y el recorrido hasta el Jute fue extenuante. Pero el proyecto que traían entre manos era prometedor, armar bien a un grupo de campesinos y luchar contra el ejército que protegía las dictaduras. Llegaron a las montañas del Jute y guardaron las armas, así como venían, en sus mismas cajas. La casa de Izaguirre estaba cerca del lugar, era necesario llegar a descansar un poco antes de tomar otras decisiones, al menos un descanso justo por una noche, les dijo Lorenzo Zelaya a sus compañeros. Las palabras del líder sonaron agradables al resto del grupo, si Lorenzo cree que es posible descansar en casa de Izaguirre, nos viene bien una buena noche y algo de comida fresca, dijo uno de ellos. Guardaron las armas en una fosa oculta en el bosque y se dirigieron a la casa de Izaguirre, allí la señora de este compañero les prepararía alguna comida caliente y un lugar donde descansar.

José Luis, un vecino que había sido invitado a participar del movimiento sabía que las armas iban a llegar, tenía los datos del desembarque y el lugar donde armarían la revolución. A último momento José Luis dijo que no se uniría al grupo revolucionario como guerrillero, pero que los estaría apoyando en todo lo posible. Esta propuesta no era mala del todo, es importante tener aliados en todos los pueblos, dijeron ellos.

Uno de los oyentes levantó la mano para preguntar algo, pero el narrador estaba dando toda la explicación sobre los mártires. Déjame terminar, solicitó Joaquín, es que me gusta decir todo esto junto para no olvidar detalles.

Continuó la plática explicando la traición que los revolucionarios habían sufrido por parte de quien se suponía era un aliado. Joaquín aseguró que José Luis recibió algún dinero por la información brindada a los del ejército. Aquel día, prosiguió el narrador, los revolucionarios cumplieron el deseo de tener una noche con comida fresca y una cama cálida para un buen sueño.

Por la madrugada, la señora de la casa, la esposa de Izaguirre, se levantó a preparar desayuno. El frío de la montaña era implacable y doña Alicia se abrigó suficiente para soportar esa brisa mañanera de la montaña. Vio una sombra pasar frente a la ventana de la cocina, era la sombra de una persona, se asustó y trató de tranquilizarse pensando que era solamente una mala visión. El perro de la casa ladró con enojo, doña Alicia corrió y despertó a los hombres. Yo pienso que el ladrido del perro alertó a los militares para que atacaran más rápido de lo que ellos mismos imaginaban, dijo Joaquín. Entraron a la casa por todas partes, dispararon y no dieron tiempo a Lorenzo y los otros para reaccionar. Eran 300 soldados que sin misericordia torturaron y asesinaron a los siete hombres delante de los niños y las mujeres. No conformes con la matanza, los militares le prendieron fuego a la casa quemando hasta los perros que estaban amarrados en los horcones.

Nosotros nos fuimos del Jute, yo era muy niño, nadie quiso volver a estas montañas, solo yo, después de haber cumplido mayoría de edad he venido todos los años a sentir la energía de mi padre y sus compañeros valientes, que murieron asesinados una mañana del 30 de abril de 1965. Nadie debe olvidar a esos mártires, pero sobre todo, me aseguraré de no olvidarlos yo.

## Los hombres de la pensión

---

Mora, quien junto a Fallas había involucrado al general Tijerino en la guerra, fue siempre el líder de los comunistas que lucharon en la guerra civil de 1948. Se encontraba en un momento difícil de la contienda, ya los rebeldes tenían muchas batallas importantes a su favor y quedaba la batalla final, que sin duda sería en la capital. Seguir peleando significaba no solo derramar más sangre, sino también dar un motivo para que los gringos, como les decía Fallas, entraran a dirimir el conflicto y se quedaran dominando el país de la forma ya conocida, poniendo un dictador a su gusto.

En una discusión en la embajada de México, Mora llegó a su más importante decisión, negociar el fin de la guerra con los rebeldes. “Yo no soy, no he sido ni seré nunca traidor a mi patria, argumentó. Soy costarricense por mi sangre, por mi espíritu, por las más hondas convicciones de mi vida”. Por eso Mora, que se había integrado a la guerra activamente, al saber que un ejército estadounidense estaba en la frontera sur, listo para ingresar a Costa Rica, prefirió viajar a Ochomogo y negociar con los enemigos el final de la contienda. No fue una decisión fácil de tomar, pero había que hacerlo con rapidez para evitar el ingreso de las tropas yanquis.

Mora prefirió proteger la sangre de sus camaradas antes que murieran por orgullo, pero sobre todo se apegó a sus convicciones de vida y juró no ser traidor a su patria. La decisión de Mora dejó a los invasores en la frontera, esperando como perros hambrientos que botan saliva por la comisura de sus labios, ese fue su orgullo, ser patriota.

Ochomogo es un pequeño cerro al este de la capital, es una división natural entre San José y la provincia de Cartago. Al anochecer o cuando llueve por las tardes, la neblina es espesa y la vista se nubla como si les pusieran a las personas una sábana blanca frente a los

ojos. Al menos así era en tiempos de la guerra, no había casas cerca del cerro, eran montañas o matorrales con un camino rústico que comunicaba a San José con Cartago, la antigua capital creada por la colonia. Ahora existe una carretera moderna donde los autos pasan a velocidades exorbitantes, la neblina se corrió del lugar hacia otras latitudes y más bien es el humo de los motores lo que provoca algunas veces poca visión.

En aquellos días de la guerra era difícil llegar a Ochomogo. Mora tomó un carro modelo Jeep, igual al que usaron Tijerino y Fallas para llegar a Puntarenas al inicio de la guerra. Salió de la embajada de México, allí tenían un espacio neutral para conversar con los enemigos los temas del conflicto. Los diplomáticos de la embajada proporcionaban seguridad para que se diera aquella circunstancia tan atípica en una guerra civil. Incluso, el representante de la embajada estadounidense tenía posibilidad de llegar y dar su punto de vista con respecto a los sucesos, sin embargo, este funcionario enviaba sus apreciaciones a través de un tercero que podía ser algún miembro de la embajada de México o alguien de los rebeldes. Fue por eso que Mora pudo saber con certeza que los gringos tenían el ejército en la frontera sur, listo para ingresar a Costa Rica a resolver el conflicto. Se harían cargo de Costa Rica a su manera, poniendo a un dictador de su gusto. Mora tenía la información completa del plan de los invasores. Es así que, en una decisión de esas que toman los hombres de otro mundo, como diría Tijerino, se subió al Jeep y salió rumbo a Ochomogo a pactar con los rebeldes el fin de la guerra.

No tuvo tiempo de informar a sus camaradas la decisión que había tomado, no había espacio para esos detalles. En algunos tramos debía bajar del auto y caminar por los matorrales, era peligroso que algún contingente de su mismo grupo le disparara, no sabían que él iba rumbo a Ochomogo.

Del otro lado, del lado de los rebeldes lo esperaba su líder, el que había dirigido al grupo enemigo, se reunirían ellos dos solamente con un testigo que estaría desarmado. El testigo de Mora sería su compañero de siempre, Fallas, y el testigo de los enemigos sería un sacerdote, compañero inseparable de los rebeldes, capellán de su ejército.

Llegó al cerro de Ochomogo, un hombre de pequeña estatura lo esperaba entre la niebla, era su contraparte, el líder de los rebeldes. A su lado estaba su compañero, el capellán del ejército. Se saludaron con respeto e iniciaron el diálogo, Mora se encontraba solo en ese momento y la presencia de un segundo le generaba desconfianza; es mi testigo, dijo el líder rebelde, entonces yo necesito un testigo



también, le argumentó Mora. Fue en ese momento que retrocedió unos 100 metros y le pidió a Fallas que se integrara como testigo de lo que allí se hablaría. Fallas dijo no tener confianza en aquellas personas, su realidad de luchador y organizador de huelgas bananeras lo había convertido en un hombre muy precavido, no aceptó ir desarmado, se cargó un revólver y algunas municiones, solo por si fuera necesario, le dijo a su compañero.

En aquella reunión llegaron a acuerdos verbales que luego se escribirían con el nombre de Pacto de Ochomogo. El líder rebelde aceptó la propuesta de Mora, entre los puntos acordados estaba la no persecución a líderes de la guerra. Con este último acuerdo Mora garantizaba seguridad para todos los compatriotas de su partido que habían estado activos en la guerra.

Fallas dudó que aquel pacto se cumpliera a cabalidad. Mora regresó a San José y comunicó a su gente el fin de la guerra. El pacto de respeto a los partidos políticos y el de no agresión a los líderes de la guerra no fue respetado, el partido comunista fue declarado ilegal y las persecuciones se dieron como en toda guerra. Como diría Tijerino en su momento, las guerras son el escenario perfecto para la traición.

Mora fue expulsado del país, un avión lo llevaría a México vía Nicaragua. Sorprendido por la noticia sintió temor, estaba seguro de que el dictador Somoza lo detendría para causarle daño. Una circunstancia, que no es preciso narrar en esta historia, hizo que el avión tuviera que viajar vía Panamá, donde lo tuvieron preso unas horas, luego siguió la ruta de Cuba donde corrió la misma suerte. Sin embargo, esas detenciones no fueron de carácter permanente. Así llegó al país que lo recibió como exiliado, México, la tierra de Emiliano Zapata, el general de la primera revolución del siglo XX.

Unos meses después del fin de la guerra, algunos sindicalistas fueron asesinados. El crimen se conocería como el Codo del Diablo. Ellos, los sindicalistas, vivían en la provincia de Limón, espacio dominado por la compañía bananera. La oportunidad de vengar la huelga que Fallas y los obreros habían organizado en 1934 se presentó en ese momento con olor a muerte.

A las víctimas las detuvieron sin razón aparente, se les encarceló y luego se recibió la orden desde San José que debían llevarlos a la capital. Por eso los pusieron en un motocar y los llevaron por la misma vía férrea que usaban para transportar trenes cargados de banana. En el lugar denominado el Codo del Diablo, en un recodo del camino, los asesinos cumplieron el encargo.

## Fallas, entre la pluma y la guerra

El manuscrito que Fallas llevaba el día que visitó a Tijerino en la pensión estaba lleno de experiencias de hombres trabajadores. Conocía las historias de los bananeros porque él era uno de ellos, participaba como trabajador y como dirigente sindical, peleaba por sus derechos. Todos sus manuscritos se convirtieron en libros que conservaban la historia de un pueblo trabajador. Un día, uno de esos libros llegó a manos de Neruda, el poeta abrió al azar una página y leyó: “Sacudiéndose apenas el barro de los dedos arrugados por el agua y despellejados por las piedras, los hombres comían a puñados casi todos. Los más tragones, a los cuatro minutos ya le estaban dando vueltas al tarro, para recoger con un pedazo de banano el caldillo que quedaba en el fondo”. Neruda se devolvió a la portada del libro y leyó, Carlos Luis Fallas, ¿quién será?

A Neruda le gustaron las frases que leyó, él también era un hombre de conciencia y sabía de las penas de los obreros. Abrió otra página y leyó otras frases que lo motivaron aún más, era una especie de escritura en prosa pero con ritmo de poema: “Pobres hermanos nicas. Vienen cantando, arrullando ilusiones, en busca de libertad y trabajo, a caer nuevamente en las manos del gringo. Y a llenar con su esfuerzo el bolsillo del rapaz Agente de Policía. Sudan el suampo, sudan la montaña. Poco a poco sus cuerpos de acero se van convirtiendo en coyundas, hasta caer con los huesos clavados en el bananal.

Huesos de nicas. Huesos de ticos. Huesos de negros.

¡Huesos de hermanos!”

El poeta cerró el libro y se dirigió a su cocina en la Chascona, era la hora del almuerzo y le gustaba cocinar. Después tomó el libro de Fallas y se dedicó a leer con parsimonia durante el resto del día, a disfrutar de aquellas historias escritas con sudor y esfuerzo de bananero. El poeta quedó identificado con la obra y escribió un poema en honor a uno de sus personajes, a Calero, y *Mamita Yunai* voló por el mundo al lado de aquel poema escrito por el gran Neruda:

“No te conozco. En las páginas de Fallas leí tu vida / gigante oscuro, niño golpeado, harapiiento y errante. De aquellas páginas vuelan tu risa y las canciones / entre los bananeros, en el barro sombrío, la lluvia y el sudor. Qué vida la de los nuestros, qué alegrías segadas / qué fuerzas destruidas por la comida innoble / qué cantos derribados por la vivienda rota / qué poderes del hombre deshechos por el hombre! / Pero cambiaremos la tierra. No irá tu sombra alegre / de charco en charco hacia la muerte desnuda. Cambiaremos, uniendo tu mano

con la mía / la noche que te cubre con su bóveda verde / (las manos de los muertos que cayeron / con estas y otras manos que construyen / están selladas, como las alturas andinas / con la profundidad de su hierro enterrado.) Cambiaremos la vida para que tu linaje / sobreviva y construya su luz organizada”.

El idioma no fue obstáculo para que personas de muchos mundos conocieran la obra de Fallas, la traducían a diferentes idiomas con tal de conocer las historias de aquellos bananeros.

En su tarea diaria de redactar cartas y actas de las luchas obreras, Fallas fue adquiriendo habilidad para las letras hasta llegar a ser un escritor importante. Pero nunca escribió para ser reconocido, lo hizo para dejar plasmada en letras las experiencias del pueblo trabajador, clase social a la que perteneció. Mora, en un acto de reconocimiento a su compañero de luchas, frente a su tumba dijo que la “Capilla ardiente de Fallas reflejó en gran medida el alma del pueblo costarricense. Las luces que la envolvían no eran luces funerarias sino luces de esperanza...”, Fallas escribió para que el pueblo tuviera su propia historia, antes de que otros construyeran la historia oficial.

## **La familia**

Años después, las hijas de Tijerino se dieron cuenta de que el municipio iba a destruir su tumba. Escucharon la noticia por una conversación cotidiana. El hijo del administrador del cementerio de Puntarenas comentó que su padre estaba construyendo un osario para reubicar huesos de personas que por muchos años estaban ocupando tumbas regulares. Y, entre otras cosas, le estaban pidiendo recibir los restos de un general llamado Tijerino. El niño comentó esto último porque le pareció extraño que alguien llevara ese nombre, General Tijerino. Esas denominaciones militares eran ajenas a la generación de aquel niño de edad escolar. Un nieto de Tijerino era su compañero y las historias de su abuelo eran conocidas para él, por eso llegó con la noticia a donde su madre.

Las hijas del General se trasladaron desde Puntarenas en una barca por la misma ruta que había recorrido su padre junto a Fallas. Querían compartir la misma emoción que su padre sintió en aquellos tiempos de la guerra. Llegaron a playa Dominical y desembarcaron en un pequeño puerto donde una familia llamada los Amancios les dibujó un mapa con la ruta que el General realizó en los tiempos de la guerra.

Era cerca del anochecer y los Amancios ofrecieron hospedaje a las mujeres, no es bueno seguir esa ruta durante la noche, les dijo el padre de aquella familia. Si quieren, insistió el señor, durante la mañana pueden ir a conocer la playa donde el General pasó una noche con su ejército. Sí, dijeron ellas, con su ejército y con Adelaida, no quise decir eso, argumentó el hombre. No hay problema, dijeron las mujeres, conocemos esa historia y siempre supimos que Adelaida fue el amor de su vida, pero eso no quita el amor que él nos tenía y el que nosotras sentimos por él.

Durante la noche, el padre de los Amancios contó todas las historias de Tijerino, las conocía como si hubiera sido parte de aquel ejército de bananeros. Cuando contó las historias de Tijerino y su caballo Calazán, las mujeres bajaron su cabeza y lloraron en silencio. Eran las mismas historias que su padre les contaba de niñas para que perdieran el miedo en las noches de lluvia porteña.

Su padre les contaba que podía amansar caballos metiéndolos al mar, cabalgar sobre ellos y esconderse en su costado para que las balas del enemigo no lo tocaran. Ellas sentían que la lluvia se iba perdiendo entre las palabras mágicas de su padre, y que las gotas de agua llegaban a golpear al ejército enemigo para que las balas no lo alcanzaran.

El canto de unos monos aulladores las despertó a las cuatro de la mañana.

Iniciaron el ascenso hacia San Isidro, tomaron el camino detrás de la faralla, la misma ruta que usó su padre por recomendación de Adelaida. Iban pensativas y con alguna tristeza que no podían ocultar. Caminaron hasta que al anochecer llegaron cerca del municipio de San Isidro, una familia de apellido Martínez las recibió por aquella noche. Aquí es San Isidro, les dijo el señor Martínez, sólo queda un kilómetro para llegar al municipio, pero eso será mañana, por hoy pueden quedarse con nosotros para que duerman bien.

Las hijas del General sintieron confianza y escucharon más historias de su padre. Yo me quedé con el caballo Calazán, les dijo Martínez. Llegué a la plaza donde subastaban animales y allí lo vi, se distinguía entre todos los caballos que tenían para la venta, no recuerdo quién se había adueñado de él, solo sé que ofrecí lo que nadie podría pagar. Quería cuidar al caballo del General. Nunca lo quise vender, me lo ofrecieron comprar miles de veces, pero yo siempre decía lo mismo, el caballo no tiene precio, aquí se quedará hasta que muera naturalmente.

Unas vacas mugieron al amanecer y las hijas del General se levantaron de prisa, el señor Martínez las invitó a desayunar y a

recorrer los corrales por donde transitaba Calazán. Un día, les contó, Calazán tenía unos 25 años, mucho tiempo para un caballo de campo, se acostó en el pasto y no pudo pararse más, un problema digestivo lo terminó de matar, normal para un animal de su edad. En ese pequeño montículo de tierra que está al lado del corral está enterrado el caballo más mítico que ha tenido este municipio.

Las mujeres se despidieron con aprecio y se dirigieron al municipio. Eran las siete de la mañana, hora en que se abren las oficinas para atender al público. Buenos días, dijeron ellas, ¿qué se les ofrece? contestó otra persona que todavía sentía el peso de la noche en sus ojos. Venimos a reclamar los restos de Enrique Somarribas Tijerino, somos sus hijas. Un momento, dijo la oficinista, buscaré en los archivos correspondientes.

Se inició la búsqueda en los archivos municipales para dar con los datos del fallecido. Unas horas después la oficinista llegó con la mala noticia de no tener datos de la persona. Aquí murió y aquí lo enterraron, argumentaron las hijas, y sabemos que su tumba está en proceso de desocupación. No he escuchado nada de ese caso, siguió diciendo la oficinista, que para ese momento ni siquiera daba una explicación clara sobre el tema. ¿Cuándo murió el señor Somarribas? preguntó la burócrata, él fue muerto en la guerra de 1948, contestó una de las hijas. ¿Tenía algún otro nombre el señor Somarribas? insistió la mujer de la oficina, sí, respondió la hija mayor, a él se le conocía como el general Tijerino, pero su nombre correcto es Enrique Somarribas Tijerino. Siendo así, respondió la oficinista, en seguida consigo los datos.

Al regresar, la oficinista confirmó los datos, la tumba del general Tijerino está en proceso de desocupación, hace muchos años que no se pagan los impuestos, y el municipio decidió ocupar ese espacio para algún difunto que pudiera cumplir con los tributos respectivos. Los difuntos no pagan impuestos, dijo una de las hijas con cierta molestia, tenían que avisarnos a nosotras. No lo había pensado así, terminó indicando la oficinista.

Las hijas del General recibieron los documentos de su padre y se dirigieron al cementerio, allí las esperaba el administrador para proceder de acuerdo con el caso, eso significaba verificar los datos e iniciar la exhumación de los restos.

Las mujeres iniciaron el camino hacia el cementerio municipal. Era una calle empinada que a los pocos metros de recorrida empezaba a producir dolores en las articulaciones, especialmente en las rodillas y la pantorrilla que son las extremidades que soportan el

cuerpo humano en esos casos extremos. La calle estaba cubierta de piedra de río, grandes cantidades de rocas que se resbalaban por debajo de los zapatos haciendo retroceder a las mujeres parte del camino recién recorrido.

Desde la entrada del municipio hasta la puerta del cementerio, la calle era tan escabrosa que en muchas ocasiones los únicos que subían con el féretro eran los dolientes más cercanos, los otros se quedaban en el pueblo tomando algún licor o contando historias cotidianas. Algunas veces, cuando el difunto era muy grande, se hacía necesario contratar una yunta de bueyes para que se hiciera cargo de transportar el féretro. Entonces había que ir a donde algún vecino a negociar el transporte. Para estos casos se usaban las carretas traídas de un pueblo llamado Sarchí de Alajuela, artísticamente decoradas por los descendientes de Eloy Alfaro, el héroe ecuatoriano que vivió en ese pueblo.

A pesar de todo, este acto de transportar al difunto en carreta era doloroso para los familiares, ya que parte del sentimiento de los parientes era compartir aquellos últimos momentos con la persona querida a la que se estaba despidiendo. Una vez que llegaban a la entrada del cementerio, allí sí podían hacer el último esfuerzo y cargar a la persona querida por el pasillo que conducía a la capilla donde se le daba el último adiós al difunto.

En el caso del general Tijerino, no hubo mucho problema en cargarlo desde la plaza principal, donde estaban las trincheras, hasta el cementerio donde establecieron su tumba. Después de quemar a unos trescientos muertos en una fogata común, muchos hombres se ofrecieron para cargar el cuerpo del General por el camino descrito, se turnaban cada cincuenta metros con tal de quedar en el recuerdo de aquel acto tan memorable. El padre León esperaba en la capilla del cementerio, animándose con algún sorbo de aguardiente contaba historias sobre la guerra de las trincheras. Cuando los hombres llegaron con el cuerpo del General, lo pusieron en una plataforma de madera que había sido diseñada para tal fin y, el coronel Ramírez inició diciendo algunas palabras con estilo militar, eran buenas palabras, de las que se le dicen a un compañero querido caído en batalla. Luego siguieron los oficios religiosos a cargo del sacerdote ya conocido.

Las hijas de Tijerino siguieron subiendo la cuesta que, a esa hora del día, y en el mes de marzo, se ponía caliente como la hornilla de un trapiche. El sentimiento de llegar a conocer la tumba donde su padre había reposado los últimos veinte años les producía fuerzas y coraje para no dejarse doblegar por las piedras y el calor. Llegaron a

la puerta del cementerio, el administrador de aquel lúgubre espacio las recibió con cariño, era un hombre al que se le decía únicamente Camacho, su nombre completo era Rafael Camacho, pero como sabemos, en estos pueblos del sur cuando una persona es muy reconocida, se le identifica con el primer apellido. El hombre era amable, sencillo y bondadoso, admiraba a Tijerino, lo había conocido en las orillas de la plaza donde la batalla se llevaba a cabo. Camacho, en circunstancias poco claras se encontraba atrapado entre los atrincherados y los soldados bananeros. Intentó salir de la batalla pero el peligro era inminente, el General notó que Camacho no era un guerrillero, era un civil que por alguna razón se encontraba en aquella penosa situación. Hizo un giro rápido en su caballo y le ordenó a Camacho montarse en ancas, el joven entendió que el General lo quería sacar del peligro; sin pensarlo mucho saltó al lomo de Calazán y así pudo salvar su vida. Aquella anécdota la contaba Camacho siempre que tenía oportunidad, y aún más cuando tomaba algunos tragos de aguardiente en la cantina de Avelino Fallas.

Camacho sabía que aquellas mujeres llegarían por los restos de su padre. Las condujo por el pasillo, la misma ruta que recorrió el General en hombros de una muchedumbre que se peleaba por cargar su féretro. Luego se dirigieron por encima del pasto hasta llegar a la tumba que les he descrito desde el inicio. Lo primero que vieron fue la cruz de hierro herrumbrado con su clásica leyenda en forma transversal, Gral. Tijerino 1948. Por asuntos de espacio se omitió escribir la palabra General completa, por eso está abreviada, Gral. les comentó Camacho. Solo así se le conoce en este pueblo, nadie sabe que se llamaba Enrique Somarribas, continuó diciendo el administrador.

Las hijas se inclinaron ante la cruz de su padre y recordaron las historias que desde niñas guardaban en su memoria. Eran los cuentos sobre el caballo Calazán y las hazañas que su padre les narraba para alejarlas del miedo de la noche, especialmente en días de tormenta a orillas del mar de Puntarenas. Luego recogieron los restos en una pequeña caja y los cargaron con el cariño de hijas, con el amor que solo puede dar alguien de su propia sangre.



Impreso por el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, en el 2021.

La edición consta de 150 ejemplares en papel editorial y cartulina barnizable.

2169-21 —P.UNA